LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO
"SENNIN"
DE RYUNOSUKE AGUTAGAWA

AÑO 1 | Nº 6 | DICIEMBRE 1999 | PRECIO $ 5



Cambiar de vida

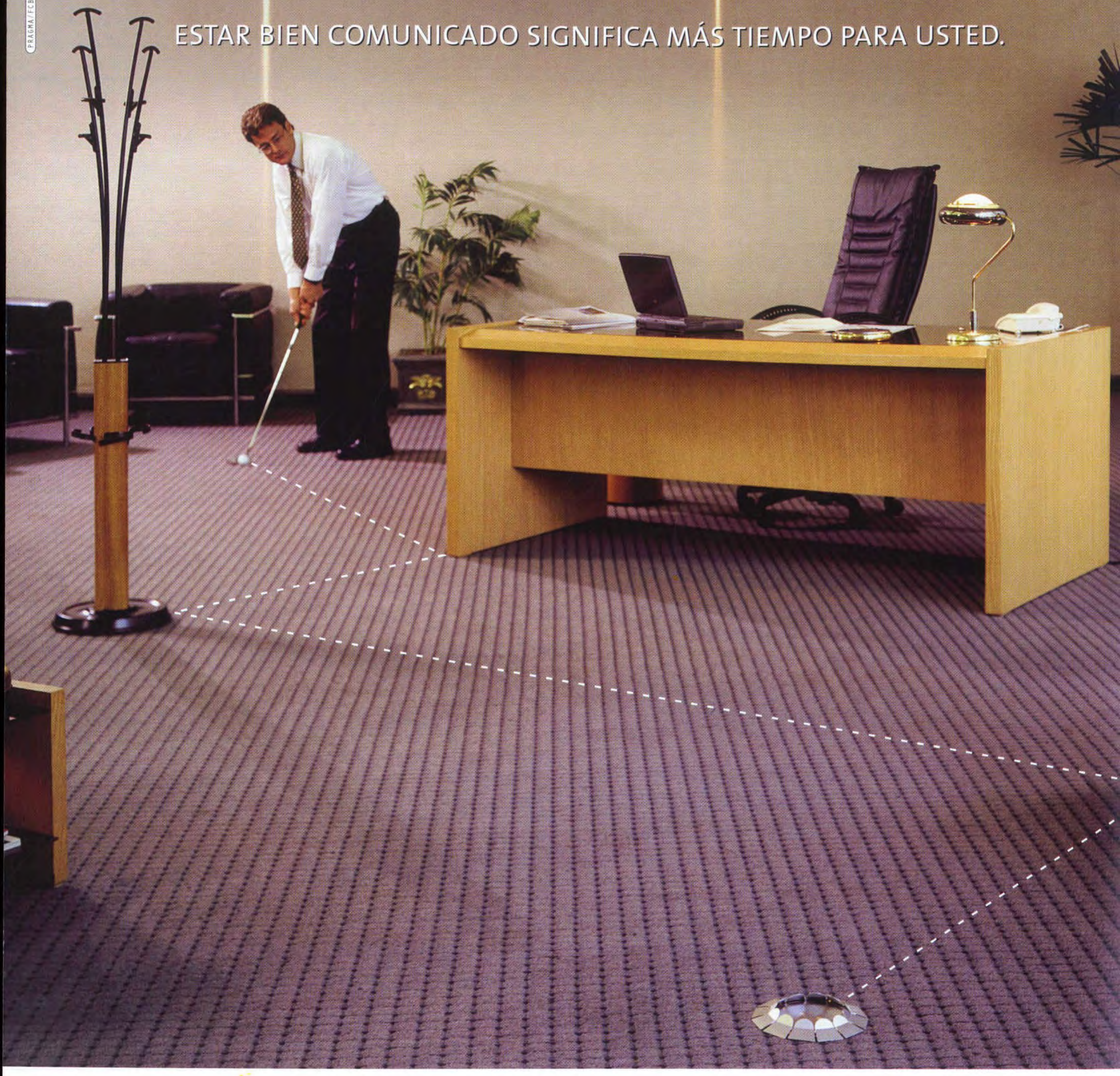
MOMENTOS DE DECISIÓN

ISSN 1514-4747
00006

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PRAGMA/FCB

ESTAR BIEN COMUNICADO SIGNIFICA MÁS TIEMPO PARA USTED.



Dirigir una gran empresa no es fácil. Telefónica lo sabe y por eso cuenta con la dirección "Grandes Clientes". Dedicada exclusivamente a atender a las empresas más grandes del país, ofreciendo soluciones a todas sus necesidades de comunicación. Para que usted pueda llevar adelante sus negocios aprovechando al máximo los adelantos logrados en materia de telecomunicaciones. E incluso, que le sobre el tiempo mientras lo hace.

Para mayor información, llame gratis al 0-800-333-8272. E-mail: empresas@telefonica.com.ar

www.telefonica.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Trabajamos para que usted nos elija.

Telefónica

EDITORIAL



Daniel Ulanovsky Sack
Director

Nuevos colores

A los 20 años, uno mira hacia adelante y grita: quiero cambiar. A los 40, uno mira hacia atrás y dice pausadamente: quiero cambiar. Por lo que falta vivir o por lo que ya se ha vivido, el sueño de no quedar inmóvil, de no verse asfixiado por una camisa de fuerza mental nos invade a —casi— todos. Así, la quietud se convierte en una palabra con aura negativa ligada a la cobardía y al aburrimiento y se contrapone con la fuerza del andar.

Tanto valor ha adquirido el cambio que a veces es necesario mostrarlo con exasperación. La gente, por ejemplo, se tiñe el pelo de color naranja y cuando se le pregunta por qué, surge la inevitable respuesta: "Para cambiar". Las novedades cromáticas en el cabello suelen ser divertidas, de eso no hay duda. Pero surge el interrogante de si los atípicos tonos logran enraizarse en la persona. Este cuestionamiento quizá parezca fuera de época: en el 2000 —se escuchó el otro día en un programa de cable— se valorará el "from outside to inside" (de afuera para adentro). ¿Qué significa? Primero hay que modificar la apariencia, luego lo fundamental. El único problema pasa por recordar que lo cosmético es tentador pero que si todos los días invertimos nuestra energía en el maquillaje, nos va a quedar poca potencia para las decisiones contundentes. ¿No conocen, acaso, personas que siempre sorprenden a primera vista por lo distinto, por lo nuevo, por lo llamativo, y que luego, como gelatinas mal refrigeradas, se hacen agua en pocos minutos?

Existen, sin embargo, otros cambios. Esos que se palpan interiormente, que se intuyen sin necesidad de exclamarlos. Son los más tozudos, los difíciles de revertir, los que en vez de añorar se proyectan hacia adelante. Ahí es donde aparece la palabra crecer. Si hubiera que definirla, uno diría que se relaciona con la toma de decisiones. El que no se anima, el que acepta lo dado se queda en una especie de niñez permanente, como el protagonista de la novela "El tambor de hojalata", de Günter Grass. Ser adulto no tiene que ver con la edad sino con la capacidad de enfrentar un camino que se abre y no quedarse paralizado.

Los textos de este número de Latido —diciembre 1999— no hablan del tercer milenio ni del verano ni de las fiestas de fin de año. Pero en el momento de elegir el cambio de vida como tema tuvimos presente que a este mes le ha tocado el rol de punto de inflexión. Por una simple cuestión numérica, algo parece quedar atrás y esa sensación impulsa a balances casi inconscientes: no los hacemos pero igual están ahí, rodeándonos. ¿Por qué no utilizar, entonces, ese clima social para compartir algunas ideas?

Ahora sí, hasta el mes que viene, enero del 2000.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Luis Gruss
Patricia Kolesnicov
Rafael Bielsa
Analía Roffo
Jorge Carnevale

PASANTE
Federico Quintero

EDITORES FOTOGRÁFICOS
Leo Vaca / Marcos Adandía

FOTOS
Marcos Adandía (Tapa
y nota de apertura)
Santiago Porter
Valeria Bellusci

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Hugo Horita

sumario

AÑO 1, NÚMERO 6, DICIEMBRE 1999



LATIDO
UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Selcro S.A.
Virrey Cevallos 651, Bs. As.

IMPRESIÓN
Morgan Internacional LTDA.
Printed in Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

CAMBIO, LUEGO EXISTO

Hay momentos en que la vuelta de timón se impone. Son, sin embargo, difíciles de predecir: a algunos les llegan en medio de la quietud; otros intuyen su arribo con una sobrecarga de ansiedad. Aunque de distinta manera, la idea de sufrir un terremoto íntimo que se traduzca en extraña mezcla de placidez y adrenalina se ha convertido en un sueño universal. Luis Gruss se sumerge en las lógicas —si lógicas existen— de ese instante en que uno dice basta y se anima a iniciar el nuevo recorrido. Habla también de las rutinas y con un razonamiento paradójico las defiende: buscar siempre lo nuevo nos impide saborear lo que tenemos.

Página 6

ALGUIEN LO HA DICHO

Relatividad. Costumbres. Definiciones. Destino. A través de estas palabras, Albert Einstein, César Vallejo y Andrés Rivera —entre muchos otros— han imaginado la relación entre lo permanente y el movimiento en el ser humano.

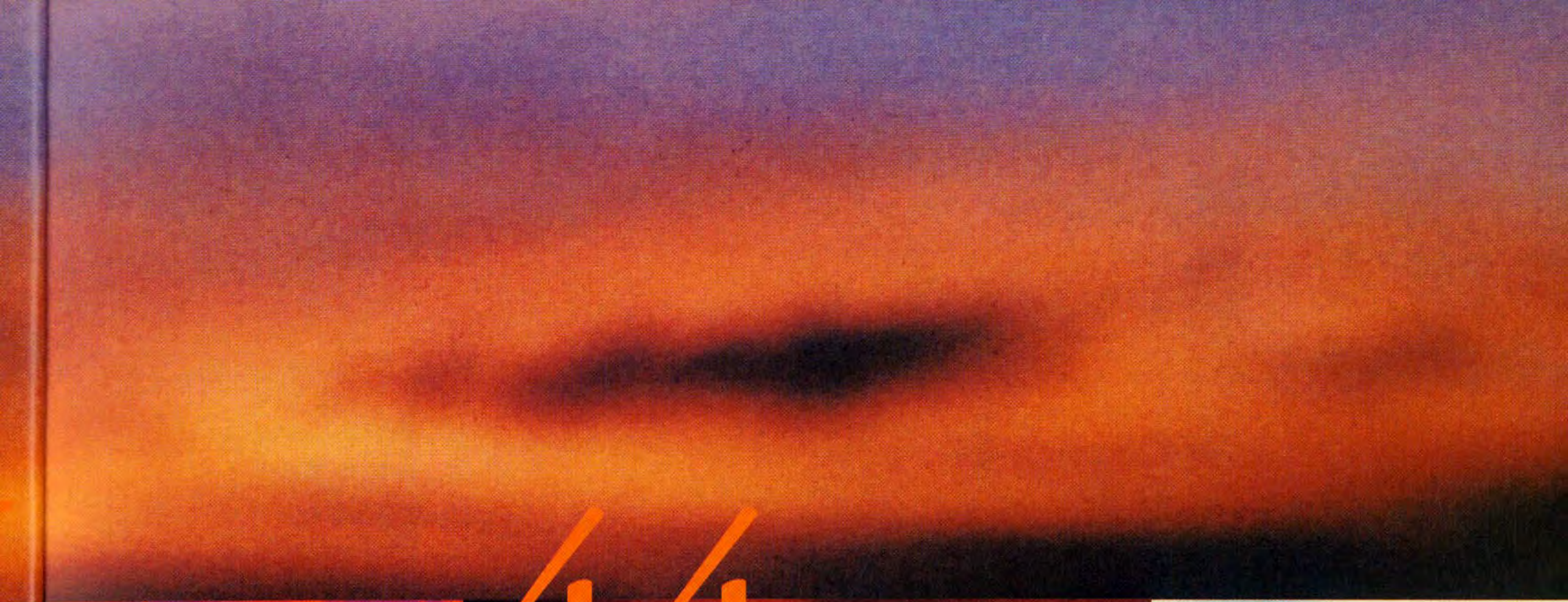
Página 24

LA ENFERMEDAD TE DA VUELTA LA VIDA

A principios de año, la periodista Patricia Kolesnicov se palpó un nudo en un pecho. El dictamen médico aseguró, en un principio, que era benigno. Estaba errado. La biopsia dio cuenta de un cáncer que necesitaba ser tratado con quimioterapia y rayos. Familia y amigos quieren ayudar: demasiados consejos, exceso de sugerencias. Dudas. Y drogas que protegen a la vez que destruyen. La nota cuenta los meses de tratamiento e invita a un replanteo de lo que es importante, quizá tan obvio como difícil de ver en épocas normales.

Página 26

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



44



Literatura
Cine / Video

Desde el "I Ching" hasta "El juguete rabioso" de Roberto Arlt, hojeamos libros que hablan de la transformación del hombre. Y en películas, no nos olvidamos de "La tregua", de "Estación central", ni de los filmes de Kieslowski.

Página 40

Queridos hijos

Ser padre significa un nuevo registro de la realidad. Se intuyen situaciones que antes pasaban desapercibidas y se piensa la vida en función de esos flamantes otros. Si se comete una maldad, si se actúa en forma deshonesta, uno sabe que puede sentirse invadido por una especie de vergüenza existencial la próxima vez que ellos nos miren a los ojos. Rafael Bielsa cuenta su historia y a través de ella aparecen también esos milenarios temores por lograr que los chicos estén siempre bien aunque esto signifique coartarles algunas experiencias.

Página 44

Personajes

Hay gente que está rodeada de una capacidad singular: existe un antes y un después de ellos. Por sus obras, por sus pensamientos, por sus actitudes, comentamos la fuerza de algunos grandes que decidieron dejar huella.

Página 56

Correo

Un espacio para conocer a los lectores de la revista.

Página 58

El cuento

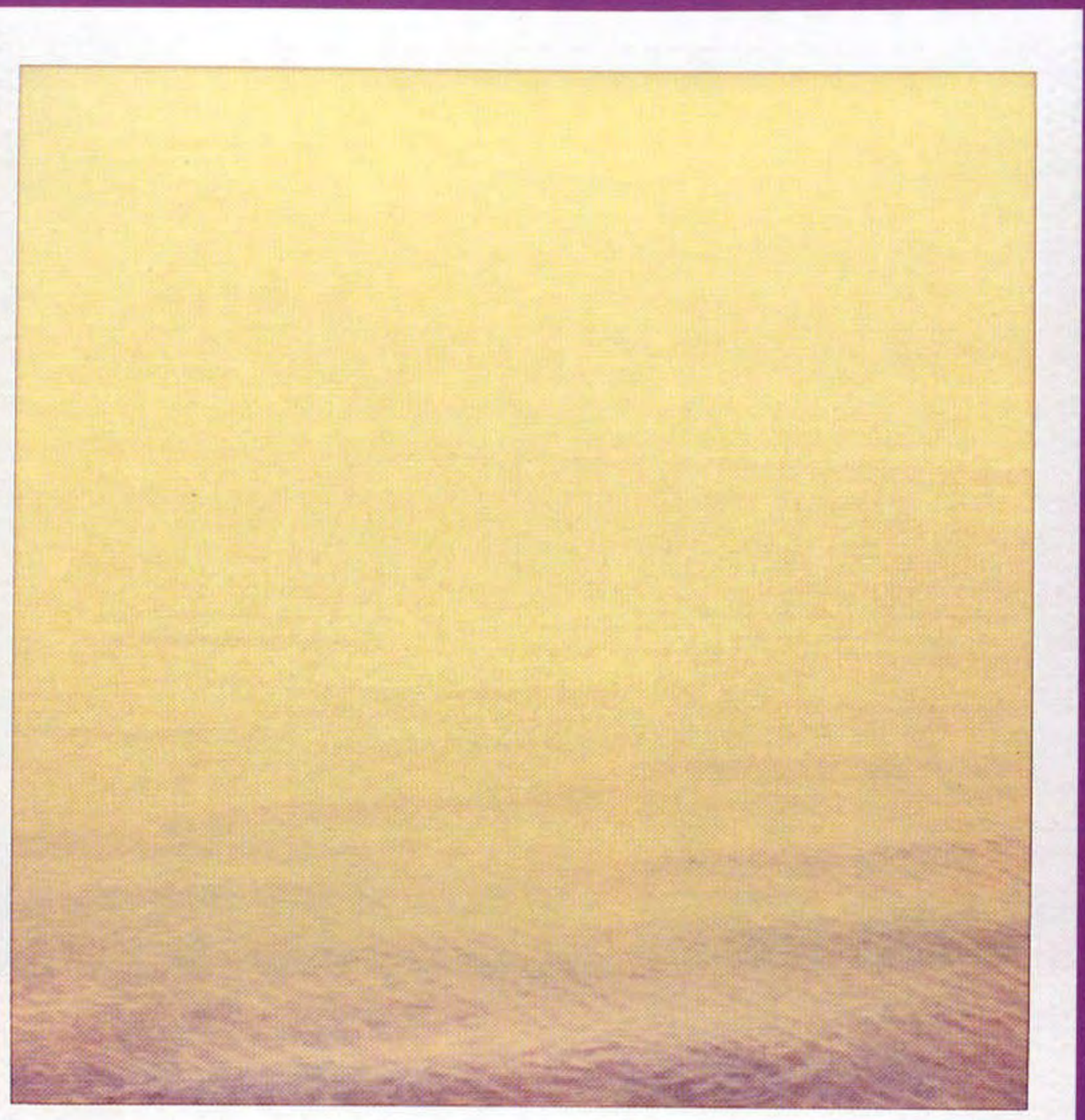
Sennin

de Ryunosuke Agutagawa

Página 60

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FOTOS **Marcos Adandía**



CAMBIO,

LA VIDA DE UN HOMBRE O UNA MUJER NO CAMBIA

SOLO POR EL HECHO DE MUDAR DE PAREJA, DE PROFESION O DE PAIS.

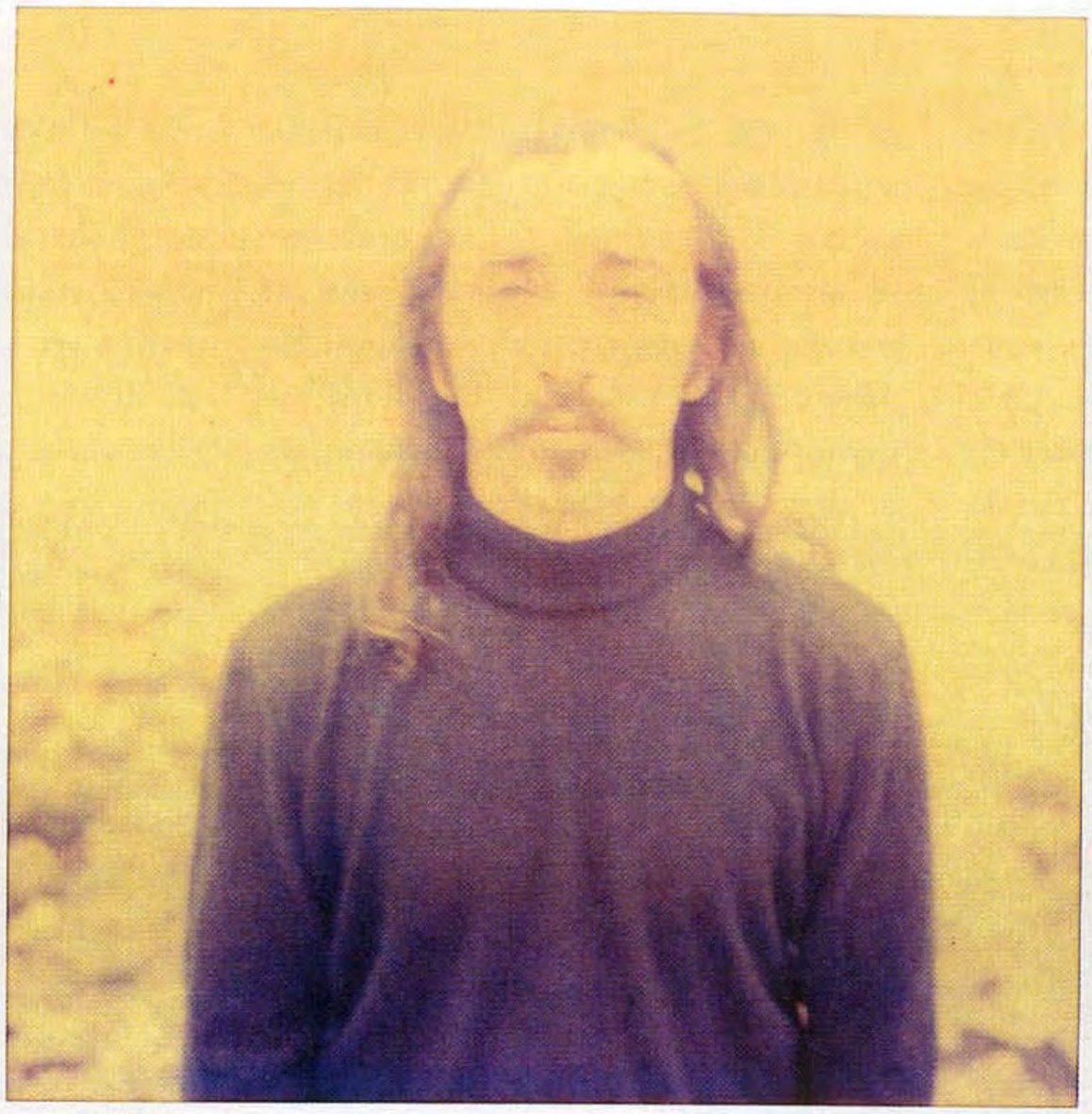
SIN EMBARGO, CUALQUIERA DE ESOS MOVIMIENTOS

PUEDE PRODUCIR UN IMPACTO DECISIVO, VITAL, IRREVERSIBLE.

POR **Luis Gruss**. Periodista y escritor, autor del libro de aguafuertes "Malos poetas". Porteño, nació en 1953



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



LUEGO EXISTO

Sin decisiones, juraba mi abuela, no hay destino. Y para abonar su hipótesis me llenaba la cabeza con una larga lista de hombres y mujeres providenciales que labraron su destino, a veces el del mundo entero, tomando decisiones a cada paso. Creo que dentro de su galería de notables incluyó a Jesús, a Einstein, a Colón, Juana de Arco, Sarmiento, Lenin, Gandhi y unos cuantos más. Sus héroes eran tantos y tan variados que hoy me resulta difícil recordar a todos. Además yo era muy chico; mi pie se perdía en esas huellas gigantes. Apenas alcanzaba a ocuparme de mis necesidades elementales. Debo aclarar de entrada que mi desidia no tiene nombre. Tomo vino si me ofrecen vino, veo caer la lluvia cuando llueve, hago el amor si los dioses son propicios. Agradezco al mundo lo que me da. Y a veces ni eso.

Podría pensarse por lo tanto que soy un blanco fácil, un conformista, un sujeto sin ambiciones. Pero no es así. Esto es sólo una etapa, una fase, el lado oscuro de una luna que muy pronto va a brillar en todo su esplendor. Mañana o pasado mi existencia va a dar un vuelco extraordinario. A muchos ya les ha pasado; lo dicen todo el tiempo las revistas. Hojeando una de ellas me entero de que una mujer cambió de vida cuando después de divorciarse del marido vendió el colchón de su antigua cama matrimonial.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los colchones guardan la memoria del amor, o de algo que se le parece, en forma de manchas. Las circunstancias en que surgieron se borran. Pero el tatuaje, un sello más en el vencido pasaporte, queda grabado para siempre.

No recuerdo bien qué me pasó a mí cuando me separé. Sufrí, eso lo puedo asegurar. Pregunté por la magia, como aquel camionero de *Bagdad Café*, pero la magia se había ido. Entonces me propuse cambiar, probar fuerzas, empezar de nuevo. Pero no vendí el colchón ni modifiqué mayormente mis costumbres. Seguí leyendo el diario a la mañana, tomé vino cuando me lo ofrecieron y no perdí la costumbre de mirar la lluvia por la ventana. Tampoco me dediqué, como se dice, a rehacer mi vida. Y no sólo porque la idea en sí ya me parece absurda. Simplemente pienso que ninguna vida se deshace de ese modo. Creo que los antiguos griegos definían la crisis como una situación de peligro pero también como una oportunidad. Yo podría haberme quedado en donde estaba. Pero seguí adelante. Y lo hice como quien se interna en un bosque para ver si es cierto que existen los duendes.

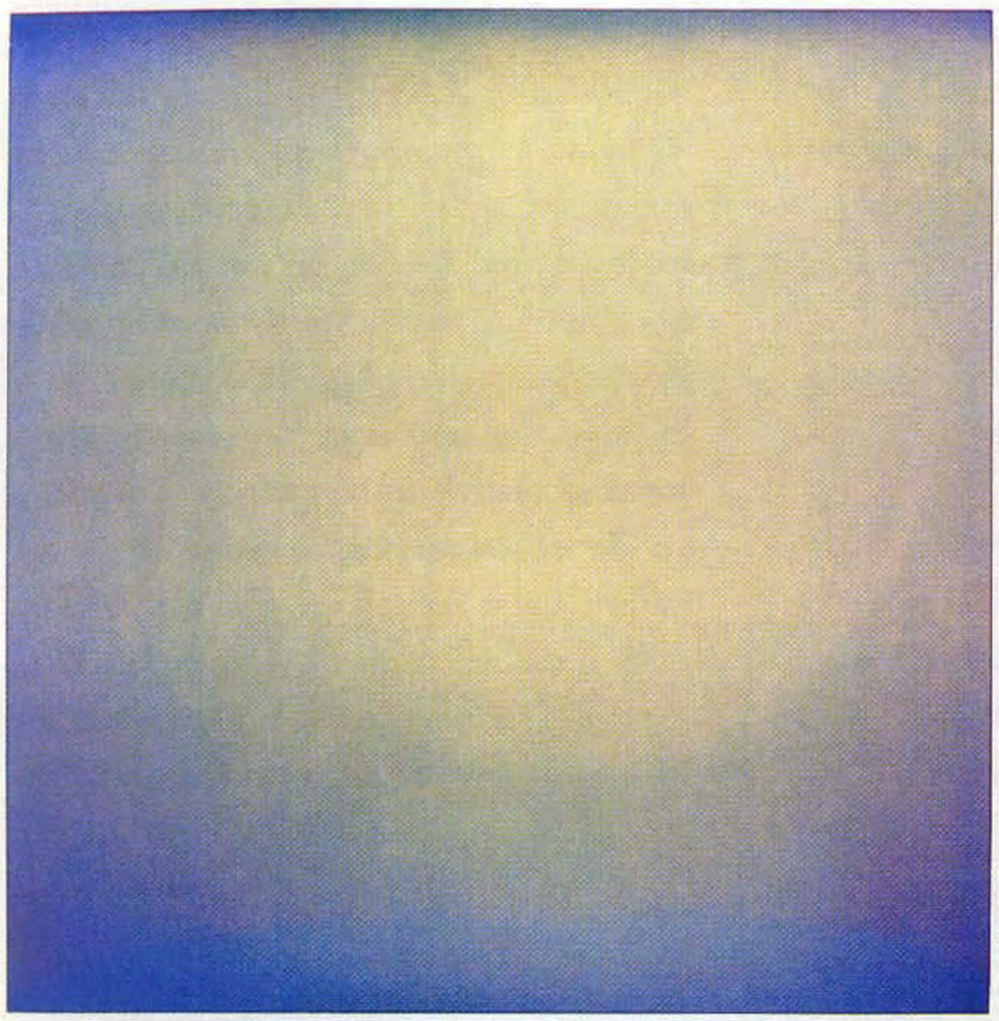
Algunos meses después conocí a Polito, un tipo de esos que no pasan por la vida sin dejar huellas. Podría incluso decir que fue a partir de encontrarlo que mis días empezaron a tomar otro color. Descubrí la noche, los bares llenos de humo y de mujeres, el rock salvaje, la delicia de hablar en una fiesta con desconocidos, el placer de la amistad. Quizá no sea necesario aclarar que hasta entonces yo había estado metido, como suele decirse, abajo de una baldosa. Había convivido con mi primera mujer en los peores años de la dictadura, y en ese ambiente enrarecido mis contactos con el mundo se redujeron al mínimo. No pretendo justificarme. Sé perfectamente que mi tendencia al aislamiento viene de más lejos. Pero si a ese dato le sumamos el miedo constante a desaparecer como uno más en el embudo, la sensación de vivir cada día como el último, bueno, ya se pueden entender algunas cosas. Lo cierto es que Polo llegó y sacudió el polvo de mi vida encapsulada.

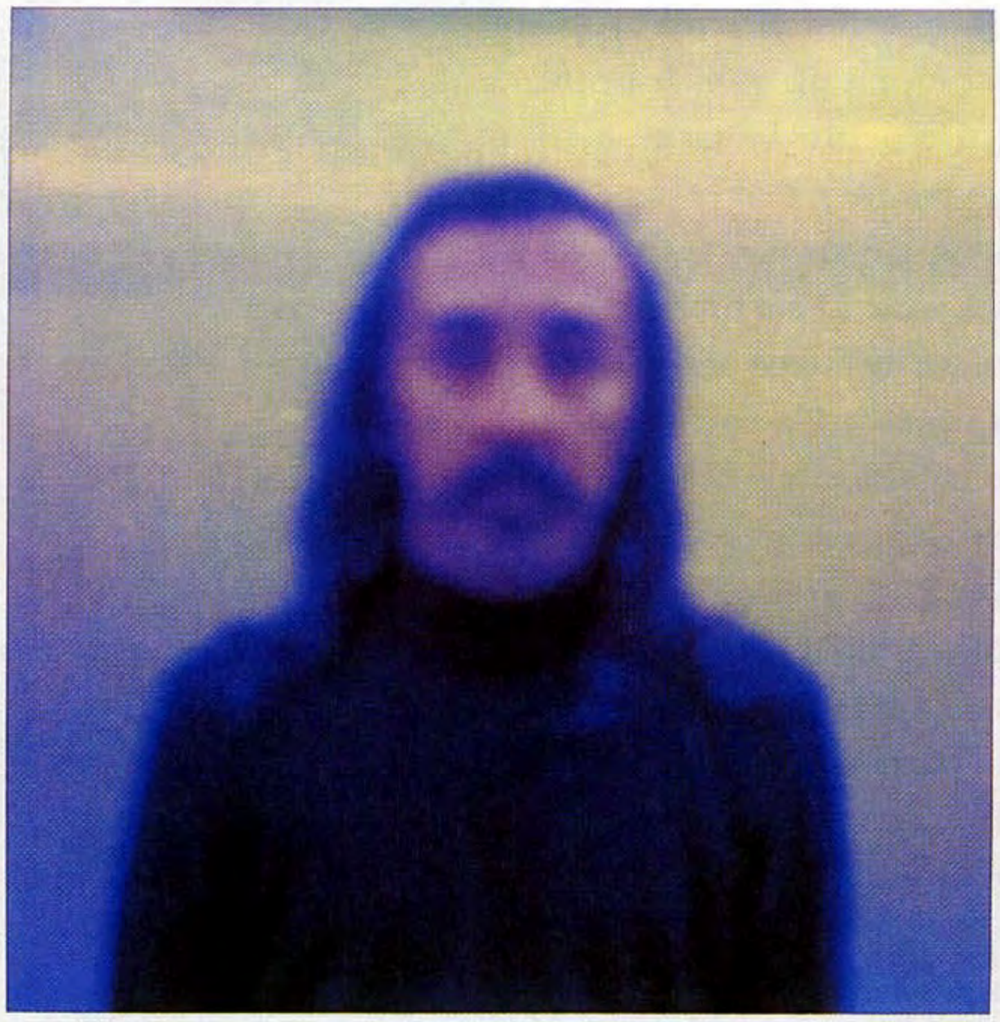
Lo que pasó después es otro tema. Un día discutimos por una mujer (casi llegamos a las piñas) y desde entonces nos vimos cada vez menos. El se casó, tuvo una hija llamada Milena y se dedicó a hacer programas de televisión. Estaba harto de escribir siempre las mismas notas en los mismos diarios y revistas donde habíamos trabajado juntos. También él había cambiado. Hasta ganó dos Martín Fierro por *El visitante* y *El otro lado*, sus originales y sensibles creaciones. Recuerdo que recibió las estatuillas de manos de una chica que había trabajado con él en la revista *Radiolandia 2000*. Ella se había quedado ahí por miedo a no encontrar otro laburo. Polito se había ido. "¿Podés creer que justamente ella me entregó los premios?", me contó después en su nueva casa del barrio de Saavedra. "Estaba llorando cuando me los dio." Esa noche hablamos poco. Lo vi raro, un poco triste. Fue la última vez. Un día me llamó Javier, un amigo en común, para contarme que Polo se había matado arrojándose a las vías del tren. Qué pena. No sé si llegó a saber la importancia que tuvo para mí haberlo conocido. Ni mejor ni peor, después del vendaval Polito no volví a ser el mismo. Dejé atrás la etapa de ermitaño y pude encarar la vida con una actitud más abierta. Diría incluso que algún pesado mueble, tal vez aquel que tapaba la única ventana que permanecía abierta en mi cabeza, se había movido por fin adentro de mí.

ESCALERAS

Mi viejo tenía una mueblería en Belgrano que se llamaba "La montaña". Uno de mis primeros trabajos de adolescencia consistió justamente en cargar pesados muebles en camiones y llevarlos a la casa de los clientes. Con frecuencia debía subir varios pisos por escaleras, teniendo que llegar al departamento más alto. Allí –estación final de la rayuela– depositaba la carga y aprovechaba para mirar la ciudad desde la altura. Entrar en esos departamentos ajenos me producía un goce extraño. Escuchar otras voces, espiar los dormitorios, los baños de los otros, las probables vidas de los desconocidos; imaginar en los demás su más cruda intimidad. Tal vez fue así, por esa curiosidad malsana, que después me hice periodista. Y fue entrando en otras casas, también, que empecé a considerar seriamente la necesidad de tener la mía cuanto antes. ¿Para cambiar hay que mudarse? Creo que a veces no queda otra posibilidad. Pero en esa idea también hay una trampa. Y es la ilusión de que una nueva escenografía modifica

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





MI ALMA EMPEZO A LLENARSE LENTAMENTE DE TATUAJES, VOCES Y PAISAJES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TAPA LA VENTANA SE HABIA MOVIDO

QUEDARSE, ESCAPAR, INSISTIR

QUIZÁ LA TRANSGRESIÓN SUPREMA, EN LA ERA DE LAS AUTOPISTAS RÁPIDAS, CONSISTA EN PERMANECER

la letra de una obra. Nunca pensé que mi vida cambiaría por el hecho de mudar de pareja, de profesión o de país. Pero es cierto que a la larga algunos de esos movimientos me ayudaron a cambiar en un plano más profundo.

Recuerdo bastante bien el día en que me fui a vivir solo por primera vez. Tenía veinte años, venía de Vicente López, y me había mudado a un departamento de medio ambiente situado en la esquina de Gascón y Cabrera. Mi casa de la infancia –el jardín, el útero, el cielo protector– había quedado definitivamente atrás. Ahora vivía rodeado por un ruido infernal. Pero era libre al fin. O al menos eso creía. Mi papá había muerto. La montaña ya no estaba. Mi madre había resuelto vender la casa de Olivos, la mueblería que nos mantenía a todos y también el piano Steinway que estaba en mi pieza y que nunca aprendimos a tocar como se debe. Dividimos la plata del piano en dos partes: ella se compró un lavarropas y yo un equipo de música. Fue, una vez finalizada la mudanza, lo primero que instalé en mi nuevo hogar. Puse un disco y miré a mi alrededor: nada estaba en su sitio. El orden había cedido al caos y eso me gustaba peligrosamente ¿Es que acaso existe un lugar fijo, predestinado, para las personas y las cosas? Escuché al respecto una teoría sugestiva, aunque de dudoso valor científico, según la cual los objetos que perdemos en casa van a parar en realidad a otra dimensión. Si nunca más volvemos a encontrar la tijera, por ejemplo, eso significa que cayó en otro espacio y otro tiempo, posiblemente anterior. Pero también pudo haber caído hacia el futuro y, de ser así, volveríamos a encontrarla, digamos, dentro de tres meses. Ahora yo sentía, en todo caso, que mi lugar anterior se había perdido. Y que acababa de entrar en una dimensión distinta. Había cajas, discos y libros hasta en la bañadera. Y me tiré en la cama como un pequeño dios. Creo haber dicho ya que mi apatía roza a veces la enfermedad.

MIRARME

Vivir solo. Qué placer. Casi no lo podía creer. Ser rey por fin de un territorio; marcarlo, como hacen los perros, con mi orina, con mi olor. Andar desnudo por la casa; comer sobre una mesa sin mantel y directamente de la olla viendo cualquier pavada por televisión; escuchar mis discos a cualquier hora y a todo volumen; llorar incluso sin testigos. Dormir con la ventana abierta. Respirar. Creo que nunca más volví a sentir esa sensación. Pero –no todas son rosas en el divino jardín– la soledad al mismo tiempo me ahogaba. Así que un día fui a la playa, conocí a una mujer y a los tres meses me casé con ella sin noviazgo de por medio. "Tomaste una decisión", se alegraría mi abuela. Y tendría razón. La pareja me dio otra medida de las cosas. Ahora ya no comía directamente de la olla. Tenía responsabilidades, suegros, límites, exigencias propias de la vida en común. Mi ser salvaje tuvo que adaptarse a un marco. Y no me fue del todo mal. Pasé buenos momentos y tuve dos hijos hermosos. Pero todo eso no alcanzó para que el barco siguiera a flote. Después, tras el divorcio, lo que alguna vez fue nuevo se volvió costumbre. Desde entonces me mudé tantas veces que el tema ya ha perdido toda relevancia para mí. Diría incluso que si bien cambié de lugar, y hasta de compañía, mi piel no mudó tan fácilmente como la de ciertos animales. Pero, eso sí, no quedó intacta. Mi alma empezó lentamente a llenarse de tatuajes, de voces, de paisajes. Había algo, sin embargo, que me impedía tocar el cielo con las manos. Un amigo de entonces me comparó con un pájaro capaz de volar a gran altura. Pero ese pájaro, decía él, permanece atado a una roca con un hilo invisible. Es evidente que para cambiar en serio tenía que romper esa cadena.

En ese afán seguí yendo y viniendo. Y me dediqué a dar unas vueltas, al menos, por los estrechos pasillos de mi acuario. No hablo de grandes desplazamientos; apenas de pequeños pasos en la oscuridad. En realidad no creo que sea necesario mucho más. Basta concebir, para entenderlo, la fábula de un hombre cansado de sí mismo que un día abandona su hogar para viajar al desierto. Allí, después de cruzar mares, selvas y montañas, vuelve a encontrar su ajado rostro en el espejo. Se podría pensar, también, en la secreta frustración que arrastra cada uno a lo largo de los años. Con frecuencia hay un abismo entre lo que queremos ser y lo que somos. Hablamos de cambio hasta por los codos y hasta soñamos despiertos con ser otros. Pero llegado el momento bajamos la cabeza y elegimos eso que llaman seguridad, vida estable, un perfecto disfraz o ade-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ciclo de conciertos corales

Con la música del mundo en los barrios de Buenos Aires



Martes 18 de agosto, 20:30 hs.

Parroquia del Patrocinio de San José
Ayacucho 1072

Entrada Libre



Estudio Coral de Buenos Aires
Dirección: Carlos López Puccio

Programa:

Arvo Pärt
Magnificat (1989)

Clement Jannequin
Canto de los Pájaros (ca. 1529)

Richard Strauss
Der Abend - Op. 34 Nº 1 (1897)

Henryk Mikolaj Górecki
Totus Tuus (1987)

Dos canciones folklóricas venezolanas
El Periquito
arr. Modesta Bor
Corrio de los Pájaros
arr. Rafael Suarez

Tres canciones folklóricas inglesas
Veljo Tormis
(de Inkerin Illat, 1979)

UNA INICIATIVA DE LA FUNDACION MACRI

Con el auspicio de la Comisión Arquidiocesana para la Cultura

FUNDACION MACRI



El universo, su origen y evolución
en la visión de la física actual

Mesa Redonda

Profesores participantes:

Dr. Juan Maldacena
Lyman Laboratory of Phisics
Harvard University

Prof. Víctor Rodríguez
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Diego García Lambas
Observatorio Astronómico
Universidad Nacional de Córdoba

Dr. Osvaldo Moreschi
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Coordinación:
Dr. Reinaldo Gleiser
Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Matemática, Astronomía y Física
Universidad Nacional de Córdoba

Fundación Macri
y
Ecogas

Viernes 30 de abril
19hs.
Salón de Actos
Pabellón Argentina
Ciudad Universitaria U.N.C.

Entrada libre y gratuita

Xul Solar



Vías, 1925

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

setiembre / octubre 1998

Avenida del Libertador 1473, Buenos Aires
Entrada libre
Martes a Viernes de 12:30 a 19:30, Sábados y Domingos de 9:30 a 19:30

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FUNDACION MACRI

Presente en la comunidad,
promoviendo la educación, el arte y la cultura

EL ARTISTA JAPONES

SIENTO, COMO TODO EL MUNDO, QUE LA FLOR DEL TIEMPO SE DESHOJA.

lanto organizado de la muerte. Hace años trabajé en un diario, no importa cuál; recuerdo que muchos de mis colegas se preguntaban si habría vida más allá de ese diario y de su indiscutible solidez empresarial. Casi todos los días intentaban imaginar si acaso era posible probar otra cosa, una forma distinta de escribir, de editar las notas, de sacar fotos, de diseñar una página, otra manera incluso de ser y de vivir. No me considero un héroe por haberme ido. Y los que se quedaron, en el fondo, deben estar más aliviados. Todos los presos necesitan un prófugo para seguir viviendo.

¿Para cambiar de vida hay que escapar? Tengo una amiga del alma (su nombre es Laura) que se animó. Ella dejó la ciudad, un trabajo seguro y hasta su familia para irse a vivir a una isla del Delta. De pronto se dio cuenta de que la vida en Buenos Aires ya no le daba placer. Así no podía seguir. Y apenas surgió una oportunidad se mandó a mudar. Cambió sus zapatos de taco y sus medias negras por botas Pampero y vestidos de aldeana. Ahora viaja a la ciudad de tanto en tanto, al solo efecto de ganarse la vida con sus clases de inglés y sus traducciones. Pero Laura paga un precio alto y cotidiano por el atrevimiento. Su familia y algunos de sus amigos piensan que está loca. No la aceptan en su nuevo lugar. Suponen que existe una única manera de vivir y que es justamente la que ellos eligieron. Está muy bien que los isleños vivan en las islas. Está mal, en cambio, desafiar el orden y desechar el espacio que naturalmente nos corresponde. Laura se ríe piadosamente de sus críticos y, mientras teje o pela mimbre, escucha discos de Mozart, Beethoven y Silvio Rodríguez.

NUEVOS ESPACIOS

Ya sé que me van a acusar de ingenuo. Lo que acabo de describir suena demasiado a mundo ideal. Cualquiera sabe que la vida se parece poco a la familia Ingalls. Y la de Laura no es una excepción. Todavía hoy mi amiga es una flor rara entre los isleños. Le costó casi tres años ser aceptada entre ellos como una más. Tampoco le resulta fácil trabajar con éxito en su nuevo ámbito, más aún si se tiene en cuenta que no fue preparada para eso. Y además está el agua, una hermana con frecuencia caprichosa e invasora. El mes pasado una creciente se llevó de su casa una pila de leña recién cortada, un trabajo equivalente a casi dos semanas de jornales pagados. El río le deparó ya otros disgustos. Un día puso en peligro a casi todas las plantas de su huerta. Ella debió pasar casi cuatro horas con el agua hasta la cintura embarcando macetas en un bote. Y así pudo salvarlas. Situaciones como esa, sin embargo, se pueden controlar. A diferencia de lo que pasa en la ciudad, las casas del Delta están pensadas justamente para sobrevivir a la creciente. Laura me cuenta que cuando era chica vivía cerca del arroyo Sarandí, antes de que lo entubaran. El agua entró varias veces a su cuarto, y aun a la cocina, y eso sí que fue una pesadilla. Ahora el río entra a la isla pero no a la casa. Puede a veces incluso inundar su ánimo, ahogar su entusiasmo por un rato, entrometerse en sus planes sin pedir permiso. En esos casos ella se tira a leer o a dormir hasta que le vuelvan las ganas de enfrentar el mundo.

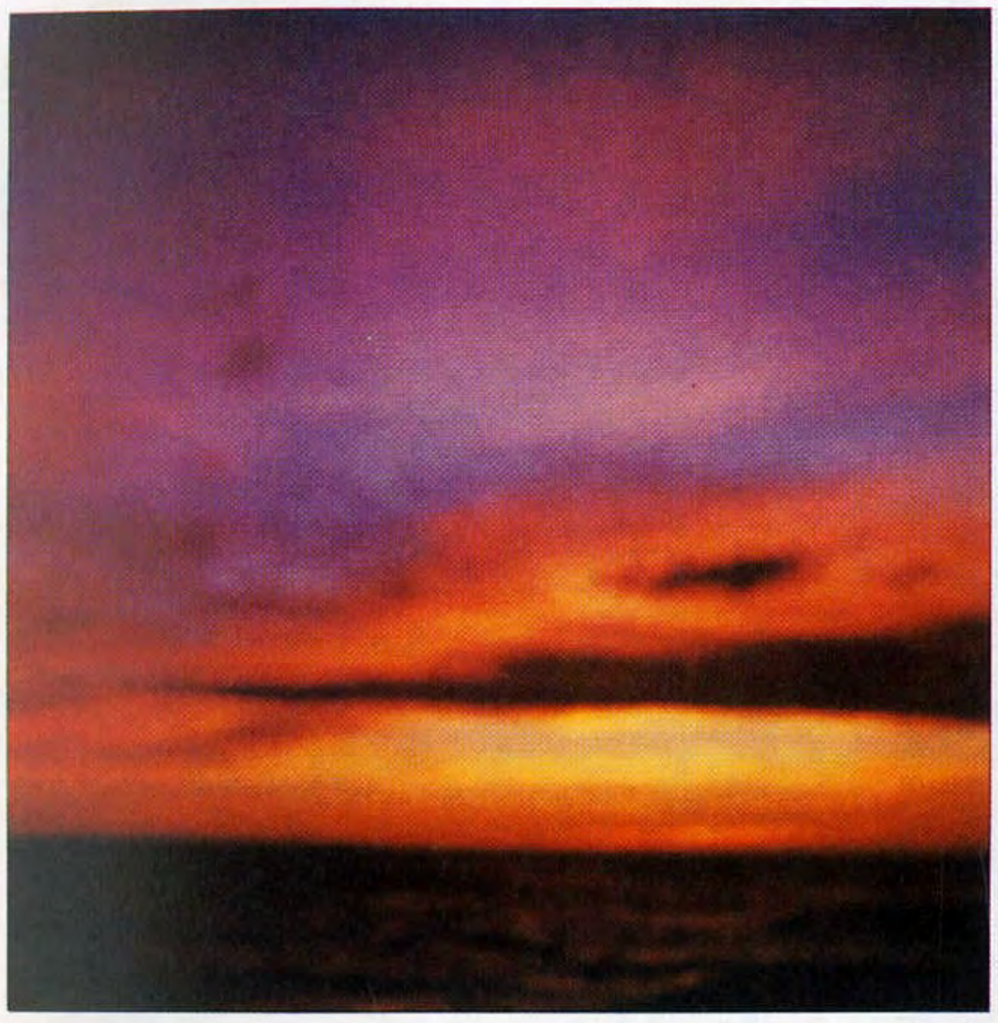
Debería decir, también, que conocí a Laura cuando ella todavía trabajaba como secretaria ejecutiva en una lujosa oficina del centro. Me cuesta verla ahora en su nuevo rol. A veces pienso que en la isla está muy sola y se lo digo. Sin mucha convicción le sugiero que el tiempo de los héroes ya pasó. Pero ella, con su irónica sonrisa, me dice que estoy equivocado, que no está sola, que la acompañan Teuco –su querido perro– además de las plantas, los gatos y los pájaros. Paso a leer el fragmento de uno de los últimos mails que me envió. "No sabés la incondicionalidad que tienen por mí los animales. Es un amor sin medida. No importa que esté desnuda o disfrazada de coliflor, o que esté sentada en el inodoro o tirada en el suelo. Para Teuco sigo siendo yo, aunque huela mal, aunque luzca horrible, aunque haga cualquiera de esas cosas que nos descalifican ante los otros humanos. Yo siento esa diferencia como un lazo muy concreto que ahora me distancia de mis compañeros de especie y me iguala, tal vez en mi condición animal, a esos otros compañeros de ruta que elegí y cuyo amor cultivo con la mayor dedicación."

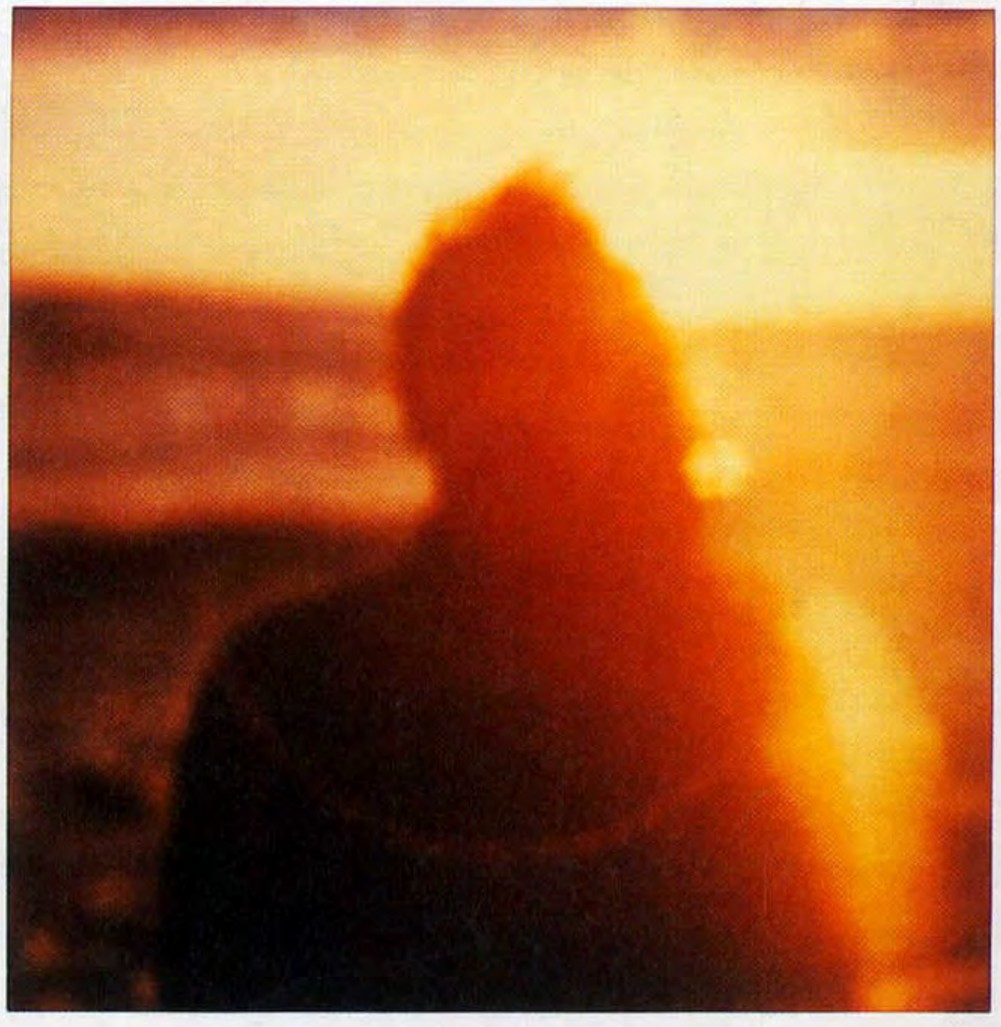
No sé si tengo el grado suficiente de valentía o de locura para seguir un camino parecido al de Laura. Escribí la palabra locura. ¿Están locos los que se mueven, los que cantan, los que gritan y los que bailan? ¿Son normales todos los demás? Yo no sé muy

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HOKUSAI ELIGIO 70 NOMBRES PARA SEÑALAR SUS RENACIMIENTOS

Y QUE EL MALDITO PESCADO SIGUE SIN VENDERSE





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HAY RUTINAS PELIGROSAS

LAS PALABRAS Y LAS COSAS TIENDEN A REPETIRSE. EL DIA DE HOY ES IGUAL AL DE MAÑANA

bien a qué grupo pertenezco. Tampoco creo que podamos separar a las personas de manera tan tajante. Pero de lo que sí estoy seguro es que el cambio se alimenta de infinitos actos y descubrimientos personales. No puede nacer apenas de la insatisfacción o de la angustia. Lo esencial, como decía el Principito, suele ser poco visible desde afuera. Una revolución interior puede transcurrir para los otros sin mayores incidentes. Por el contrario, uno puede pasarse la vida haciendo zapping con la gente, con el amor, con las ideas y los lugares, y aun así seguir clavado en el mismo punto.

Sé de lo que hablo. Conozco a muchas personas que viajan por el mundo sin llegar jamás a ningún sitio. Eso no quiere decir que la pasen mal. Es más, casi todos los turistas vuelven encantados de sus fascinantes recorridas. Admito que un cambio de lugar, una movida de esas que ponen todo patas para arriba pueden replantear la vida del mejor plantado. Pero eso, no nos engañemos, ocurre sólo en contadas ocasiones. Escuché la historia de una joven de la antigua China que había resuelto emprender un largo viaje; se había propuesto romper con la monotonía de sus días. Comunicó la decisión a su maestro, hombre sabio y prudente como todos los chinos, el cual reaccionó con acritud. ¿Cómo puedes salir de viaje si los tres reinos del país aún no se han unido?, le preguntó con visible enojo. La joven de la antigua China era una chica de barrio; no tenía muchas pretensiones. Consideraba incluso, y con razón, que la unión de aquellos reinos estaba completamente fuera de su alcance. Cuando así se lo hizo saber a su maestro, éste severamente le replicó: la unión de esos tres reinos es en efecto un objetivo remoto. Pero más remota que un objetivo remoto es la carencia de objetivo. Tu viaje no tiene objetivo.

Además del sabio maestro chino, otro de los mayores aguafiestas que conozco en este campo es cierto poeta portugués –soberbio y austero como pocos– que despreciaba los viajes, los cambios, la gente nueva y todas esas cosas lindas que tiene la vida. El tipo rechazaba cualquier acto, por mínimo que fuera, que lo sacara de sus frecuentes caminatas por la calle de los Doradores, en la vieja y recóndita Lisboa. Se sentía tan a gusto dentro de su órbita que ni siquiera quería leer libros diferentes de los que ya había leído. "Siento el tedio anticipado de las páginas desconocidas", escribió una tarde, oscuramente, antes de bajar a la tabaquería por la Calle de la Aduana.

¿Adónde pretendía llegar este señor? Voy a exponer al respecto una hipótesis personal. Creo que Fernando Pessoa (de él estoy hablando) decía una cosa pero deseaba otra. En realidad estaba harto de su apatía endémica, y hasta la padecía. Quería cambiar, quería ser otro, pero sólo pudo lograrlo a través de su inclasificable obra literaria. A veces no puedo dejar de identificarme con sus idas y vueltas, con sus contradicciones, con esa cosa de quiero y no puedo que finalmente se convertía en no quiero, no voy, no puedo. Cómo no entenderlo. Yo, sin ir más lejos, me la paso hablando mal de las fiestas, pero cuando finalmente voy a alguna me dejo llevar por la situación y la disfruto (críticamente, eso sí, no se vaya a pensar que soy un frívolo). Predico la inmovilidad porque es profunda, sólida, verdadera y todo eso, pero casi lo único que hago es moverme de aquí para allá buscando no sé qué aventura maravillosa. Pessoa mismo llegó a escribir un manifiesto contra toda relación amorosa –contra cualquier compromiso terrestre, en realidad, que lo desviara de su misión



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



"Poco o mucho,
en algún momento
de sus vidas,
todos los argentinos
tienen algo que ver
con La Caja."

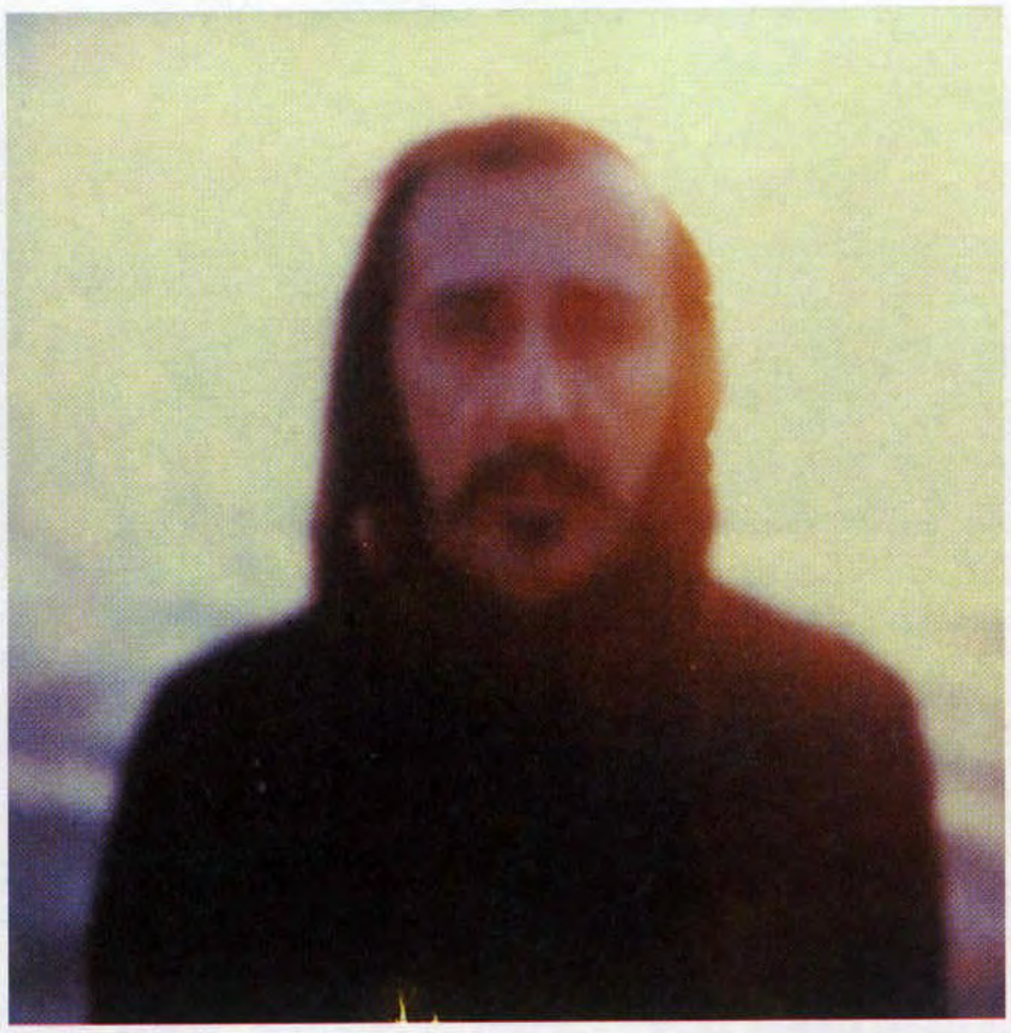
LA CAJA
de ahorro y seguro

Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Caja de Seguros - Caja de Seguros de Vida - Banco Caja de Ahorro - La Caja de Seguros de Retiro - La Caja ART - Instituto del Seguro de Misiones.

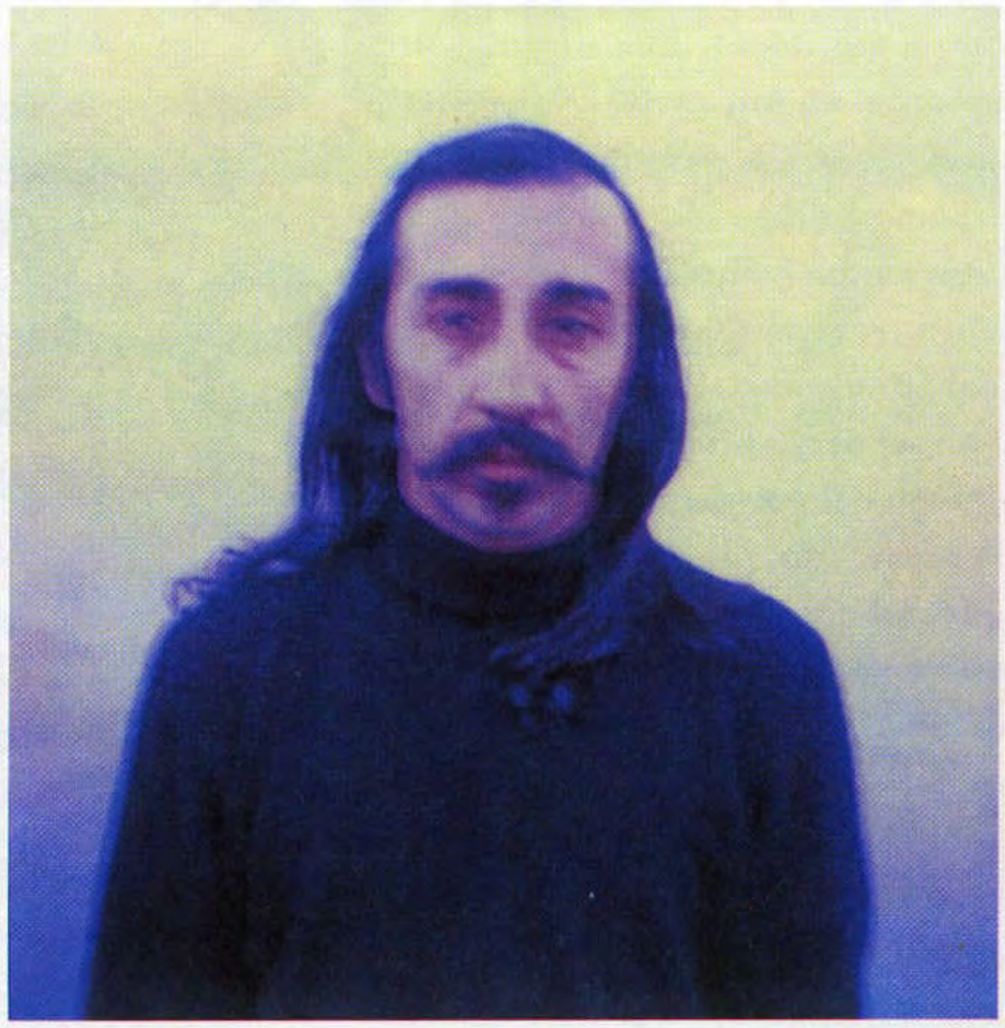




NO HABLO DE GRANDES
APENAS UNOS
EN LA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





DESPLAZAMIENTOS.
PASOS
A OSCURIDAD

TODOS LOS PRESOS NECESITAN UN PROFUGO PARA SEGUIR VIVIENDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DECIR NO

POR ANALÍA ROFFO

Escaleras de mármol, erosionadas en el centro por tantos pasos, tantos días. Ese es el primer recuerdo de mi infancia, como si se tratara de fundar un símbolo: hay que subir una cuesta permanente, nada será llano.

A los tres años, yo subía las escaleras del Hospital Italiano en busca del consultorio de mi oculista, el doctor Malbrán. Era "una eminencia", como decía mi familia, y de él escuché por primera vez palabras que por mucho tiempo no entendí: ptosis palpebral congénita, miopía, ambliopía, astigmatismo.

En fin, mis ojos traían muchos problemas, pero también una alegría inusitada. Los ojos leían y si "escribir es vivir" –como fusionó Griselda Gambaro–, leer era desde los cinco años respirar y acaparar el mundo.

La eminencia no objetaba ese hábito ya compulsivo, imperioso. No importaba si eran los manuales de la escuela, la enciclopedia "Lo sé todo", los fascículos de "Fabulandia", la revista "Codelín", los libros de Alcott o los de la biblioteca de los abuelos que, ecléctico como todo inmigrante, mezclaban Cronin con Víctor Hugo. No importaba cantidad ni calidad: sólo había que leer con buena luz desde la izquierda. Ese hombre parco y distante sabía lo mismo que Borges: si es verdad que Dios nos da a la vez los libros y la noche, se debe festejar el privilegio y no condenarse al déficit.

A punto de terminar la primaria, mi familia creyó necesario sumar dictámenes. La pubertad probablemente los asustaba. ¿El "desarrollo" incluiría más fragilidad visual? ¿Qué talismanes habría para tanta incertidumbre?

Allí fuimos entonces hasta lo de otra eminencia, cuyo nombre omito por piedad, o quizá por gratitud: con él descubrí que hay miopías mucho más graves que la mía. El innominado auscultó, midió, reflexionó, sentenció. "Señora, no vale la pena que anote a su hija en el secundario. No podrá con tanto esfuerzo visual. Mejor se queda en su casa y se dedica a las tareas hogareñas." Diagnóstico de 1967, cuando las anteojeras del discurso de género hacían juego con Onganía. Salimos del consultorio, al que no inocentemente recuerdo muy oscuro, y opiné: "Mami, aquí no volvemos más". Ella ya padecía el autoritarismo de su madre y empezaba a otear que yo lo había heredado. No contestó y supe que estaba de mi parte.

Por esos años, yo no había leído a Nietzsche todavía, pero ya sospechaba que la vida es voluntad de poderío. Voluntad de cambio, cuando las cosas valen la pena, cuando arrasan y dejan esas marcas de las que uno se enorgullecerá siempre. Uno cambia por amor, o por vocación o por una ardiente paciencia. Y la vida es también voluntad de no cambio, de persistir en el camino propio cuando uno descubre que eligió un destino o que el destino lo eligió a uno, así, obstinadamente.

Contra la ciencia inapelable del innominado hice el secundario, claro, y la carrera de Letras. Y trabajé con los libros desde los dieciocho años. Sigo leyendo con buena luz desde la izquierda. Sigo leyendo. No cambié de vida. Sigo viviendo.

Analía Roffo es periodista

sagrada–, pero cuando las papas quemaban no se podía contener. Un día que se cortó la luz en la oficina donde trabajaba con Ofelia Queiroz –la única mujer que se le conoce– casi la viola sobre el escritorio. Ella misma contó el episodio en una carta. De repente la empujó contra la pared y sin que mediara una palabra (él, justamente, que en eso era un campeón) la agarró por la cintura, la abrazó y la besó apasionadamente como si estuviera loco.

Mi abuela, una mujer independiente y vital por naturaleza, no lo habría censurado. "Los grandes son así", hubiese dicho. Cuando ella era chica viajó con su familia desde Rumania a Gualeguay, en Entre Ríos. Vivía en el campo y después de la lluvia solía jugar con el barro y hacer figuras de hombres, flores o animales. Años después, y siendo todavía muy joven, se casó, se mudó a Buenos Aires, tuvo hijos (mi padre entre ellos) y desde entonces cada vez que llovía sentía una inexplicable sensación de nostalgia y hastío. Hasta que un día –tenía alrededor de cincuenta años– se separó. No conozco bien los motivos de la ruptura pero sé que a partir de ahí su vida transcurrió por otros carriles. Conservo una foto de ella que fue tomada en esa época. Luce un sombrero de paja y alas anchas –con una cinta oscura alrededor– y su rostro irradia luz.

El primer paso que dio en su nueva etapa fue hacerse comunista. Puedo imaginar el escándalo y el oprobio que eso significó para toda la familia. Y a continuación, tal vez porque se acordó de sus primeros juegos en el barro, se dedicó de lleno a la escultura. Los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Norte. Sur.
Este. ¿O este?

Ahora todos pueden elegir Telecom. Y el plan que más les convenga. Por ejemplo, con el Plan Números, elegís cinco números de **amigos y familiares** que vivan a larga distancia y te damos rebajas de **hasta un 80% en llamadas internacionales** y de **hasta un 43% en llamadas nacionales.** Elegí lo que nadie más puede darte. Elegí Telecom.

TELECOM

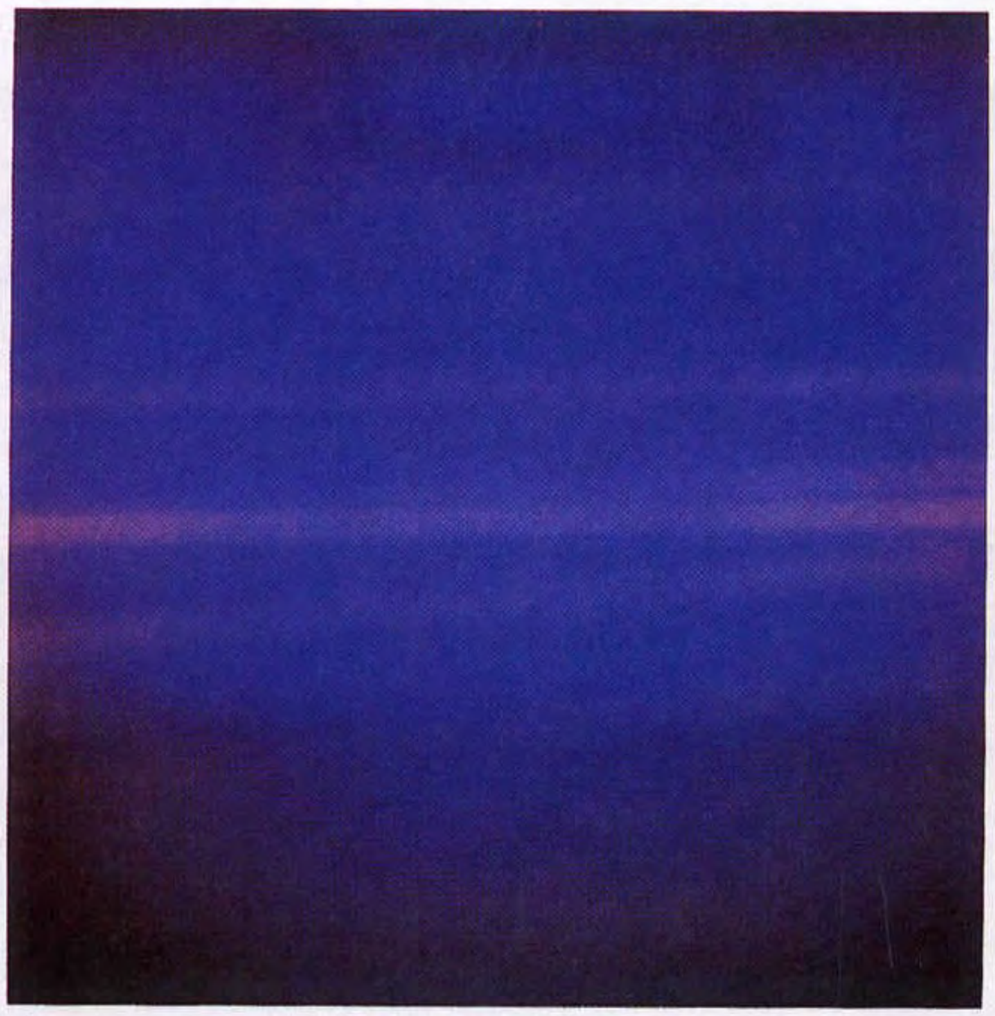
Llamá hoy al **0800-888-3534**
(0800-888-ELEGIR)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un mundo próximo

¿ACASO ESTAN LOCOS LOS QUE GRITAN MUEVEN DE LUGAR LOS QUE BAILAN?

TODO CAMBIO SE ALIMENTA DE INFINITOS ACTOS Y DESCUBRIMIENTOS PERSONALES





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS QUE SE

nombres de Karl Marx y del escultor francés Auguste Rodin fueron incorporados rápidamente, y con letras de oro, a su álbum de figuras estelares. Al poco tiempo se ganó una beca para perfeccionarse en París y, pasados unos años, regresó a la Argentina con aires de reina. Después volvió a juntarse con mi abuelo (tal vez por aquello de lo malo conocido) y montó aquí un renombrado taller de arte.

SANGRE

Mi madre guarda en una caja de zapatos las encendidas cartas que mi abuela le enviaba desde Europa. Cada vez que las releo me parece verla en un estado de exaltación lírica y existencial. "Me preguntan qué pienso hacer, qué planes tengo para el futuro –escribe en una de ellas–. Les diré que no quiero hacer planes; quiero vivir a pleno este hermoso presente. Cuando pienso en cómo me sentía y veo cómo me siento ahora, todo lo que estoy aprendiendo del arte y de la vida, no lo puedo creer. Ayer empecé a golpear una piedra de mármol para hacer una figura, y me salió sangre de los dedos. Mi maestro sonrió y me dijo que siguiera adelante, que ese es el bautismo y la garantía de que ya no voy a dejar de trabajar nunca. (...) Esta carta puede dar la sensación de que me ubico en un primerísimo plano. Lo que pasa es que me siento bien y quiero que lo sepan. Pues en la medida en que yo esté bien podré ser útil a los demás. En la práctica se ha visto que cuando quise ser solamente para los demás y olvidarme de mí, caí en un pozo ciego del que poco a poco voy saliendo. (...) Trato de aplacar mi ansiedad trabajando y estudiando. Siento que ya no voy a tener tiempo de realizar muchas cosas que siempre quise hacer. Desgraciadamente empecé tarde. Y me doy cuenta justo ahora que estoy recién nacida." Antes de morir mi abuela alcanzó a decirme, con voz cansada, que tomara decisiones, que nada se consigue en la vida sin un cierto grado de obsesión.

Hay días en que me propongo seguir esos consejos. Y hay noches en que me quedo en donde estoy. Me siento, me levanto, espero que llueva o salga el sol. Todavía no sé qué es mejor. Supongo que tampoco hay un camino que se sustente en la pura fuerza del impulso. Y mucho menos en la reiteración. La rutina es un movimiento continuo, firme, seguro. Sólo que avanza siempre en la misma dirección. Me levanto, voy al baño, tomo un té, me ducho, voy al trabajo, vuelvo, prendo la televisión, me acuesto, me levanto, voy al baño. El día de hoy es igual al de mañana. De pronto ya no sé si el próximo feriado cae jueves. ¿Qué tenía que hacer hoy? No voy a cometer la torpeza de oponer el cambio a las rutinas. Entre ellas hay algunas que ya son parte de mí y a las que por nada del mundo renunciaría. Pasear al perro todas las noches, solo, por las veredas desiertas de mi barrio. La ducha de la mañana. El beso del encuentro y el de la despedida. Descansar, tomar un mate, sentir el viento matinal sobre la cara, regar las plantas del balcón. A veces siento incluso que estos hábitos amados esconden una secreta confianza, una especie de fe. Recuerdo ahora una vieja leyenda rusa que viene al caso. Un monje sube todas las mañanas a la cima de un monte para regar un árbol seco. Contra toda razón práctica, contra toda frialdad, el hombre cree que si repite ese acto día tras día, año tras año, ciega y obsesivamente, algún milagro ocurrirá en el mundo. Y un buen día, cuando sus fuerzas ya no le responden, descubre que las ramas secas del árbol muerto habían florecido.

No siempre tenemos esa suerte. Y a veces, también, el exceso de riego ahoga al olmo nuevo. Yo diría incluso que hay rutinas peligrosas. Y que a veces conviene ser precavido con la precaución. Conozco el caso de un hombre que siempre lavaba las manzanas antes de sentarse a comer. Un día, sin querer, se bebió el contenido de la jarra en donde las había lavado y enfermó de cólera. Dicen que el matrimonio –una bebida no siempre saludable– tiene muy poco que ver con el amor. El escritor peruano Julio Ramón Ribeyro me dijo una vez que las relaciones que uno tiene con su mujer, por hermosa que sea, llegan con el tiempo a hacerse tan rutinarias como las que uno mantiene con el lugar en donde vive. Y así como al cabo de habitar varios años en una ciudad no vemos ya las plazas, las avenidas, los monumentos, sino cuando el azar o la obligación nos lo proponen, del mismo modo a veces descubrimos que nuestra mujer tiene tetas, lindos ojos o un lunar en la cadera.

Pero los disfraces cansan y no son más que disfraces. Por eso las parejas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CRISIS ES PELIGRO Y OPORTUNIDAD

ENTRE AL BOSQUE PARA SABER SI ES CIERTO QUE EXISTEN LOS DUENDES

que están unidas por alguna cosa superior a la costumbre o la practicidad entienden que deben cambiar la piel para seguir creciendo; de tanto en tanto se renuevan y aprenden a compartir juntos, en el mejor de los casos, la inexplicable paradoja de existir. En todas las épocas, por suerte, hubo gente que prefirió siempre comer manzanas sucias o recién arrancadas. Algunos se enfermaron y otros vivieron igual o mejor. Aun pagando caro, aun perdiendo, querría verme dentro de ese club. Y si alguien tiene la culpa de que piense de un modo tan poco conveniente, esa es mi abuela. Ella me decía, por ejemplo, que Jesús se convirtió en Jesús cuando echó de una patada a los mercaderes del templo. Era inútil que yo le recordara que el Nazareno acabó horriblemente crucificado en el Gólgota y hasta olvidado, al menos en la hora más crítica, por la mayoría de sus seguidores. Y digo que era inútil porque entonces, para cambiar de tema, ella me hablaba del gran amor que unió a su admirado Rodin con la bella y esquiva Camille Claudel.

*

Quedarse, partir, unirse, cambiar, escapar, insistir. Quizá la transgresión suprema en la era de las autopistas rápidas consista en permanecer, en comprometerse al menos con el entorno más cercano, ahondar en lo que uno es hasta el extremo de la terquedad. Antes (y debo aclarar que la palabra antes ya me está cansando) yo creía en la posibilidad de una transformación total y colectiva. Creía en la revolución. Pretendía "cambiar la vida", como pedía Rimbaud. Soñaba con el hombre nuevo, con un mundo trastocado hasta en sus últimos pliegues. No es que piense ahora que todo eso ya pasó. El mundo me sigue pareciendo un lugar peligroso, inhumano, egoísta, donde cada uno pretende salvarse por la suya. Sólo que ya no sé si puedo cambiarlo a fuerza de voluntad. No tengo un discurso, no sé de teorías, no cultivo el análisis político y social. A veces pienso incluso que la historia universal sucede a no más de veinte metros de cada uno. Y que es ahí, en ese breve territorio, donde puedo intentar alguna cosa. Quiero hacerlo. Todavía siento una responsabilidad por lo que pasa y lo que deja de pasar. Una necesidad de entrega que sigue en pie como un tronco seco dispuesto a florecer.

Florecer rima con permanecer. Leí hace tiempo un relato del mexicano Juan José Arreola que ilustra el tema a la perfección. Cuenta la increíble historia de un astuto mercader que un día recorrió las calles del pueblo cambiando esposas viejas por nuevas. Los precios eran razonables y las mujeres ofrecidas eran unas rubias espléndidas, de carnes duras y tentadoras. Sólo un hombre –uno entre todos– prefirió seguir junto a su vieja esposa con una rara e inexplicable obstinación. Ni siquiera ella podía entender por qué su marido no la había cambiado por una nueva como todos los demás. La mujer se veía sombría, envejecida, sin fuerzas. Y sabía que las nuevas eran sencillamente deslumbrantes. Pero nunca se sabe por qué los hombres actúan de una manera o de otra. Con el tiempo los maridos que eligieron esposas nuevas se sintieron defraudados. Las mujeres compradas se llenaron de manchas y pronto se empezaron a oxidar y derrumbar como máquinas mal hechas. Los hombres, sintiéndose burlados, salieron por los caminos a buscar al estafador. Pero éste se había perdido en la noche de los tiempos. En el pueblo sólo quedó un esposo, el mismo de siempre, acompañado en silencio por su única mujer.

Me gusta esa historia. Me gusta pensar que no todo está en venta. Y creo que yo reaccionaría igual que el obstinado protagonista. Aunque nunca se sabe. A lo mejor soy diferente del que creo ser. O soy muchos a la vez. Hokusai, el fabuloso artista japonés, eligió setenta nombres para señalar sus setenta renacimientos. Y Pessoa no le fue a la zaga en el desdoblamiento interminable de rostros y caminos. No tengo el talento y mucho menos la audacia necesaria para volver a empezar tantas veces. Siento, como todos, que la flor del tiempo se deshoja y que el maldito pescado sigue sin vender. Mañana o pasado (miento otra vez) voy a dar por fin el gran salto que necesitaba. Mi abuela decía que sin decisiones el destino huye entre los árboles como un ciervo herido. El destino en realidad no existe. Pero aún estamos a tiempo de tomar alguna decisión. Vivimos siempre a punto de bajar los brazos. Casi todo a nuestro alrededor nos invita a ceder, a renunciar. Pero una voz secreta nos repite, día tras día, que la vida (la mía, la tuya, la de todos) puede cambiar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Escuchamos ideas para que dejen de ser ideas.

Para que se puedan concretar sus proyectos y sus sueños.

En su vida familiar, profesional o empresaria.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BANCO
CREDICOOP
COOPERATIVO LIMITADO

La Banca Solidaria.

El destino es una casualidad

La costumbre nos teje diariamente

una telaraña en las pupilas. Oliverio Girondo, espantapájaros

Mientras nos quede algo por

Herman Melville, Carta a Nathaniel Hawthorne

La mejor manera de

Por mucho que un hombre aprenda, nunca aprende a ser lo que no es. Fernando Pessoa, Libro del desasosiego

Ya va a venir el día,

El amor que no está brotando continuamente está muriendo continuamente. Kalil Gibran, Anotaciones

Las cosas se persiguen con más

Estamos tan llenos de una indiferencia tan fría, de vidrio, rígida, soporífera e impenetrable,

que nace en nosotros, secretamente, el deseo absurdo de vivir una catástrofe que fuera capaz de arrancarnos para

siempre de este letargo. Unas ganas tremendas de relacionarnos

nuevamente con la realidad y entender nuevas posibilidades. Una desgracia que nos

permita renacer. Federico Fellini, Memorias

¿Habré

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dque se organiza

Andrés Rivera, La revolución es un sueño eterno

"Entonces queda el poema que dice que escribo porque me siento incompleta, inconclusa, estrecha, ignorante, perdida y prisionera." Olga Orozco, poeta argentina

hacer, nada hemos hecho

Quien tiene un porqué para vivir, encontrará siempre el cómo. Nietzsche, Aforismos

desperar es ir al encuentro

Mario Trejo, Celdas de la sangre

Si quieres obtener resultados distintos,
no hagas siempre lo mismo. Albert Einstein, El sentido de la relatividad

a ¡pongámonos el alma!

César Vallejo, Poemas humanos

¡Cuánto esfuerzo para llegar al principio! Bertolt Brecht, La ópera de dos centavos

áardor del que se gozan

William Shakespeare, Sueño de una noche de verano

Sólo merece la libertad y la vida aquel que cada día debe conquistarlas Goethe, Segundo Fausto

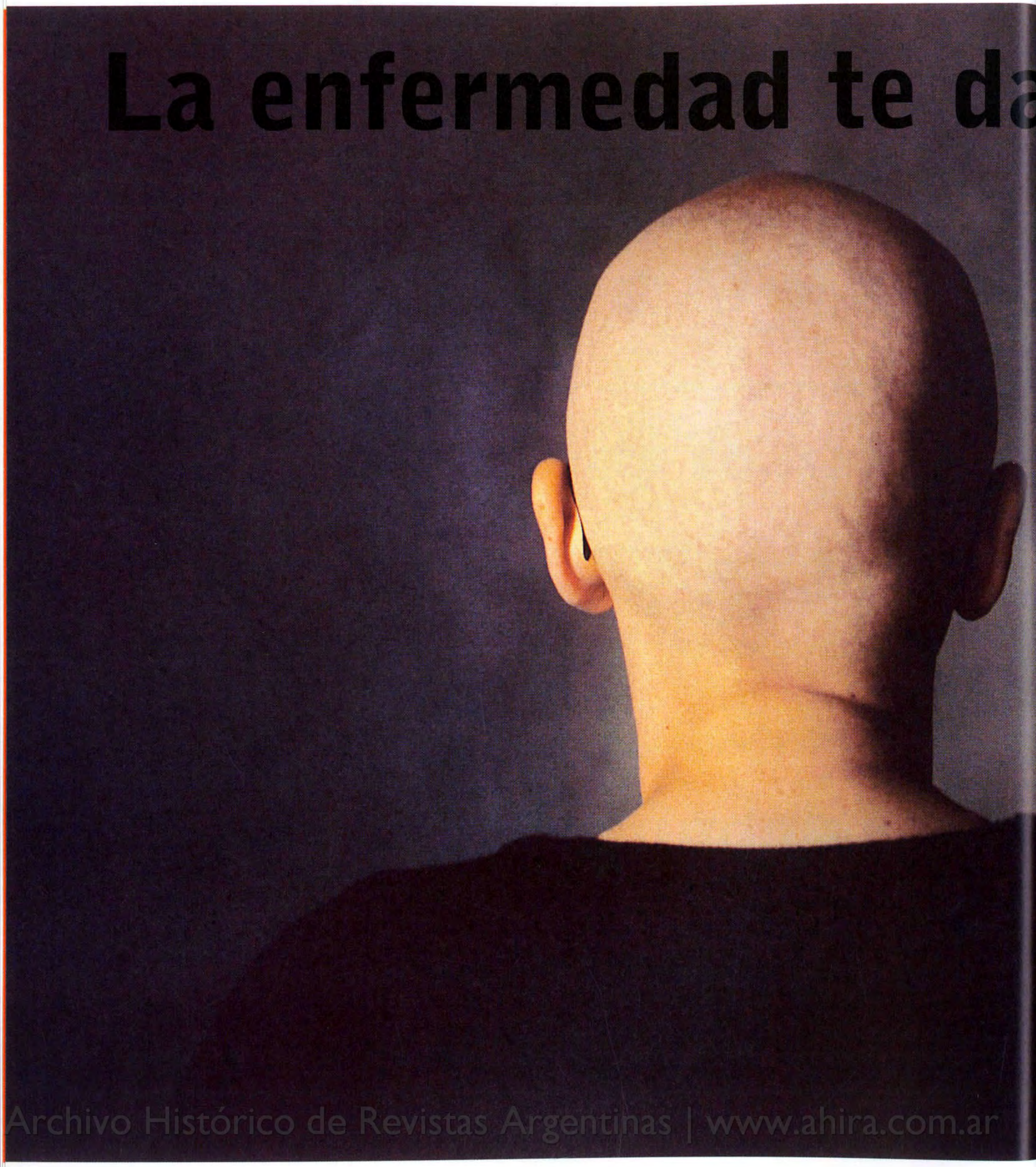
de ser otra vez sembrado?

Poema náhuatl, Antología de la poesía aborigen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FOTOS **Santiago Porter**

La enfermedad te da



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

POR **Patricia Kolesnicov** Periodista

avuelta la vida



UNA MUJER QUE ENFRENTA EL CÁNCER CUENTA SU HISTORIA

JUNIO. "La vida de todos –me dirá en un rato la doctora a través de sus anteojos chiquititos– está en manos de Dios." En manos de ella ahora está mi biopsia. Hace quince días que la espero y acaba de llegar del laboratorio, la hoja del fax todavía tibia. La doctora se ha tomado unos minutos para leerla y la ha traducido: es un cáncer agresivo, hay tres ganglios tomados, otros detalles. Escucho datos, lesiones, conductos, grados, como si hablara de otra persona. Me doy cuenta de que cada dato es una anécdota si no puedo leer el conjunto. Pregunto: "Con este panorama, ¿qué posibilidades de cura hay?" Es entonces cuando lo dice:

–La vida de todos está en manos de Dios.

–Estoy hablando de estadísticas.

–El cáncer de mama es la primera causa de muerte entre las mujeres.

No hace falta mucho para saber que algo pasa: me despierto en el quirófano y el reloj dice que la "sencilla" operación duró casi tres horas. Estoy mareada pero me doy cuenta de que algo anda mal. La cara de la doctora al lado de mi cama enseguida explica la complicación. La bolita que yo misma palpé en la teta derecha venía con maligna sorpresa. La doctora habla rápido, dice que volverá más tarde. Mi padre tiene los ojos rojos. Mi compañera me mira. "Quiero un pancho", le digo, y se ríe, no sé cómo hace pero se ríe. En las horas que siguen me llevará al baño, suero en ristre, cor-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



INCREDULIDAD:

EL CÁNCER NO SE VE.

MI ENFERMEDAD

ES ESE PAPEL QUE LA

DESCRIBE. LO QUE SÍ

SIENTO ES EL DIVINO

BRAZO: EL BRAZO DUELE,

ESTOY ENFERMA.

PERO EL BRAZO

ES EL TAJO, NO ES

EL CÁNCER, EL CÁNCER

NO SE SIENTE, ESTÁ

–LO DIJO LA DOCTORA–

ESCONDIDO.

tará el papel higiénico, me acomodará mil veces la cama. Estará ahí horas después cuando yo me canse de jugar con el control remoto y saque mis conclusiones: "Tengo cáncer, ¿no?"

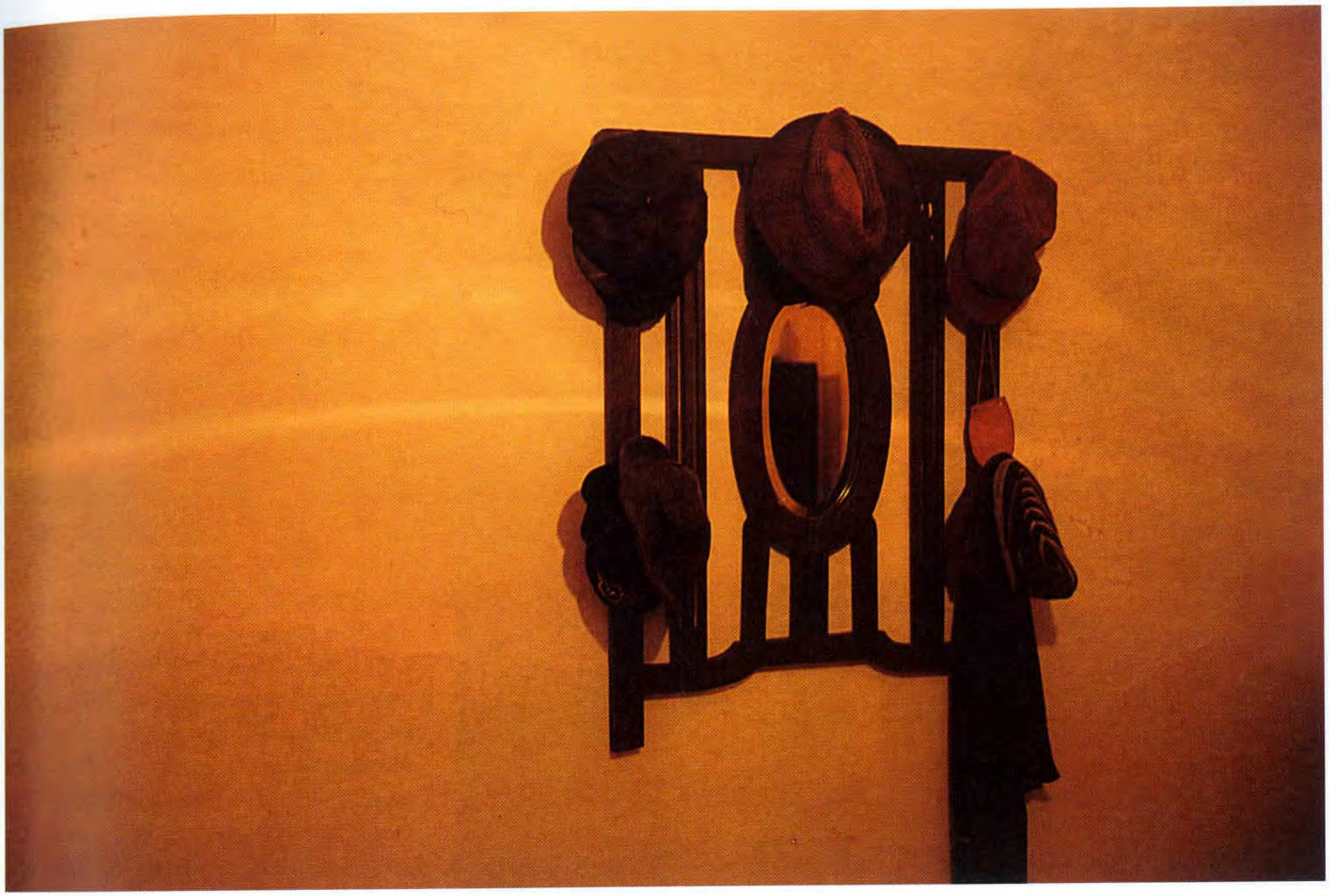
La estadística entra en mi vida cortando el aire a cuchillo. Con los ojos de la estadística –no se espera un cáncer de mama en una mujer menor de 40– la doctora miró la primera mamografía y fue optimista. Con ese lente previó una operación sencilla, dos días de licencia en el trabajo. Pero a los dos días estoy en mi casa con un tajo en la teta y otro debajo del brazo, por donde sacaron los ganglios. Tengo el brazo derecho pegado al cuerpo, inútil, doliente. Entonces me cae del cielo el Manual Merck de Información Médica para el Hogar. Dice que a los 30 años hay un 0,4 por ciento de probabilidad de contraer cáncer de mama. Que una mujer de 40 tiene una posibilidad entre 1.200 de desarrollar la enfermedad en el año siguiente. Son los primeros números que veo; conoceré muchos otros: el más inquietante dice que los médicos no saben si después de la cirugía quedó en mi cuerpo alguna célula cancerígena... pero hay un x por ciento de posibilidades de que así sea. Ese dato me llevará a la quimioterapia, a los rayos, a que se me caiga el pelo, a que se me llene la boca de llagas, a que la teta se ponga en carne viva. Tengo 33 años, tengo cáncer de mama contra toda estadística, sé que en cada decisión puedo ser el grueso o la excepción. Soy, a la vez, el botón que basta para muestra y la mariposa que no hace verano.

A mi alrededor, un optimismo blindado –"va a estar todo bien, va a estar todo bien, va a estar todo bien"– que manda a guardar la angustia, como si pudiera matarla con la indiferencia. A mi lado los que están listos para despedirse: "Yo me voy a ocupar de tus padres". Y, sobre todo, una amenaza: tenés que estar bien de ánimo, tenés que ser fuerte. Alguien se atreve a formularla en términos precisos: "Tenés que estar fuerte, no te vaya a pasar como a Fulanita, que se dejó matar por un cáncer tan insignificante".

JULIO. La doctora me deriva a un especialista en patología mamaria, que me deriva a un oncólogo y un radioterapista; no entiendo a quién tengo que llamar cuando me duela la cabeza. Voy al centellograma distraídamente: sólo sabré si tengo afectado algún hueso. Mientras esperamos, mi compañera critica la arquitectura del sanatorio con un énfasis tal que entiendo que ella también está disimulando. La técnica, por suerte, me da charla. La máquina escudriña mi cuerpo despacito. "Está bien", dice la técnica. Salgo y digo: "Está bien" y pasamos a otra cosa. Hasta que mi compañera me mira y pregunta: "¿Te imaginás lo que sería la vida si la placa hubiera tenido alguna manchita?"

Incredulidad: el cáncer no se ve. Mi enfermedad es ese papel que la describe. A mediados de julio llevo un mes sin ir a trabajar, hace frío, todavía no empecé el tratamiento y junto bronca. No leo, no miro películas, no hago nada. Tengo planes: mi licencia será larga, quiero leer literatura clásica: creer que hay un futuro y hacer algo con los más irritantes agujeros de mi formación. Pero los planes tienen que esperar un poco: ahora no es verdad que me sobre el tiempo; estoy ocupada teniendo ese cáncer que no se ve. Lo que sí siento es el divino brazo: el brazo duele, estoy enferma. Pero el brazo es el tajo, no es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



el cáncer, el cáncer no se siente, está –lo dijo la doctora– escondido.

Todo el mundo tiene su médico y es urgente hacer una interconsulta, todo el mundo tiene su brujo y hay que verlo, todo el mundo tiene su médico chino, su macrobiótico, su naturista, su inmunólogo. Todos conocen un tumor terrible que remitió tras un pase mágico. Mi contestador se llena de números de teléfono: en Israel, una fundación recibe por fax los estudios y los hace ver por especialistas; la dieta del doctor K reduce los efectos de la quimioterapia, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera. Digo que sí, sí, sí, pero no llamo a nadie al principio. Sin embargo, ¿cómo no buscar un tratamiento alternativo? ¿Cómo desconocer la indiferencia de los alópatas por el todo, la ligereza con la que dicen "te van a salir llagas en la boca y en la vagina"? Mi médico naturista, ese que me sacó el ardor en la boca del estómago, dice que no sabe nada de cáncer. Mi amiga Gabriela me habla desde hace un año –cuando el cáncer era asunto de otros– de un tratamiento con yuyos. Voy a ver a quien lo organiza y no puedo, no le creo, su discurso ecléctico –todo sirve, todo ayuda– me da desconfianza.

En nombre de estudios milenarios pido turno con un especialista en macrobiótica. Es delgado, tiene ojos celestes, está sereno. Me recibe en un salón amplio, lleno de colchonetas. Estamos descalzos. Escucha, pregunta. Mira las manos, los ojos. Dice que tengo un cáncer yin, expansivo. Duda de la quimioterapia y de los rayos: no todo sirve, no todo ayuda. Pero si voy a hacer el tratamiento convencional –y voy a hacerlo–, entonces él tiene una dieta para superar los efectos secundarios: té de llantén, desayuno con bollitos de mijo y calabaza y jugo de dos zanahorias, media manzana y media naranja, té de marrubio, arroz integral, gomassio, hakussai, papa ñame, hongos shitake, sopa de bacalao, sopa de porotos aduki con algas kombu... todo pesado, medido: 20 por ciento del plato con verduras cocidas, 50 por ciento cereales, 10

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PARI-RENAULT.

Con la suscripción de

LATIDO

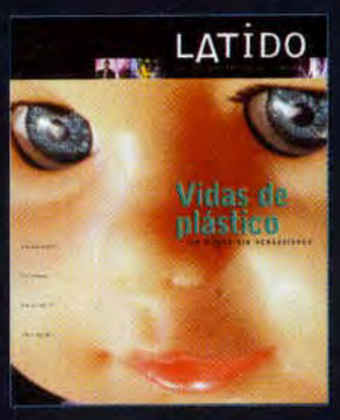
te regalamos

dos números a elección

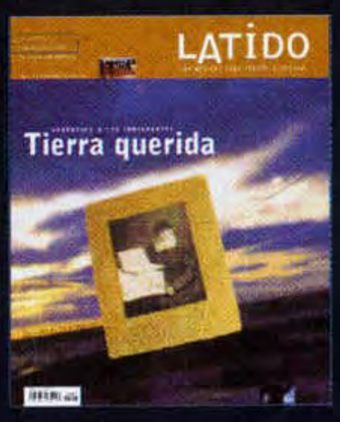
de los anteriores.



N°1



N°2



N°3



N°4



N°5

Suscribite a Latido y recibí de regalo dos ejemplares a tu elección.

☐ Nº1 ☐ Nº2 ☐ Nº3 ☐ Nº4 ☐ Nº5

Un año (12 números)

Argentina ..... $ 54.-

Uruguay, Brasil, Paraguay,

Bolivia y Chile ..... $ 75.-

Resto de América ..... $ 96.-

Resto del mundo ..... $ 114.-

Formas de pago:

•Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.

•Débito en mi tarjeta Visa N° .....

.....

Vencimiento .....Cód. seg. .....

_____

Firma

Nombre: .....

Dirección completa: .....

.....

Documento: .....

Ciudad: .....

País: .....

Tel: .....

E-mail: .....

Enviá este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires.
Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.
Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:
1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.
Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar

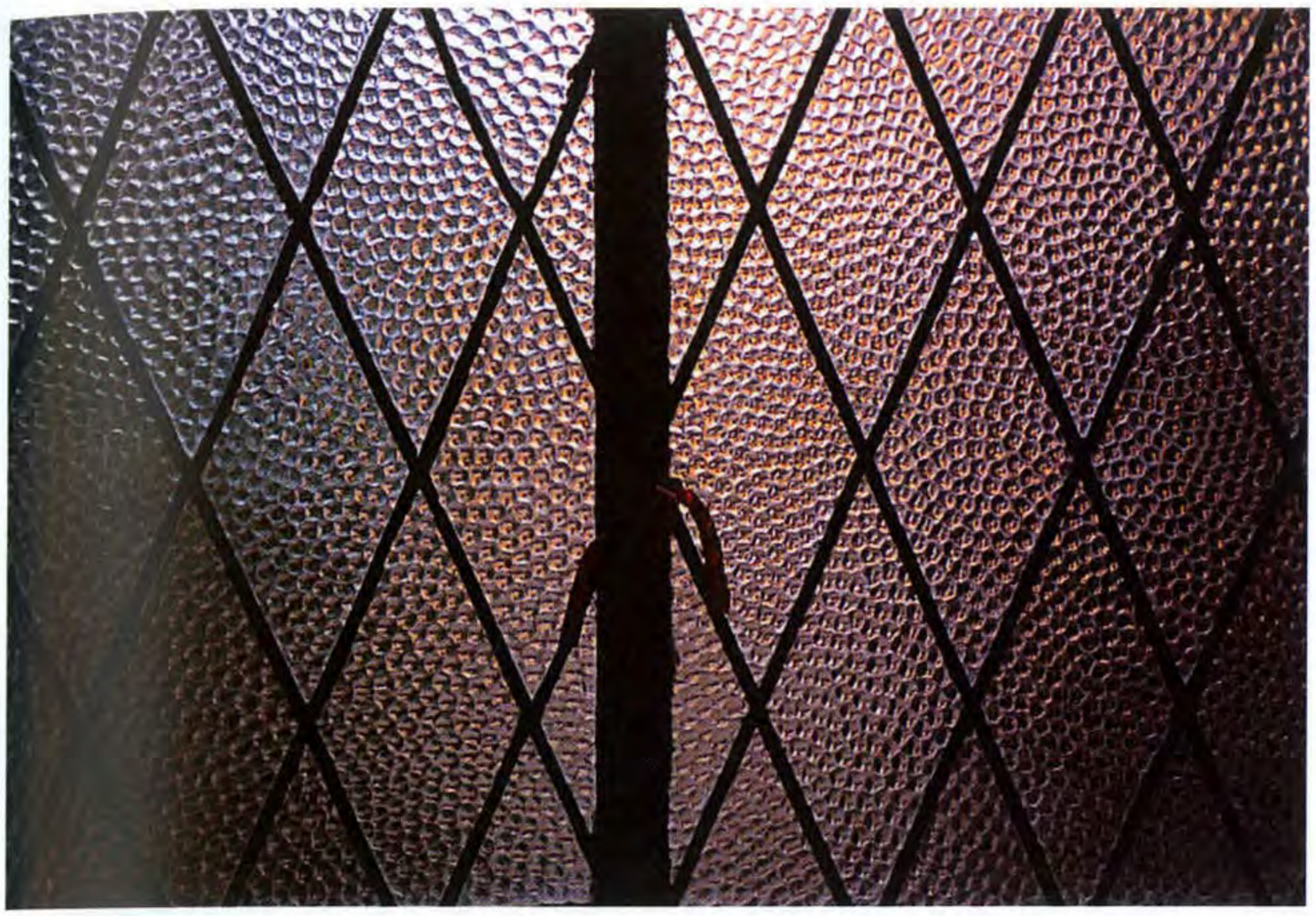
Cupón no válido para Capital Federal.

por ciento... Le digo que no, gracias. No puedo medicalizar mi vida hasta tal punto, no puedo convertir la comida en remedios. El sonríe con la tranquilidad del sol naciente. "Te va a hacer bien", asegura, y su certeza me irrita. Justifica alimento por alimento. Es escandalosamente racional. Por primera vez me enojo: yo no quiero vivir como él propone, ni siquiera por un tiempo. Decido –lo sabré después– mantener el control sobre mi vida. Me angustia rechazar algo que puede parar el daño, me da miedo sacar una ficha del tablero. Pero a este tipo me dan ganas de abollarle la sonrisa a trompadas. Mucho más desde las tripas que desde la razón digo el primer "no". Yo no soy mi cáncer. Esto no. Y no.

Con todo, no escapo al tratamiento alternativo y vuelvo a los conocidos de mi amiga Gabriela. Así como la doctora me encomienda a Dios y algún manosanta new age a Gandhi, Sai Baba, Jesús y mi fuerza interior (todo junto), yo me apoyo en la fe de mi amiga de la adolescencia y allá voy, a los yuyos.

Ese tratamiento también incluye una dieta naturista, que después de conocer la macrobiótica me suena a libertinaje: nada de carne, pollo orgánico, pescado fresco, nada enlatado, nada de leche ni huevos ni harinas refinadas ni alcohol ni gaseosas, ni té ni café... La dieta es desintoxicante, dicen. Aunque no lo fuera, sirve para marcar un período de excepción. Para hacerme cargo de la enfermedad, creer lo que no veo. En los próximos meses habrá que cocinar por separado para mí, buscar restaurantes donde pueda comer. Estoy enferma, todo esto me lo recuerda todo el tiempo y, en un tiempo, mis ambiciones más próximas –mezcladas, confundidas– serán terminar la quimioterapia y zamparme un Big Mac.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Furia y odio secos, picando como una pelota en el cuerpo. Me imagino el cáncer como una rebelión de las células, un estallido frente a la opresión, el miedo, la represión. Como si estuviera incómoda en la vida y entonces llegara el cáncer: un big bang enloquecido, creador de ese universo paralelo, el del mal. Así considerado, el cáncer es casi una reivindicación; las rebeliones me dan simpatía y pienso –de a ratos la psiquis parece todopoderosa– que esa simpatía puede matarme.

Más tarde me enteraré, en un libro de Susan Sontag –*La enfermedad y sus metáforas*– de que no estoy siendo original: "Según la mitología, lo que generalmente causa el cáncer es la represión constante de un sentimiento. (...) La pasión reprimida que la gente cree que da cáncer es la rabia".

La oposición de Sontag a este tipo de creencias es un alivio. "Con las enfermedades modernas –dice– se empieza siempre por la idea romántica de que son expresión del carácter y se termina afirmando que el carácter es lo que las causa –a falta de otra manera de expresarse. La pasión avanza hacia adentro, ataca y aniquila los recovecos celulares más profundos. (...) Tanto el mito de la tuberculosis como hoy el del cáncer sostienen que uno es responsable de su propia enfermedad."

La primera visita al oncólogo es ilustrativa: ser joven –dice– es un arma de doble filo. El cuerpo es fuerte, la actividad hormonal también y la actividad hormonal favorece al otro, al cáncer. Veo el panorama como un videojuego: el cáncer come o la quimio lo come a él y salva a la doncella. Si el otro gana, nos morimos los dos. Los aliados –la quimio, los rayos, el inconsciente– ganamos si lo elïminamos para siempre. Hay varios empates posibles.

El oncólogo es grandote, barbudo, pinta de oso bueno. Dice que no me tome en serio ese papel que tengo que firmar, donde me explican que la quimio puede no servir o incluso matarme. Dice que el cáncer agresivo responde mejor a las drogas: se exhibe, va de frente y la quimio le canta piedra libre enseguida. Dice también que se me va a caer el pelo. Todo. Esa noche me baño. Los rulos, mojados, me pesan. Pasan la cintura esos rulos que llevo casi veinte años sin cortar. Mientras los siento sobre la espalda, escribo que se me están por caer. No lo creo.

Me dicen que el cáncer tiene que ver con una falla en el sistema inmunológico. Que todo el tiempo hay células cancerosas que son destruidas pero en un momento el guardián se distrae, es engañado, el ángel pierde la batalla. Pienso –en la línea de la psiquis todopoderosa– que hay algo que no supe reconocer como agresión. Acaso eso de "dejar pasar" se haya trasladado de los problemas a las células. El cáncer es, entonces, metáfora de mi vida. Desaprender la elusión de conflictos. Entender que la cobardía va a dañarme. Tenerle más respeto a mi malestar que miedo a los demás. Explicar todo de nuevo.

Casi termina julio cuando, un viernes, voy a la primera quimio. Llevo conmigo la bolsa de medicamentos, cuatro mil dólares de drogas que ocupan mucho lugar y pesan más de dos kilos. Sobre la mesa, ocupan el volumen de una bolsa de mercado llena. No parece que todo eso quepa en mi cuerpo, que pasa por poco el metro y medio. En el instituto me hacen acostar en una salita y enseguida aparecen cuatro bolsas de suero dentro de las cuales está la medicación ¿salvadora?. Entra la aguja en la vena y larga el goteo. Veo cómo cae una gota, otra, otra. Mi compañera me abraza: no estoy en manos del doctor y la enfermera. Cuando me cambian la primera bolsita me quedo dormida. Voy a desper-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



tarme cada vez que falten dos gotas para terminar una bolsa, para pedir que no demoren en poner la nueva. La aplicación dura dos horas. Me quiero ir, me quiero ir, me quiero ir.
El viaje en taxi es eterno. Voy con los ojos cerrados, pero hago mentalmente el camino, siento cuando dobla y sé cuánto falta. Aterrizo en la cama y duermo seis, siete horas. Cuando despierto estoy nerviosa, me siento mal, tengo náuseas. Muevo las manos y están raras, me duelen los huesos del tobillo. Tengo registro de invasión. La quimioterapia es extraña al cuerpo, me siento intoxicada. "Un cáncer –dice Sontag– hace que unas células sin inteligencia se multipliquen hasta que nos sustituya un no-Yo." Entiendo esta metáfora que ella discute. Casi puedo verla. Tengo registro sensible de la entrada en sangre de las drogas que destruyen ese no-Yo. Las drogas que yo elijo dejarme inyectar son otro no-Yo. En el limbo de las horas que siguen a la aplicación, el teléfono suena y seguirá sonando. Conmovedoras voces, conmovedoras preocupaciones a las que me esfuerzo en responder. Si tiene que haber una batalla, doy lugar a que se libre: dormiré hasta el lunes.

No me corto el pelo: apuesto a que resista. Billete de lotería colgado de una soga con un broche: tengo el corazón en una bola improbable. Ese pelo largo y ancho, copioso, capaz de enredarse en todas las manijas, ha servido desde hace años para describirme. Ha sido mi rasgo distintivo. Si se va, se va, pero yo no lo talo.
Voy adoptando algunos dogmas: no callarme nada (difícil de cumplir), no estar donde no quiero, no forzarme, no justificarme. Me lleno de la rara fuerza de la enfermedad, como si estuviera investida de la enfermedad, de alguna manera más de cara a la muerte. Más que nunca soy el centro y quiero meterme en el egoísmo como en una camiseta ajustada, de lycra, estirarlo, pasarle un brazo, acomodarme en el egoísmo y por una vez estar sin culpa, por una vez merecerlo todo y hacer lo que me dé la gana. Eso es lo único que me hace sentir bien. Cuando no me sale y hago como que no pasa nada y me someto, siento odio.

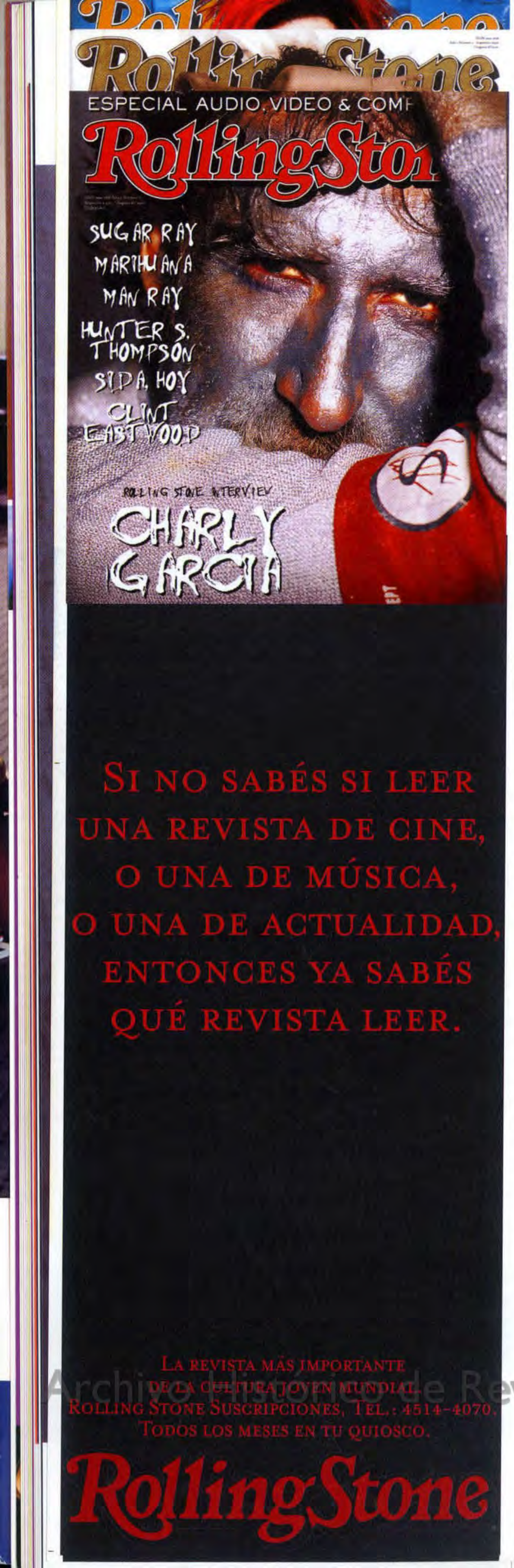
AGOSTO. La cita para ver al médico de los rayos es a las 3. A las 4 sigo sentada en una sala de espera que desborda, con gente que entra y sale todo el tiempo, como en un colectivo. Espero y veo. Mujeres con pelucas, una chica con pañuelo, señores que se mueven lentamente. Mucha gente enferma. Veo y espero; no quiero estar ahí, me quiero bajar de ese colectivo canceroso. A las cuatro y cuarto hago un escándalo y a las cuatro y media me atienden. Serán dos meses de rayos, todos los días. Puede ser que la teta quede dura para siempre, pero aparte de eso no pasa nada, informa el doctor.
Un par de días más tarde empiezo los rayos. En la sala-colectivo hay un par de hombres grandotes, un chico con sombrerito de béisbol que mira hacia abajo y parece albino, una señora grande, de ojos muy celestes, que sonríe y besa a la técnica al salir. Me indican que me saque el corpiño, que me deje un pulóver puesto y que espere en un cambiadorcito de uno por uno. Me quedo un rato ahí, sentada en un banquito, mirándome al espejo. Unos minutos después corro la cortina y salgo.
–Tenés que esperar adentro –dice uno de los técnicos.
–Me siento encerrada.
–Pero no podés estar acá, a los otros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puede molestarles que los vean.
–Hagan lugares más grandes. No voy a quedarme en un cajón. Todavía no estoy muerta.
Con el tiempo, he seguido en ese espejo los cambios de mi cara. He hecho muecas, ensayado gestos, he invertido esos minutos en reconocerme. He llegado a bailar en el cambiadorcito, al ritmo de una FM siempre prendida.

En algún momento se me ocurre la loca idea de que voy a aprovechar el cáncer. Ahora que asumo que tal vez no sea inmortal, voy a escuchar mis deseos. Quiero decir no y sin culpa. No, no vengas a visitarme. Lo valoro, gracias, pero estoy cansada. O estoy ocupada. No, no quiero tu médico. Gracias, ya elegí. No, no voy a hacer la interconsulta. Voy a hacer lo que me parezca.
Algunos miedos se caen de tan tontos: ¿cómo me va a asustar un raterito si le estoy peleando a la muerte? Ando por la calle con una seguridad desconocida: omnipotencia preciosa para seguir viviendo, para no meterme en la cama a sufrir. No tengo miedo y tengo la rabia a flor de piel. Acaso sea yo la peligrosa.

Quince días después de la quimioterapia, tengo que ir a la obra social a buscar la nueva dosis. En un momento me pica la cabeza, donde empieza la frente. Paso la mano y, ah, vuelve llena de pelo. Ya está. Perdí. Pruebo otra vez, en la nuca. Tiro apenas, como quien toma un escarbadientes, y tengo entre los dedos un mechoncito. La experiencia ajena indica que en una semana estaré pelada. Desde ese instante mi pelo llueve sobre la ropa y cada vez que la limpio me sorprendo y me enojo.
Al día siguiente voy a nadar. Cuando salgo, en la ducha, se me enredan los rulos en los dedos. "¡Mirá esto!", estiro las manos y le grito a la mujer que es a la vez mi amiga y mi profesora. Ella llega y, con el aire marcial de los profesores de educación física, ordena soltar el pelo, enjuagarme apenas, salir del agua. Le hago caso mecánicamente, me siento una nena. Decido que esto no pasa de mañana.
En la esquina de la peluquería mi compañera y yo lloramos, la cabeza de una en el hombro de la otra. En esa cuadra, en ese intento de no llegar nunca, compramos zapallo, calzoncillos largos, algo por dos pesos. Pero entramos, explicamos, y llega una suave peluquera que ata veinte años de rulos con una gomita y los separa de mí con un tijeretazo instantáneo. Me miro: ya está hecho. La peluquera trabajará un buen rato y, cuando termine, encontraré que está bien. Parezco otra, parezco una académica de género de universidad estadounidense. Estoy moderna, estoy distinta. Pero me gusta. Con todo, salgo contenta. En una bolsa me llevo la cola.
¿Peluca o no peluca? Mi analista me habla de algunas que se hacen con el propio pelo. Un trabajo tan perfecto que nadie lo nota. Doy vueltas a la idea unos días, pero no: no quiero un simulacro. El dolor del pelo es el de la enfermedad, el de la vulnerabilidad. Es ver que mi vida tiene –y lo tiene– un punto de inflexión no elegido. Ese dolor no lo mata ninguna peluca idéntica. Entonces quiero una peluca roja, escandalosa. Que diga que acá está pasando algo. Que avise que esa soy yo, pero no soy yo.
En los días que siguen exhibo mi pelo corto como una excentricidad. Me dicen que me queda mejor. Me tocan. Me siento linda y me saco fotos. "Ahora que vi que es bueno cambiar, pienso dejarme este corte sólo por unos días", bromeo con un nudo en el estómago y



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

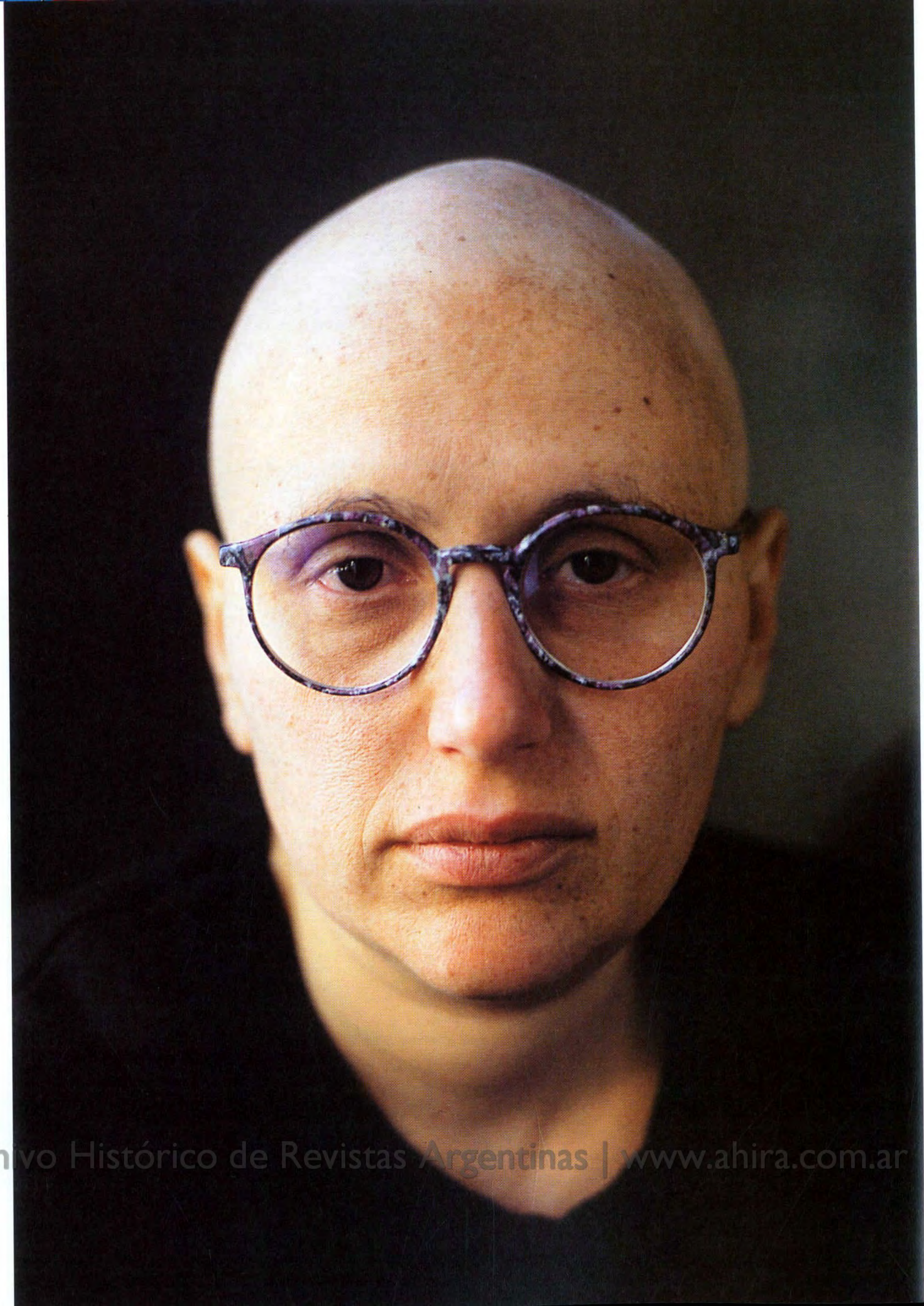


PREVINTER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

0-800-333-3700

www.previnter.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a mi alrededor se ríen con el nudo bien cerrado.
No me lavo más la cabeza, por si acaso. Pero en dos días la raya al costado se ensancha. Subo el jopo sobre la frente para tapar el rastro de la topadora. El pelo que cae se trenza con el que sobrevive y se me va formando una almohadilla. No voy a nadar, para que no se mueva. No puedo parar de tocarlo. Cinco días después del corte me levanto de la cama y decido desenredarlo. Lo mojo, pongo mucha crema de enjuague neutra y lo toco apenas. La almohadita se desprende limpiamente y queda un óvalo blanco sobre el costado izquierdo de la cabeza. Me calzo el gorro que tendré puesto casi todo el tiempo durante los próximos meses.
Ese mediodía como con varias compañeras y paso a buscar a otra amiga, que irá conmigo a la peluquería. Llega con cuatro sombreros. Los pruebo, jugamos. Con uno de esos –el marrón– entro a buscar a la peluquera suave. Quiero que me rape. Ella corta un poco, no entiende. Que lo saque todo. En el mismo sillón de algunos días atrás abro los ojos y soy pelada.
Mi mamá llega con una bolsa de pelucas. Me las pruebo y me dan risa. Podría usar cualquiera, no es terrible. Pero elijo no usar ninguna. Saldré a la calle con un gorro, los días de más frío con dos y los de más calor, ninguno. Me mirarán: no me importa. Sansón al revés, la pelada es un escudo.

Desde la segunda quimioterapia, dos amigas quedan encargadas de venir a cuidarme. Temprano llega una, después viene la otra. Yo duermo, ellas miran televisión. El día anterior compro salmón ahumado, jamón crudo, vino. Preparo comida. Como un ritual, la noche de la quimio, cada vez, un grupo de amigas estará en mi casa. Salen, vuelven: acampan. No participo del banquete, pero cuando me despierto las escucho conversar y reír. En pijama, de a ratos voy al comedor a verlas. Vuelvo a la cama rápido. Me abriga el ruido de esas carcajadas en mi casa.

SETIEMBRE. Sueño que tengo mellizos. O que tengo una nena. O que estoy en una sala de partos. Ahora que –lo ha dicho el médico– tengo un 50 por ciento de posibilidades de no volver a menstruar, la maternidad se me pone adelante. Me dan una ternura nueva los bebés, tengo ganas de ver a los hijos de todas mis amigas. Yo nunca quise tener chicos, pero eso siempre fue reversible: no poder es otra cosa. Como si estuviera más cerca de la vejez, una menopausia de hecho me amenaza. Para los otros, en términos de vida o muerte, la pérdida es menor. Para mí, que veo que la quimio me puede secar los ovarios, es una mutilación. El dilema de la juventud era el de las elecciones, cuando todo era posible. Saber que hay opciones que ya no tengo fue hasta ahora una forma de medir el paso del tiempo. Pero este portazo es prematuro. Cuando estoy optimista pienso que, en alguna de sus formas, acaso la maternidad sea un proyecto para cuando todo esto termine, si las cosas salen bien. No es que quiera asegurarme la trascendencia; es un compromiso de seguir viva muchos años más.

Avanza el tratamiento con rayos y la teta vira del rosa al rojo, al rojísimo y casi al bordó. Me duele, la piel está sensible. Se caen parches de piel y dejan la carne expuesta. Voy a la pileta y el dolor no me deja hacer ni un largo. No puedo moverme, el peso de la teta donde cae sobre el pecho es intolerable. Com-



TAL VEZ COMO PREMIO CONSUELO, ME DICEN QUE ESTOY LINDA. PELADA, LAMPIÑA, CANSADA, NO PARO DE RECIBIR PIROPOS. ¿SON MIRADAS DE DESEO O ME TOCAN SIN PUDOR PORQUE ESTE CUERPO ENFERMO NO ES UN CUERPO ERÓTICO?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pro un corpiño deportivo, algo así como un top que no tiene elástico. Paso unos días acostada, la piel como atacada por un panal. Se necesita tanta crema para apagar tanto fuego.

Me emociona la calidez de mucha de la gente que trabaja con personas con cáncer. Para mí, yo soy lo más importante de mi vida, pero para ellos soy una más de cientos de pacientes, cada uno el ombligo del mundo. Sin embargo, en el instituto oncológico donde me trato –por suerte, un lugar chico– las secretarias saben mi nombre y salen de su oficina a darme un beso. El médico apoya su mano en mi hombro, me habla de autos y me pregunta si sigo nadando. Los técnicos de los rayos son simpáticos, aceptan cambios de horarios. Quiero comprarles regalos cuando esto termine.

Me enfermo. Cuando no tengo mocos en la garganta me salen unas llagas que llenan la boca, no me dejan comer durante días y tengo que hacer gárgaras con bicarbonato o, cuando se pone peor, con una mezcla de xilocaína, mylanta y benadryl. Estoy todo el tiempo resfriada. La tos no me deja dormir en paz. Tengo que descansar después de cada actividad. Hay días enteros en que levantarme a comer me agota. Mis planes de lectura, exposiciones, cine y otros placeres han fracasado en masa: esto no es un año sabático.

Una vez cada veintiún días, antes de la quimioterapia, me hago análisis de sangre. Aprendo que parte de los glóbulos blancos se llaman neutrófilos, que protegen de las infecciones, que cuatro días antes de la aplicación los suelo tener demasiado bajos, pero dos días antes se ponen en el nivel suficiente como para que me apliquen esas drogas que los van a voltear de nuevo. Me preguntan por qué estoy cansada, si no trabajo.

OCTUBRE. En la sala de espera de los rayos escucho a una mujer joven que cuenta cómo, cinco años después de su cáncer de mama, le aparecieron células malignas en los huesos. No habla conmigo, pero estoy ahí. Me hace mal: ese relato se me clava en la memoria y raspa como un maleficio. No quería estar en ese colectivo, pero sigo sentándome todos los días en esas sillas, la señora mayor de ojos claros me prestó una revista de autoayuda y entendí en el espejo que el chico de gorra de béisbol que había visto los primeros días no era albino: a mí no me quedan ni pestañas.

Tal vez como premio consuelo, me dicen que estoy linda. Pelada, lampiña, cansada, no paro de recibir piropos. ¿Son miradas de deseo o me tocan sin pudor porque este cuerpo enfermo no es un cuerpo erótico? Mi nuca al aire ha sido tentación para más de un par de labios. ¿Es la atracción de la protagonista principal de la película o cierto morbo?

Después de la quinta sesión de quimioterapia empiezo a ver el final del tratamiento. Aunque cada aplicación me haya llenado de angustia, aunque me haya sentido intoxicada, aunque haya pasado días enteros sin comer nada, estoy resistiendo la quimioterapia y empiezo a verla como pasado: la resistí. Adelgacé, pero no demasiado. Tengo la piel de la cara un poco más arrugada, la lengua manchada, los ojos más viejos. Pero el tratamiento ya termina, falta solamente una más. Estoy ansiosa como una chica de quinto año. Quiero la fiesta ya. Espero el viaje de egresados.

Tengo claro que lo que acá se acaba es el primer capítulo. Después viene el escrutinio, los exámenes que medirán el éxito del tratamiento. El control de cerca que durará años, si los buenos le han ganado a la muerte. Viene el trabajo de inteligencia sobre cualquier eventual movimiento del enemigo. "No bien se habla del cáncer –dice Sontag– las metáforas maestras no provienen de la economía sino del vocabulario de la guerra." Aprendo que la primera generación de medicamentos contra el cáncer fue la de sustancias del tipo "gas mostaza". Guerra química: el campo de batalla, en este caso, he sido yo.

El tratamiento fue tan violento que su sola finalización pareció durante meses el retorno al reino de los sanos. Hacia el final se develan las dudas. Miedo de que aparezca, ahora sí, la manchita en el esqueleto feliz del centellograma. Miedo de que –como le pasó a la chica de los rayos– en unos años vuelva el tumor, como un Terminator, y haya que empezar todo de nuevo. Miedo al tratamiento que termina. Como si fuera virgen, miedo de tener cáncer.

Todo lo pensado queda como propósito. No sé decirlo todo, no aprendí a no callarme, no desterré los miedos terrenales aunque haya entrevisto otros más trascendentes. Todavía me amenaza la frustración. Ni la cara de la muerte me enseñará a vivir. El sueño de un sol y de un mar y una vida peligrosa –Charly dixit– sigue ahí, igual de lejano. Me hace bien tanto como me hace mal. La ecuación entre lo que soy y lo que quiero ser sigue dando incógnita. En definitiva, tengo miedo de morirme, de haber vivido mal, de olvidarme de estos meses y volver a vivir como si no hubiera un último día ■

A mis rulos,
pronto por la cintura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las distancias, superficies y ubicaciones en este mapa pueden no ajustarse a la realidad.



BARILOCHE / CATAMARCA / CIUDAD DE BUENOS AIRES / COMODORO RIVADAVIA / CÓRDOBA / ESQUEL / EZEIZA / FORMOSA / GENERAL PICO / IGUAZÚ
LA RIOJA / MALARGÜE / MAR DEL PLATA / MENDOZA / PARANÁ / POSADAS / PUERTO MADRYN / RECONQUISTA / RESISTENCIA / RÍO CUARTO / RÍO GALLEGOS
RÍO GRANDE / SAN FERNANDO / SALTA / SAN JUAN / SAN LUIS / SAN RAFAEL / SANTA ROSA / SANTIAGO DEL ESTERO / TUCUMÁN / VIEDMA / VILLA REYNOLDS

Invertimos en la Argentina.

Aeropuertos **Argentina 2000**
La marca de un compromiso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LITERATURA



MIENTRAS LA NOCHE AVANZA
Delfina Tiscornia

SI ATREVERSE BASTARA. La poeta argentina Delfina Tiscornia tenía apenas treinta años cuando se quitó la vida el 1° de junio de 1996. Hasta entonces había escrito poemas, canciones, textos en prosa y llamados desesperados. Buscaba una salida. Antes de acabar convertida en una estrella muerta quería brillar más aún que la más encendida entre las vivas. "Este es un mundo prohibido –escribió–. Prohibido saltar escupir transpirar sacarse los mocos abrir las piernas." Ella hubiese deseado vivir entre los primeros hombres, volver a gatear y a comer con las manos, desnudarse y gozar como una perra salvaje. Pero sabía que pedía mucho y que el atrevimiento nunca es suficiente para cambiar la vida. Por momentos se proponía no querer, no desear, vivir el invierno de una tortuga o el verano de las piedras. "Pero siempre es de otros la respuesta/ y mío es el camino/ y míos son los pies/ y mías son las piedras." La sed de absoluto (madre eterna de inadaptados, locos y suicidas) la acunaba peligrosamente. Delfina sentía que las cosas no mudaban a su alrededor ni tampoco en su torturado mundo interno. Todo parecía limitarse a un ir y venir sin causa ni destino. "Sombra fría", el último poema dejado como señal en su computadora, es una especie de balance y anticipo. Cuenta la historia de una mujer que dibujó un círculo de tiza en el claro del bosque para luego hundirse allí, en completo silencio, como una gaviota en el fondo del cielo.



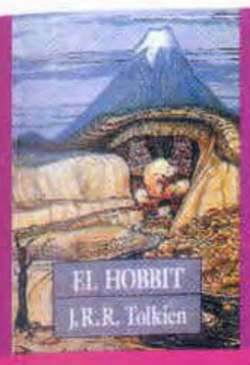
I CHING
El libro de las mutaciones

ESTADOS CAMBIANTES. El **I Ching** (o Yi Jing, libro de las mutaciones) es el único de los cinco grandes textos canónicos de China que sobrevivió a la quema decretada por el tirano Qin Shi Huangdi en el año 213 antes de Cristo. Es, por otra parte, el libro que más ha influido en la historia espiritual de China durante los últimos tres mil años. Algunos lo consideran apenas como un oráculo fácilmente aplicable a cada individuo. Otros, que se detuvieron en el análisis de sus complejos hexagramas, prefieren leer allí una teoría del número no del todo ajena a la noción pitagórica de la armonía. Un tercer grupo, finalmente, subraya el sentido dialéctico del texto. Para estos últimos intérpretes la idea clave estaría resumida en el yin y el yang, dos principios asimilables a lo luminoso y lo sombrío, a lo masculino y lo femenino.

Esta concepción dual de las cosas, sin embargo, no debería ser confundida con la lucha de opuestos que inicialmente describió Heráclito. Porque para los desconocidos autores del **I Ching**, y a diferencia de lo que propone la dialéctica occidental, los opuestos no se enfrentan de manera irreconciliable sino que se complementan. Las mutaciones ocurren como fruto de esa acción concertada y todo sucede de una manera entre fatalista y ambigua. La idea que subyace detrás de los textos crípticos o simplemente poéticos de este libro es que la naturaleza, para poder actuar en todo su esplendor, debe ser restaurada. El hombre la ha fragmentado con su pensamiento racionalista y empírico. Hace falta entonces restablecer la circulación de la energía universal. El **I Ching** es un libro que propende al autoconocimiento y al cambio, pero sobre la base de comprender el sentido del movimiento propio y ajeno. Los cambios drásticos sólo deben emprenderse cuando ya no queda otra posibilidad. Pero aun así los pasos a seguir deben ser medidos y armoniosos.

Las metáforas a las que alude el libro son tan amplias como sugerentes. Caer en un pozo, por ejemplo, puede ser un hecho no del todo negativo, dado que el pozo contiene las aguas de la vida. Un hexagrama anterior advierte sin embargo sobre el peligro que amenaza a una persona que cae en el abismo. No es función del pozo contenernos. Es función nuestra salir de él. El ejemplo puede resultar banal pero es ilustrativo del espíritu que domina al **I Ching**. Quienes lo escribieron se desentendieron de los métodos que uno adopte para aplicar sus "consejos" a la vida personal. Ellos, en todo caso, se limitaron a enviar un mensaje. El mundo, dijeron a su modo, está compuesto por un número infinito de correlaciones cambiantes que sólo pueden expresarlo cabalmente en un único instante. Borges, en el poema que acompaña a una de las ediciones del **Libro de las mutaciones**, resume la idea en sólo dos versos. "El camino es fatal –dice–. Pero en las grietas está Dios, que acecha."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



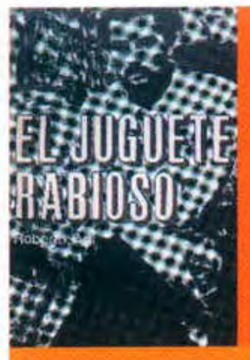
El hobbit
J.R.R.Tolkien

Más allá de las montañas. Los hobbits son gente pacífica. Aman la tranquilidad, la naturaleza, la vida contemplativa y los placeres sencillos. Para ellos no hay nada como comer bien, fumar en pipa y dormir la siesta a la sombra de los tilos. Pero entre los impávidos hobbits, cuándo no, hay una oveja negra, un señor llamado Bilbo Bolsón que vive en un agujero pero sueña de vez en cuando con las estrellas. No por casualidad es justamente Bilbo el elegido por el mago Gandalf (hombre bueno y todopoderoso) para que lo acompañe junto a su troupe de enanos delirantes con la sagrada misión de recuperar un tesoro. La tarea no es fácil. Hay que luchar contra el terrible dragón Snaug, quien se ha llevado la preciosa carga después de arrasar una ciudad y de matar a casi todos sus habitantes. Inicialmente, cordial y firme a la vez, Bolsón se resiste. "No estoy acostumbrado a las aventuras", dice. "Las cosas desagradables, molestas e incómodas retrasan la hora de la cena... No queremos aventuras aquí." Pero la oferta resulta demasiado tentadora como para rechazarla sin más. Y nunca es tarde para salir a ver las montañas enormes, para oír la música de los pinos y las cascadas, para explorar las cavernas y blandir la espada. Con **El hobbit** –un relato delicioso, poético y estimulante por donde se lo mire– Tolkien abre la puerta a la famosa trilogía titulada **El señor de los anillos**. Su lectura es hipnótica. Y a cada instante uno siente, como Bilbo Bolsón, el irresistible deseo de partir con el mago Gandalf y sus amigos, dejar atrás el cálido refugio y salir al alba –como ellos– "en busca del oro hace tiempo olvidado".



La consagración de la primavera
Alejo Carpentier

Cambiando descansa. Esta novela épica, casi monumental, constituye el testamento literario del cubano Alejo Carpentier (1904-1980). Vera, la protagonista, parece por momentos una reencarnación de aquel Orlando eterno y multifacético soñado por Virginia Woolf. Su vida es un camino sinuoso que arranca en La Habana de Machado y Batista, atraviesa como puede el horror del nazismo, se mezcla con las brigadas internacionales –durante la Guerra Civil española– y desemboca en la Revolución Cubana tras una larga sucesión de hallazgos y conflictos. Vera intenta escapar una y otra vez de la historia y sus mandatos. Es bailarina. La danza clásica es lo único que tiene sentido para ella. Huye de todas partes pero en todas partes es encontrada. Recién sobre el final de su largo periplo la mujer descubre que sólo cambiando es posible descansar. De paso, el autor de **El reino de este mundo** aprovecha los mil caminitos que emprende la dama para opinar –desde el barroco americano que define a su estilo– sobre una variada gama de cuestiones. Fustiga a los surrealistas por su invencionismo forzado; se burla del doble discurso de algunos políticos e intelectuales diletantes y celebra el encuentro de Vera con la cultura negra, erótica y rítmica de la Cuba profunda. A modo de cierre, por último, toma una frase de Nicolás Gogol ("No huyas del mundo donde te ha tocado vivir") para decir exactamente eso que quería decir desde un principio.



El juguete rabioso
Roberto Arlt

Un cazador oculto. Silvio, el protagonista de esta novela en varios sentidos iniciática, decidió un día ponerse del lado de los malos. A los 14 años eligió el mundo de los ladrones y mafiosos, justicieros a su modo, y con ellos se fundió hasta convertirse en otro. **El juguete rabioso** es el gran experimento de Roberto Arlt (1900-1942) y el inmediato anticipo de sus obras mayores: **Los siete locos, El amor brujo y Los lanzallamas**. Pero aquí ya están en juego casi todas sus cartas. La debilidad por las tinieblas, la exaltación de la vida tortuosa –a la manera de Dostoievski y Poe– el secreto deseo de que las cosas cambien de una manera explosiva y total. "Nada de lástima –proclama el antihéroe de la historia–. A los jueces y policías hay que reventarlos, meterles bala, mandarles bombas por correo..." Sobre el final Silvio se relaja y explica lo que en realidad le pasa. Dice que no sabe qué hacer con la energía contenida en sus brazos, que le gustaría volver a jugar a los piratas como cuando era chico, fundar nuevas ciudades, tirar fuegos artificiales como para que la gente estuviera más contenta. Se ha repetido hasta el cansancio que esta novela está mal escrita y que fueron mejores las que le siguieron. Es posible. Pero ya Julio Cortázar se encargó, en el prólogo a la obra completa del autor de **La isla desierta**, de refutar la acusación. "Ahora que Arlt escribe bien –lamentó al considerar los últimos textos del escritor– queda poco de la terrible fuerza que tenía cuando escribía mal." Y es indudable que esa fuerza está más concentrada que nunca en **El juguete rabioso**.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Jorge Carnevale** Periodista especializado en crítica cinematográfica. Autor de la novela "Puesta en limpio"

CINEVIDEO

Toda la obra fílmica del cineasta polaco Krzysztof Kieslowski (1941–1996) se mueve en torno de la segunda oportunidad. Sus personajes operan en un contexto reconocible y hasta cierto punto rutinario, hasta que alguien o algo les mueve la estantería y hay que barajar de nuevo. Volver a empezar.



Una película de amor

[Polonia, 1988]

Uno de los capítulos más ambiciosos del célebre "Decálogo". Acá Kieslowski trabaja sobre soledades y desencuentros. Tomek, empleado del correo, vive enamorado de Magdalena, su desconocida vecina que habita el edificio de enfrente, en un barrio de monoblocks. Noche a noche, la vigila con su telescopio. Desde la ventana, es testigo de sus romances frustrados. Le manda cartas sin firma, la llama por teléfono sin contestar, viola su correspondencia hasta que la mujer lo descubre y lo humilla. Desesperado, Tomek intenta suicidarse. Magdalena entra por primera vez al departamento del chico herido, ve el telescopio e imagina otra realidad a partir de ese momento: otra posibilidad de acercamiento entre ese chiquilín tímido y la mujer que parece haberlo experimentado todo. Quizá nada esté definitivamente perdido.



La doble vida de Veronika

[Polonia-Francia, 1991]

Una vive en Polonia. La otra en Francia. Han nacido el mismo día, el mismo mes y el mismo año en países distintos. Las dos se llaman Verónica y son idénticas, pero crecen sin saber una de otra. Veronika y Veronique aman la música por sobre todas las cosas y son criaturas extremadamente sensibles. Se tragan la vida a bocanadas. Las dos padecen del corazón y tienen amores difíciles. Un día, en la plaza central de Cracovia, se cruzan. Veronika muere tempranamente y de alguna manera se recupera en Veronique, que no repetirá su historia. Le torcerá la mano al destino y completará el camino iniciado por la polaca.



Bleu

[Francia, 1992]

Este primer capítulo de la Trilogía que completa la obra de Kieslowski apunta como ninguno a la posibilidad de cambio y recuperación. Julie (J. Binoche) pierde a su marido y a su hija en un accidente automovilístico. Internada durante semanas en un hospital, gravísima, cuando toma conciencia de lo ocurrido intenta matarse. Luego, vende todas sus propiedades, cambia de ciudad y se refugia en el anonimato. Su marido, compositor, ha dejado una obra inconclusa. Una obra en la que Julie tuvo mucho que ver. Tarde, se entera de que el hombre tenía una amante y de que ésta espera un bebé. El encuentro entre las dos mujeres será decisivo. De a poco, dolorosamente, Julie va abriéndose a un futuro en el que podrá reconstruir su identidad.



La tregua

Sergio Renán

[1974]

La historia original de Mario Benedetti transcurre en Montevideo, a mediados de los 50. Para su traslado cinematográfico, Renán la ubica en la Buenos Aires de los 70. El salto no altera el nudo central del relato. Martín Santomé (H. Alterio), viudo, con tres hijos y cincuenta largos, a un paso de la jubilación, descubre una mañana que nada está perdido. Laura Avellaneda (A.M. Picchio), una compañera de trabajo que por edad podría ser su hija, va a ser la encargada de cambiarle el libreto. Santomé siente que la vida puede adquirir otro sentido. Parece un adolescente cargado otra vez de sueños. No sabe qué pensarán sus muchachos. La chica se ha puesto de novia, el menor se va de casa tras confesarle su homosexualidad; con el mayor hay cuentas pendientes. Martín y Laura mantienen la relación en secreto. Temen que el sueño se haga pedazos. Planean irse a vivir juntos. Alquilan un departamento, pero Laura enferma y sobreviene lo peor. Martín se asoma al abismo. La tregua terminó. La película –nominada al Oscar– conserva aún hoy un momento sublime: el breve encuentro entre Martín y la madre de Laura (C. Linkovsky) luego de la tragedia. Son apenas siete minutos para el asombro. Uno y otra, con extremo pudor, evocan a la que ya no está. Pocas palabras, la mirada que importa y un silencio. No volverán a verse. ¿Podrá sobrevivir Martín tan solo con la memoria de la ausente? ¿Importa el consuelo de los hijos, las frases presumibles? Ya nada será lo mismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Sostiene pereira

Roberto Faenza

[1995]

Para Pereira (M. Mastroianni), que dirige desde hace años la conservadora página literaria del periódico "Lisboa", la cultura constituye un universo incontaminado. A esa isla no llegan, no deben llegar, los tumultos de la política. En Portugal, en plena década del 30, la dictadura de Salazar hace sentir sus garras. Pereira pretende ignorarlo todo. Viudo desde hace años, conversa con el retrato de su mujer y le da la espalda al contexto, hasta que irrumpe en su vida el joven Monteiro Rossi, que aspira a colaborar en el suplemento. El chico hace una encendida necrológica de García Lorca a la hora del fusilamiento del poeta granadino. Insiste en la misma línea con Maiakovski. Pereira se sobresalta. No es ese el tono que conviene al "Lisboa". Pero el muchacho y su novia están jugados. Tras vacilar, Pereira acaba apoyándolos. Monteiro Rossi parece el hijo que le estuvo faltando. Ese chico es el coraje, la temeridad en estado puro. No mide los riesgos. Una noche llega sin aviso a la casa del anciano y le pide desesperado que lo esconda. Lo están buscando. A la mañana siguiente la policía secreta invade la casa. Pereira la enfrenta. Lo golpean. Monteiro Rossi lo pagará carísimo. Ante ese cuerpo destrozado, Pereira decide que no hay vuelta atrás. Escribe su necrológica y la entrega al "Lisboa", sorteando la censura del régimen. El diario está en la calle y, por una vez, puede leerse lo que está sucediendo. Pereira, aferrado a un pasaporte falso, cierra su casa y sale a la calle. Sabe que es otro, para siempre.



El sabor de la cereza

Abbas Kiarostami

[1997]

Con el sol a pico, un hombre recorre los alrededores de Teherán al volante de su coche. Un coro de desocupados se le acerca, le piden trabajo. El hombre sonríe vagamente y sigue conduciendo. Busca otra cosa. Está claro en su mirada que va en procura de algo, de alguien. Por la ruta que lleva al desierto levanta a un soldado. Le pide un favor muy especial. Esa noche, él va a ir hasta el fondo de la cantera más próxima, se va a tomar un frasco entero de pastillas y se va a quedar ahí, quietito, esperando. Si a la mañana siguiente el soldado lo encuentra con vida, debe ayudarlo a salir. Si no, lo cubrirá con diez paladas de tierra. Está dispuesto a pagar bien esa tarea. El soldado se niega y se baja. La misma oferta va para un seminarista musulmán, un taxidermista. La propuesta suena a escándalo. En Irán nadie se suicida. Un gesto semejante es una aberración. Finalmente, alguien accede. Ese desconocido también en algún momento quiso matarse y se lo impidió el sabor de la cereza. Abbas Kiarostami trabaja sobre una anécdota mínima y la hace crecer. Con una puesta en escena diáfana, despojada, va dibujando un país, una circunstancia. En la mirada serena y desnuda de ese hombre palpitan el misterio y la revelación. Ha resuelto terminar sin alboroto y esa decisión suena como una bofetada en un medio donde casi todo está prohibido. En el filme no se menciona la palabra suicidio. Para Kiarostami es una apuesta a favor de la vida: habla sobre la libertad de elegir.



Estación central

Walter Salles

[1998]

¿Qué puede unir a una solterona gris y agria con un chiquilín de la calle que acaba de perder a su madre en un accidente? Nada, en apariencia. Pero una y otro están por zambullirse en el viaje iniciático que los acercará, acaso, a la identidad perdida. Dora no espera nada ya de la vida. Escribe cartas para analfabetos en la Estación Central de Río. A veces las envía. Otras, las olvida en un cajón o las rompe. Una mujer le pide que le escriba al hombre que abandonó a su hijo. El chico, Josué, quiere conocer a su papá. A la salida de la estación, un autobús atropella a la madre de Josué. El chico queda librado a su suerte. Vuelve con Dora, que no sabe qué hacer con la criatura. Por mil dólares lo vende a una pareja que trafica con niños. Cuando descubre el destino que le espera al muchachito, lo rescata a tiempo y huyen juntos al interior del país. Josué va en procura de su padre. Dora deja atrás un pasado que suma frustraciones y la soledad más intensa. Sin dinero, casi sin tiempo de planearlo, abandonan la ciudad infame y se lanzan al corazón de un país que desconocen. No todo será un regalo. Deberán pelear palmo a palmo y codo a codo para sobrevivir. Dora está lejos de aparecer como la típica heroína. Llena de miedos y agachadas, hace lo que puede y se asombra a medida que nota un coraje nuevo. Ese chico le despierta sentimientos contradictorios. Josué, que al principio la desprecia y con quien inicia una relación de aproximaciones y rechazos, va a enseñarle la posibilidad de rearmarse y hacer camino. El futuro es brumoso, pero ninguno de los dos será el mismo de aquí en adelante.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CON EL PRIMER BERRIDO ENTRAMOS EN UN MUNDO DESCONOCIDO

queridos hijos

CAMBIAN LA MANERA DE PERCIBIR LA VIDA

NOS JUZGAN Y ESO NOS IMPORTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Rafael A. Bielsa**

FOTOS **Valeria Bellusci**

Escritor y abogado. Entre sus libros se destacan "Explendor" (poesías) y "La vida en rojo y negro" (cuentos, en colaboración con Eduardo van der Kooy).

EL NACIMIENTO. Recuerdo la sala de partos; tenía como una especie de franja de ladrillos de vidrio en el sitio donde una de las paredes se juntaba con el techo. Fue lo primero en lo que reparé cuando el médico me hizo entrar para que asistiera al nacimiento de mi primer hijo varón, aunque ahora –no sé por qué– me parece difícil que un recinto quirúrgico tuviera luz natural.

Cuando Laureano, mi hijo, apareció desde detrás de unos arneses, de unos paños verdes asépticos y colgando de uno de los brazos del obstetra, un vaho azul llenó el espacio. Soy consciente de que todo padre tiene inclinación por asociar a sus hijos con singularidades, sean éstas virtudes, primores o mensajes del más allá. Estaría tentado de incluirme dentro de la categoría de los padres universales si no fuera porque en esta ocasión sucedió de verdad. Mi mujer también lo vio, y creo que las enfermeras, o por lo menos una de ellas, dio vuelta la cabeza hacia la franja de ladrillos de vidrio como buscando explicación.

Del médico, en lo único que me fijé fue en su brazo *herodiano*, pero de todos modos no asignaría a su testimonio demasiado valor; se trata de gente más habituada a las órdenes, del tipo "bájese" o "súbase" o "dése vuelta", que a la percepción de fenómenos místicos.

En cualquier caso, Laureano llegó a la vida como lo dice su nombre, victorioso. No es que la vida le haya respetado demasiado el modo como la abordó o el nombre, ni creo que lo comience a hacer de un momento para el otro, pero de algún modo él se comporta como si así fuera, y en sus gestos, en su actitud para con los demás, y particularmente en su sonrisa yo encuentro vestigios del vaho azul que se posó sobre sus pestañas como una ventura tamizada por eternidad. Ver a través de los ojos de alguien: con nadie se alcanza eso mejor que con un hijo.

Hilario, en cambio, mi segundo hijo varón, tiene otra historia. Un viernes, por puro acaso, su madre decidió hacer una visita al médico, habida cuenta de que faltaban poco más de quince días para la fecha prevista para el nacimiento. En el consultorio, el tipo dejó de auscultarla, se puso mortalmente serio y mandó a que me llamaran con urgencia. Yo detesto la palabra "urgente"; nada que los demás consideren que es urgente para nosotros puede ser bueno, e incluso dentro de las cosas que nosotros mismos calificaríamos como urgentes hay muy pocas buenas.

Llegué corriendo a la clínica, preparando las frases de consuelo que debería obsequiar a los demás a cuenta de mi propia pena (ese es uno de los reflejos condicionados que suele quedar en quienes sobrevivimos durante los 70), y mi hijo ya había nacido. Se le había enroscado el cordón, el corazón se le aceleraba y desaceleraba (eso fue lo que de-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mudó al explorador de cavidades), y si no provocaban el parto hubiese muerto. Entró en este mundo por cuestión de instantes, lo saludó sonriendo, y por eso se llama Hilario, "el que es alegre".

Su nacimiento, como el de Laureano, y desde ya su nombre, también han incidido en su vida temprana, como lo demuestra lo que nos sucedió en Guatemala. Guatemala... Ahora mismo, cuatro años después, todavía se obstinan en mi memoria los nombres de los lugares: Municipio de Esquipulas, Puesto de Registro de Mayuelas, Aldea Salfate de Quetzaltepeque, Suchitepéquez, Caserío Xejoyup, Cárcel de Chimaltenango. Cuatro años... eso es otra cosa que cambia para siempre con los hijos; sin ellos sería una etapa, con ellos es toda su vida, y con la suya, la mía.

Luego de las elecciones del 95 me fui a trabajar en la Misión de las Naciones Unidas para la Verificación de los Derechos Humanos acompañado por mi familia. Por entonces, Guatemala tenía la guerrilla más antigua de Centroamérica (la *Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca*); el hijo del escritor Miguel Angel Asturias peleaba con el nombre de comandante Gaspar Ilón. En treinta años de combate habían muerto más de cien mil personas y se estaba entrando desganadamente en un proceso de paz.

Guatemala es un país insondable, que tiene un hermoso himno nacional, un pájaro llamado *quetzal* cuyo pecho parece ensangrentado, veintitrés etnias y otras tantas lenguas entre doce millones de habitantes, urnas funerarias con forma de guerreros, las irascibles erupciones del volcán Pacaya y un olor a vida y a muerte que, una vez conocido, en adelante es imposible desconocer.

Habíamos viajado la madre de mis dos hijos varones, ellos y yo. Hilario tenía apenas tres meses; parecía saber que había nacido por milagro, porque disfrutaba con glotonería de todo lo que sus sentidos eran capaces de reconocer. Vivíamos en el centro de la ciudad, y a mí me parecía que el trabajo era bueno. Viajaba constantemente al interior del país para verificar las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos, y todo era a un tiempo flamante, inescrutable, conmovedor.

LAUREANO LLEGÓ A LA VIDA
COMO LO DICE SU NOMBRE: VICTORIOSO.
NO SÉ SI EL DESTINO
LE RESPETÓ ESA CUALIDAD,
PERO ÉL ACTÚA
COMO SI ASÍ FUERA

A veces llegábamos a una población que diez años antes el ejército había arrasado. Es extraño ver a los perros escarbando entre dos piedras e imaginar que en el mismo lugar alguna vez dos manos amasaron harina de maíz. Otras veces debíamos abrir una tumba colectiva. La atmósfera de la muerte transcurrida es a un mismo tiempo fétida y antiséptica: recuerdo un par de anteojos perfectamente conservados que se habían adherido a los restos de una mano, que los antropólogos forenses cepillaban amorosamente.

Un mediodía, después de almorzar, bajé del departamento donde vivíamos para ir a las oficinas de la Misión. El auto blanco de Naciones Unidas me estaba esperando bajo unos árboles de laurel; de pronto vi que se me acercaba un hombre de edad imprecisa, como suelen ser los mayas, vestido con un pantalón oscuro y una camisa amarillenta de mangas cortas. A tres metros de distancia el uno del otro, el hombre se detuvo, me miró y me hizo un gesto con el brazo derecho: giró el antebrazo repetidas veces, como si se tratara de un trépano, al tiempo que movía los dedos de su mano haciendo sonar un arpa imaginaria. Me sobresaltó su mirada, una mirada córnea con reflejos nacarados, como si mirara parcialmente o bien hacia un espacio diferente de aquel en el que estábamos situados, pero como allí se quedó, repitiendo ese gesto corrosivo, me subí al auto sin más. El chofer no hizo comentarios y recorrimos el trayecto en silencio.

A partir de aquel día comencé a cruzármelo regularmente, en los lugares menos pensados. Los sábados íbamos con Laureano e Hilario al supermercado, y un par de veces lo encontramos a la salida. En las dos ocasiones me hizo el mismo gesto rapaz de forma de hélice. Como empecé a acostumbrarme a aquellos encuentros, lo bauticé: Abularache Culúm, una mezcla de nombres de las víctimas cuyas desventuras yo tenía que oír a diario. Era un poco macabro, es verdad, pero digo en mi descargo que trataba a mi manera de que el terror que el individuo producía en la madre de mis hijos no me afectara y que ella pudiera tomárselo menos a la tremenda.

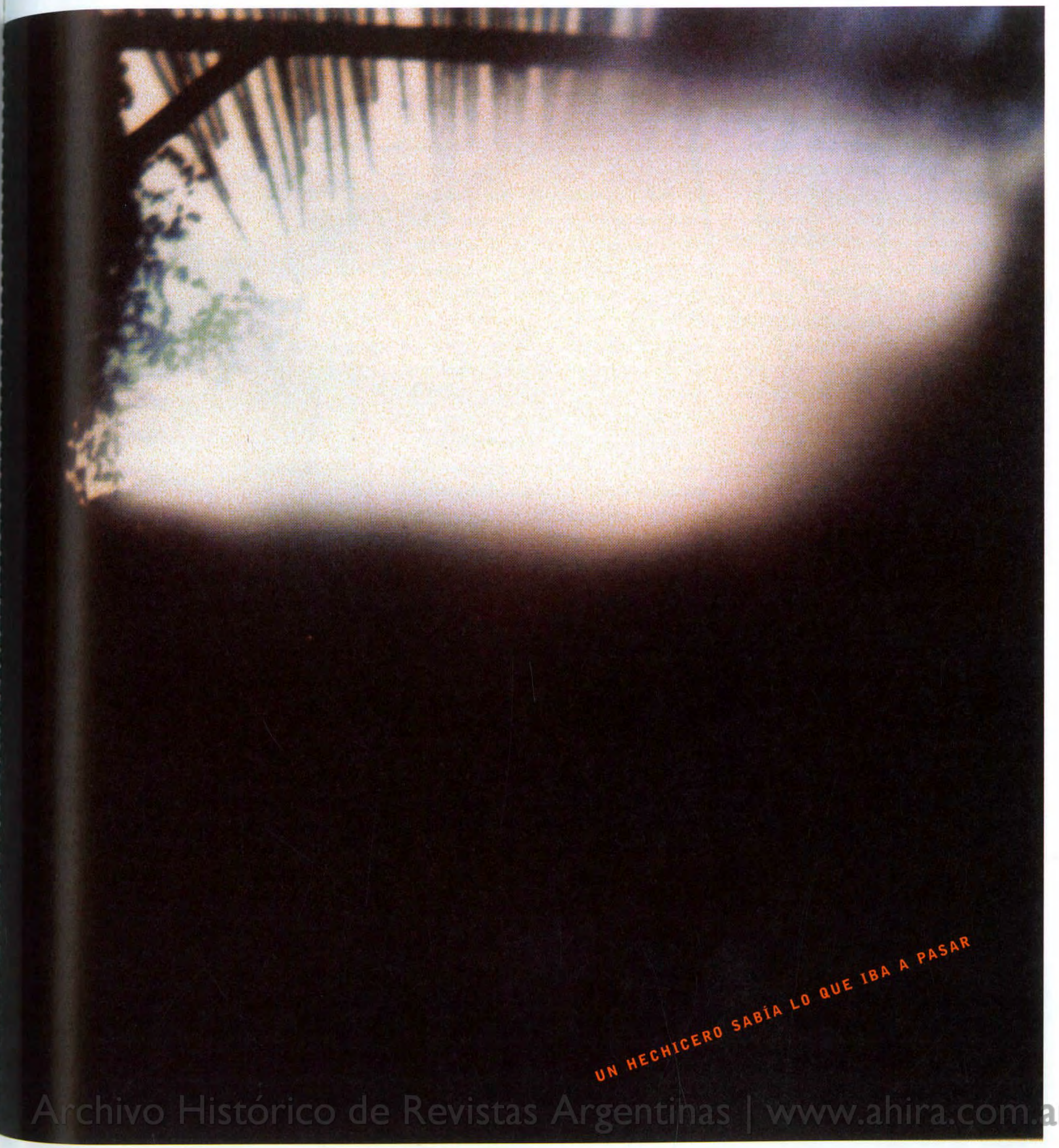
Hilario, por el contrario, lo esperaba. A pesar de que por entonces tendría cuatro o cinco meses, siempre lo descubría primero, y gorjeaba indefectiblemente anunciándonos su presencia. Mi hijo disfrutaba de Abularache Culúm como de la brisa, la lluvia, las hojas dobladas por el rocío o las canciones en *k'iche* que le cantaba Margarita, su niñera.

En una ocasión le pregunté a Margarita por Abularache; me miró con los mismos ojos opacos y córneos y me contestó en su lengua, que delante nuestro sólo usaba para cantar. Tuve la intuición de que no era del caso insistir.

Cierto día hubo que viajar a Flores, en Petén, una zona ubicada en el norte del país. Por allí quedan las ruinas de

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HILARIO SE AHOGABA CON UN PAPEL



UN HECHICERO SABÍA LO QUE IBA A PASAR

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tikal, donde de noche vagabundean los jaguares soñolientos olfateando vetas de aire cargadas de anuncios. Desde 1917 unas familias habían venido asentándose, sin saber si los terrenos eran o no de propiedad privada, hasta que apareció un supuesto dueño que comenzó a venderlas a militares, que de inmediato comenzaron a desalojar a las comunidades. Acababan de matar a dos hombres en una de esas escaramuzas.

El avión, un turbohélice con veinte años de campaña, se estremeció desde el momento mismo del despegue. Dos o tres veces pareció que el piloto no podría dominarlo y que nos estrellaríamos contra alguna de las laderas de los cerros. Yo nunca tuve miedo de los aviones ni de las sacudidas, pero por alguna razón con cada remezón pensaba en los pibes y tendía a preferir que la máquina remontara, invicta.

Cuando llegamos nos estaba esperando una ambulancia, porque un voluntario se había descompuesto. Podría jurar que a pocos pasos de allí, bajo el cielo encapotado y avieso, vi a Abularache Culúm, quien horadó la atmósfera de miedo con su antebrazo rotativo e hizo sonar las cuerdas del suplicio con sus dedos en abanico. Cuando corrí hacia él lleno de rabia (en realidad, ahora no sé si se trataba de rabia o de desahogo), ya no estaba.

Algún tiempo después, un mediodía de domingo, azul y apacible, volvíamos los cuatro de Antigua Guatemala, una de las ciudades más hermosas que conocí en mi vida, donde los rituales mayas se han fundido con las tradiciones católicas y se celebran quejumbrosas ceremonias en las partes posteriores del altar mayor de las iglesias.

De pronto, Laureano –que viajaba en el asiento trasero– dijo que su hermano se *iba* a sentir mal. La madre se

CRUCÉ LA AUTOPISTA DE SEIS MANOS EN MEDIO INSTANTE. BAJÉ A LA CARRERA Y LE ARRANQUÉ A MI ESPOSA EL NIÑO QUE AGONIZABA POR SEGUNDA VEZ EN SU VIDA

dio vuelta, no vio nada raro y se despreocupó. A los pocos instantes, el mayor repitió su advertencia: Hilario estaba morado, ahogándose, como cuando en el vientre materno se le enroscó el cordón umbilical.

Ignoro de qué modo conseguí cruzar las seis manos de la autopista que converge en la ciudad de Guatemala en instantes, buscando parar al costado del camino para tomar a mi hijo de las piernas, colgarlo cabeza abajo y golpearle la espalda hasta que expulsara el objeto que lo estaba matando. Fue lo único en lo que atiné a pensar, la vieja receta contra el color amoratado. Cuando frené sobre el borde de la vereda, un grupo de indígenas que esperaba el ómnibus se abrió en racimo. Me bajé a la carrera y le arranqué a mi esposa el niño que agonizaba por segunda vez en su vida.

Entonces apareció Abularache, con sus pantalones oscuros y la camisa amarillenta de mangas cortas, mirando a mi hijo con los ojos córneos con reflejos nacarados. Se acercó como si caminara por sobre éter, giró su antebrazo, hizo el remolino consabido metiéndole los dedos dentro de la boca y sacó de allí el papel de celofán que su hermano le había embutido segundos antes de hacernos la primera advertencia. El chiquito empezó a sonreírle y ya no hubo más tiempo para nada, porque había desaparecido.

A los seis meses regresamos a la Argentina. El trabajo no había sido tan bueno como creí en un comienzo, porque me enfermé. La muerte de los otros también mata por contigüidad, aunque uno no lo sepa en el momento. Los hijos nos enfrentan a un cambio: muestran que hay muertes que pueden doler más que la propia y uno genera una red de intuiciones para prevenirlas. Ahora lo sé.

Hilario ha seguido creciendo con la misma avidez por todo lo que tiene a su alrededor. Alguna vez me digo, como una especie de conjuro: "¡Abularache Culúm!"; cuando mi hijo menor me escucha se ríe, pero la verdad es que está riéndose todo el tiempo. Laureano lo mira, con un dejo de compasión en los ojos donde sobrevive un vaho azul.

LOS HIJOS Y LOS MIEDOS. Existe en Roma un sitio que se llama Porta Portese, una plazoleta con abundante travertino y con columnas toscanas que encuadran un marco en los muros de Urbano VIII. Desde allí parte la via Portuense, y los domingos por la mañana ese trayecto de más de veinte cuadras se transforma en una Babel inteligible donde zulúes azules juegan un juego de azar con placas de madera en el que siempre pierde el ajeno, hindúes con frentes aplanadas trafican telas sin costura, *ragazzi di vita* passolinianos venden cubiertas para automóviles con poco y furtivo uso, abisinios grandilocuentes ofrecen rollos del mar Muerto secos y quebradizos.

Desde las siete de la mañana hasta pasado el mediodía el sitio se transforma en una especie de Pireo, una Alejandría subalterna en la que centenares de parroquianos van y vienen, mucho más confiados en el espectáculo que en las mercancías que se llevarán. Allí me dirigí hace años con mi hija Juana, mi primera mujer, y Gilles, un reciente amigo haitiano con el rostro del color de la cáscara de la castaña, que jugaba fútbol amateur como un profesional y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Marcelo Moura
el probador
lun a vier **17 / 19 hs**

Michel Peyronel
el lounge
lun a vier **19 / 21 hs**

Sergio Marchi / Jorge Casal
rock boulevard
lun a vier **21 / 23.30 hs**

HORACIO GALLO

NOSTALGIE

106.7 FM Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trabajaba en la difícil profesión de criminólogo como un principiante.

A la entrada del mercado había una romana sentada en el piso con su hija –que tendría los mismos seis años que la mía– que ofrecía unos patitos vacilantes, recién nacidos e indiscriminados, que apuntaban con sus narices calcáreas hacia cualquier cosa que tuvieran cerca. Juana se acercó a uno de ellos e inmediatamente lo bautizó: Mateo. Yo la separé a la rastra del animalito, que se la quedó mirando como al último vagón de un tren rigurosamente vigilado, que al amanecer se alejara rumbo a algún tipo de libertad.

Nos internamos en la agria espesura de gritos destemplados, subastas y aguinaldos, con mi hija que clamaba por Mateo. A las siete u ocho cuadras le pedí a Gilles, el haitiano, que la acompañara hasta la Puerta de Marcantonio de Rossi donde habían quedado los patos.

Apenas se perdieron entre la muchedumbre comprendí el tamaño de mi error. En un instante recordé que no conocía al haitiano, que no sabía dónde vivía, que hacía menos de una semana que estaba trabajando en el mismo organismo internacional que yo, pensé en la gracia de mi hija, en la manera confiada con que se encaminó hacia Gilles, vi con una nitidez microscópica el momento en el que su manecita acarició la de Gilles, me pareció reconocer en el rostro de éste una fea sonrisa perentoria y supe lo que querían decir los latinos con aquel viejo aforismo aprendido en la Facultad de Derecho: *fiat justitia et ruat coelum*, "hágase justicia y despéñese el cielo". El cielo se me vino encima, en nombre de todos los pecados que pudiese haber cometido hasta ese instante. Salí disparado con mi mujer, que comenzó a correr detrás de mí intuyendo alguna tragedia a la que adhería sólo por



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la desesperación de mi carrera; es increíble cómo vislumbrar el terror de otro puede convocar al más infame de los nuestros.

"La muerte tiene diez mil puertas distintas –dice John Webster– para que cada hombre encuentre su salida", pero nada dice el autor de los momentos previos, de la agonía, el estadio de lucha.

El corazón me fibrilaba frenéticamente; lejos de la reconciliación del eterno descanso me imaginaba el patético mecanismo de carne intrépida e inútilmente autónoma, atropellaba voces extranjeras que –ahora estoy seguro– de algún modo sobreentendido comprendían el apremio, no había nada probable que tuviese su lado bueno, andaba sobre rastrojos de difuntos con mi propio aliento talado de raíz.

Mojado en transpiración llegué hasta la puerta donde comienza la via Portuense, y sí, habían estado allí, la niña morena y el negro zambo, y se habían llevado un patito, al que bautizaron Mateo; eso madre e hija lo recordaban perfectamente.

Con una desesperación que luego volví a sentir otras veces en mi vida, y que siempre me enseña un escalón aún más abrupto de la muerte, volví a salir corriendo hacia el otro extremo de la calle, hasta llegar al perímetro que forma con Viale di Trastevere, y miré el reloj: había pasado casi una hora desde el momento en que nos habíamos separado. La clase de desesperación de cuando perece la propia carne; carne de hija.

Es extraño lo que diré, pero mis pies caminaban el camino de toda carne, conocía victorias duraderas que se agotaban al instante con sólo ver una cabecita de cabello enrulado, maldije, pedí perdón, me volví invisible, me bendije con la memoria de mi hija para cobrar coraje y la vi. La vi. Como una visión,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

IL POSTINO S.R.L.
CORREO PRIVADO & MENSAJERIA
RNPSP Nº 512
UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)
4866-4440
4867-0036
BUENOS AIRES ARGENTINA
SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines
CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados
Mencionando esta revista
importantes descuentos

DE REGRESO A CASA, EN EL AUTO, SIN PACIENCIA, LE PREGUNTÉ QUÉ ERA ESO DE LOS BESOS. "ES UN JUEGO QUE TENEMOS CON MI AMIGO MARQUITOS", DIJO

apareció sonriente junto a Gilles, que también sonreía, y con ellos mis brazos y piernas, el habla, la carne de mi carne que se había pulverizado con las trizas de la ausencia. En algún sentido eso es tener un hijo; es como asumir que en el futuro una parte nuestra, un miembro, una coyuntura, se desplazará más allá de nosotros. Tanto, que podremos dejar de verlo. De verlo, esto es, de tenerlo. Sólo se tiene un miembro si se es capaz de verlo. Sucedió que mientras mi mujer y yo íbamos, ellos volvían por el margen opuesto, y viceversa, así durante más de una hora y media.

Tan banal puede ser la desgracia como sublime lo trivial. La vida se desbarata, cada cosa pierde su sentido y súbitamente hay un silencio cósmico, y todo vuelve a ser como era en un comienzo. Y también sucede lo contrario, las cosas son como uno piensa que deben ser, la vida es como ha venido siendo y de un momento para el otro...

Algunos años después yo estaba con mi hijo mayor, Laureano, que en aquel entonces tenía cinco años, en un restaurante de la calle San Martín, que tiene sillones y sillas con respaldos como los que hay en las películas de Quentin Tarantino, y un subsuelo para exposiciones siempre vacío, en los que los cuadros en soledad parecen sendos velorios contiguos de fallecidos sin deudos.

Festejábamos el cumpleaños de una compañera de trabajo y de repente busqué a mi hijo y no lo vi por las inmediaciones. En ese momento pasó el disc jockey, que me dijo: "Si buscás a tu hijo, no te hagas problemas; está en el subsuelo con el mío, dándose besos". Y siguió su camino, entre un mar de gente.

Por una fracción de segundo me tranquilicé, pero luego reparé en el final de la frase: en el subsuelo, con el hijo del disc jockey, mi hijo, "¿dándose besos?" Bajé a buscarlo y allí estaban, sobre un asiento circular de cuero con un respaldo cónico que parecía un helado de ciruela de hule, estirados y enfrentados cuan largos eran, nariz contra nariz, dándose besos en la boca.

"Vamos, hijo, vamos para arriba", lo urgí, indiscreto. Me siguió dócilmente y la noche transcurrió entre las risas de catálogo de las cenas de trabajo y mis dudas de vademécum por un beso en la boca entre hombres. De regreso a casa, en el auto, sin paciencia, le pregunté qué era eso de los besos. "Es un juego que tenemos con mi amigo Marquitos del colegio, que quise jugar con este nuevo amigo del restaurante", me contestó con indiferencia. Lo miré a los ojos y, no sé por qué (o mejor dicho, sí sé por qué: porque estaba asustado), recordé lo que alguien había dicho a propósito de Lucía, la hija de Joyce: "Si yo fuera la madre de la hija de James Joyce y la viera mirar al vacío de ese modo, estaría muy preocupado".

"¿Y juegan ese juego con chicas, hijo?" "No, papá, con chicas no jugamos." "¿Se puede saber por qué? A fin de cuentas, hay tantas chicas como chicos en el colegio." "Porque las chicas tienen que cumplir con una larga serie de requisitos para jugar con nosotros, papá, y todavía no hubo ninguna que pudiera llenar las exigencias." Pensé en sus cinco años, en la respuesta que me había dado, pero no podía dejar de pensar en el beso en la boca.

Aquella noche no pude dormir. Lo miraba darse vueltas en la cama y me

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

parecía que tenía los labios más abultados que de costumbre, la cadera más pesada y redonda, el óvalo del rostro infantil más ambiguo.

A veces entraba en una especie de duermevela, reclinado sobre el sillón de madera al costado de la cama de mi hijo mayor, y pensaba. Volvía en mí y miraba fijamente, entre los raptos lunares que embellecían el rostro de mi hijo, sus pestañas, a las que juzgaba demasiado arqueadas, sus hombros, que imaginaba naciendo funestamente de un escote.

Y caía nuevamente, y me parecía formar parte de la *figliata*, la vieja ceremonia de la Italia griega en la que un hombre, rodeado de acólitos, da a luz a otro hombre de su misma condición. Viñedos y jardines de naranjos y limones descendían hasta el mar, muchachos pintados con un apagado rojo pompeyano, una vajilla de mayólica, cubiertos con mango de hueso, blancos bancos de mármol diseminados por el huerto.

Y otra vez recobraba la conciencia, y volvía a ver bajo la nariz de mi hijo un vello como de gamuza, un repliegue furtivo de las palmas de sus manos en el interior de los muslos.

Finalmente amaneció, pasaron los días, pero no el miedo, al menos no enseguida. No me podía sacar de la cabeza a Laureano besando en la boca al hijo del disc jockey, y recordaba el rostro de Tom Hanks en "Filadelfia", muriéndose de sida, aferrado al soporte metálico del suero, mientras en el aire sonaba Maria Callas en el papel de Madeleine, cantando *¡...la casa que me acunó está ardiendo!*, recordaba las lágrimas, las lágrimas frente a todo lo que el mundo tiene de irremediable.

¿Miedo de qué? De que sufriera, tal vez, ese sufrimiento de ser diferente, la vergüenza inicial de ser diferente, la intolerancia, ese sufrimiento

MIRÉ HACIA EL SITIO DONDE ELLA PERMANECÍA INMÓVIL. PENSÉ EN QUE NO PODRÍA DEFINIR QUÉ ERA LO QUE HA IDO PASANDO ENTRE NOSOTROS

que conozco tan bien. Quién sabe.

Después, con el tiempo, las cosas vuelven a un sitio establecido. Todo lo que el mundo tiene de irremediable no sólo hace llorar, también hace crecer. Mi hijo mayor crece, crece conmigo, y me es dado a veces aceptar sus caricias, estarme quieto bajo esa maravillosa delicadeza.

EN UN FUTURO. Era un jueves por la tarde, eso lo recuerdo bien. Las agujas de la primera oscuridad retiraban los objetos, reduciéndolos a bajorrelieves. Tenía que escribir un artículo que me había pedido un diario y entregarlo en las dos o tres horas siguientes.

Podía ver a la madre de mis hijos varones de perfil contra la luz menguante, con la hermosa cabeza ladeada: fuera de mis límites, anómala, como un libro encrespado dejado sobre el atril.

Yo quería escribir algo sobre la historia que añoraba, sobre los veinte años que separan los 90 de los 70. Miré hacia la cabeza inclinada y elegí un título: *Esta mujer*. Caetano Veloso cantaba en un susurro: *...hombre, yo no sé por qué te quiero/ yo te tengo amor sincero",/ dijo la muchacha de plata*. Los colores de la pantalla de la computadora daban a la habitación una consistencia de goma arábiga. Me incliné sobre el teclado y escribí.

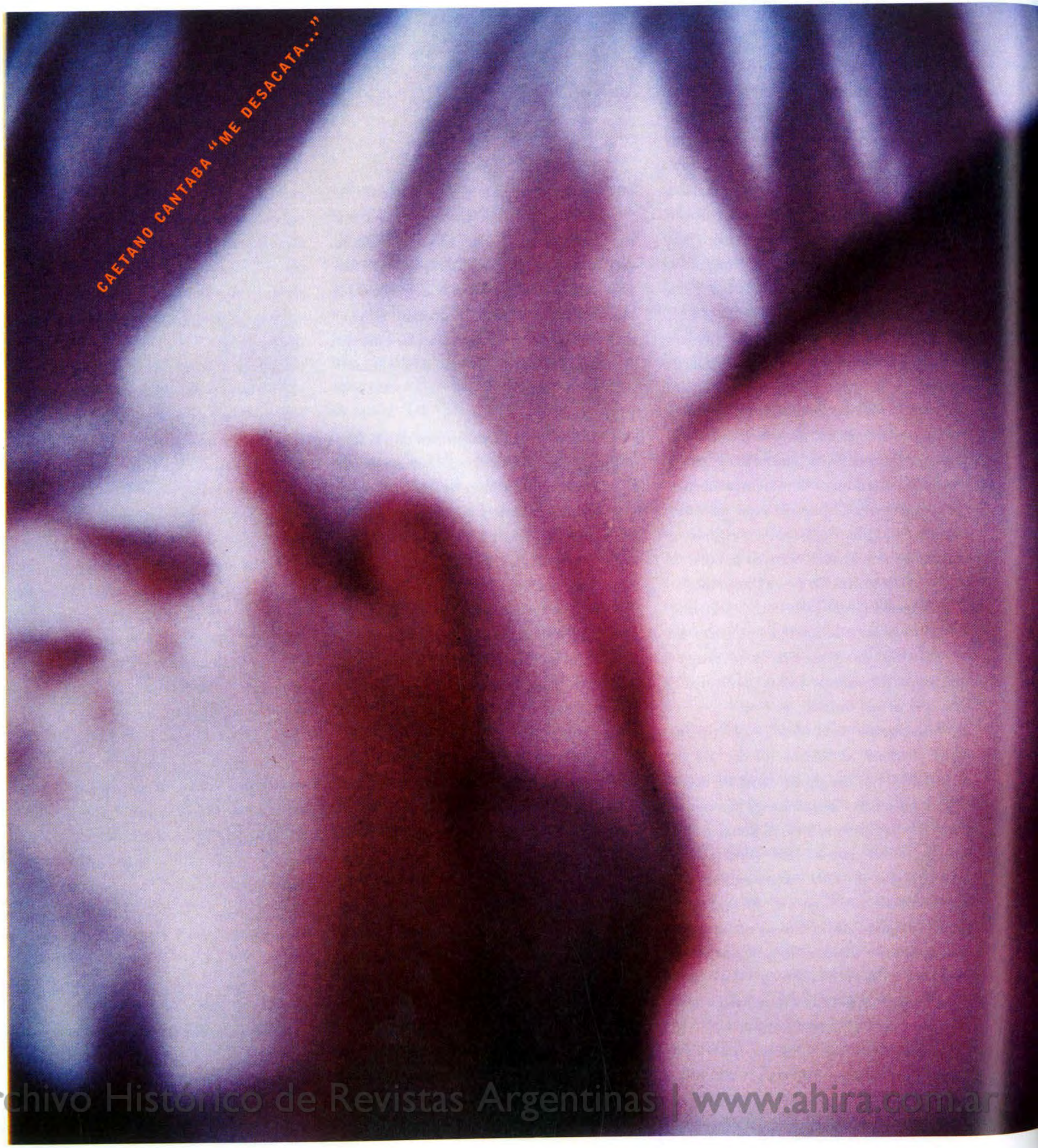
"Le llevo a mi mujer la suficiente cantidad de años como para que sean muchos. Yo soy de los 70, ella es de los 90. Tenemos un hijo de tres y otro de un año. Ella se acerca a las cuitas de un cuarentón con ese estilo desmañado y humanitario de los que tienen el propósito de aliviar una quemadura sin jamás haber jugado con fuego. Se conduele de mis aprensiones y no se las toma del todo en serio. Es una suerte. Se ha casado con un hombre que no es un ángel, a quien repugna la teoría de los dos demonios, que vadeó tres muertes, que convivió con cuatro mujeres, que conserva pocos credos. Un hombre que tiene más amigos muertos que amigos que sigan vivos, que tiene ciertos amigos vivos a los que también les tocó morir una que otra vez. 'Casi todos los amigos que te conozco', dice mi mujer, 'o estuvieron presos o van a estarlo, o se murieron o están por morirse.' En algún sentido, el tiempo le da la razón: nuestra historia nunca acaba de terminar, y de cuando en cuando derriba a alguien de un demorado coletazo. Errores, ademanes demasiado bruscos, suicidios."

Releí lo que llevaba escrito. Miré hacia el sitio donde ella permanecía inmóvil. Pensé en que no podría definir qué era lo que ha ido pasando entre nosotros. Jamás conseguiré que me vea como me veía, me dije... que me vea como yo quisiera que me viese.

Caetano recomenzó la única canción que estaba grabada –quince o veinte veces– en el casete: *...muchacha de plata/ pero en Brasil es diferente/ yo te quiero, simplemente/ pero el amor me desacata.*

Laureano salió de su habitación y corrió a abrazarse con su madre. Recuerdo que me vino a la cabeza el último verano, cosas que nos había dicho. A su madre, que se bronceaba en la playa, señalando hacia unos bañistas: "Mirá, mamá, te están usando el sol". A mí: "Yo no voy a invitar a ningún niño a mi cumpleaños, lo voy a festejar solo, porque es mío". Laureano que tira un papel al suelo; su madre que lo reta. "Pero mamá –le dice–, es que vos no en-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NUNCA NOS VA A SER INDIFERENTE

tendés. Yo lo tiré al cielo, no al piso, y él en vez de quedarse arriba, se cayó." Volví al teclado, a seguir el trabajo.

"Vaya uno a saber cómo me acerco yo a los dolores de una veinteañera. Me imagino que distraído, accidental. Con todo, creo comprender su sufrimiento y no tengo pretextos si no contribuyo a aliviarlo. Pero ella, ¿cómo puede comprender la soledad de ese tipo de muerte de cuando ni quien ha muerto ni sus seres queridos han podido decirse adiós? ¿Cómo explicarle la soledad de estar siempre acompañado por los que ya no están? Dice Juanele Ortiz: *...pero a todos llegas, otoño/ a todos llegas esta tarde,/ en que hay manos traslúcidas y eternas/ que hacen signos tiernos en el aire*. ¿Cómo podría entender qué era lo que estábamos mirando hace veinte años, para sentirnos tan solos ahora que no lo podemos ver? ¿Cómo, a edad tan temprana, que existen cosas que ni el deseo más poderoso alcanza para hacerlas posibles? Mi mujer piensa que no soportaré la reiteración de ciertas verdades, recortadas a golpes de tijera ancha, y por eso no me habla de ellas cuando me ve tranquilo. No sabe que es precisamente en eso en lo que estoy pensando, cuidadoso de no ir mucho más allá del perímetro dentro del cual me siento animado. No sabe que pienso de qué manera puedo encontrar el hilo e hilvanar los pedazos de ese pasado, dándoles sentido, para mostrarle entonces la obra en toda su elocuencia y en toda su lobreguez. No sabe que busco el hilo para hilvanar esos años furiosos, con ella y estos años mutuos. Me ve tranquilo y me cuenta amenidades; ¿sabe, a pesar de todo, que, como las estrellas en las noches nubladas, los golpes y las magulladuras no se ven, pero están?"

La limpia cabeza apenas se distinguía, en la habitación contigua; parecía la efigie de una moneda. ¿Qué fue lo que le vi, además de lo evidente?, me pregunté. Una vez le dije que encontraba en ella el equilibrio del pintor Turner, en el período en el que pintó *Tormenta de nieve*: las fuerzas de la naturaleza encadenadas a la tela, accesibles, con buenos modales. Suficiente para tener hijos con ella mujer. Caetano cantaba: *...me desacata. Habla/ castellano en el fandango/ argentino canta tango/ ahora lento, ahora ligero....* Yo seguí con mi artículo.

"En el principio, fue la culpa y la vergüenza. Cada compañero que caía, motivaba la pregunta: ¿por qué otro y yo no? Enseguida surgía, como un agua malsana, la culpa de seguir con vida. Pero todavía faltaba algo peor. Desde lo más profundo, desde el zócalo mismo de la existencia, se oían los tambores de una respiración salvaje y jubilosa: '¡Ahh, fue otro, no yo!' ¿Habrá sido así? Después, con el tiempo, la ira. Allí estaba la muerte, y era preciso desafiarla para alejar el miedo. De todos los hombres que era yo en esa época, recuerdo a uno irracional, destructivo, que sentía miedo y no lo aceptaba. Más tarde llegó la pena. Cuando recobraba el aliento, intentaba pactar con lo inexorable. 'Si vuelvo a verla con vida, entonces...'. Pero la pena muy excepcionalmente respetaba la palabra empeñada."

Leí de nuevo, esta vez desde el principio. Comenzar y volver a comenzar, ¿cuántas veces, hasta cuándo? Sentí que pertenecer a una generación también era una patria. En el cuarto contiguo, Hilario balbuceaba unas risitas, unos trinos de dicha. Había algo incongruente en toda aquella situación: una mujer de la que me alejaba inexorablemente, una historia inexorable de la que no conseguía alejarme, dos hijos, una isla, otra patria.

ESTOY DISPUESTO
A QUE MIS HIJOS PIENSEN QUE SU PADRE
FUE DERROTADO;
¿ESTARÉ DISPUESTO
A QUE PIENSEN
QUE SOY PATÉTICO?

Releí lo que había escrito. "Con el correr de los años, una nueva vida empezó a desplazar restos del naufragio, en los espacios dejados vacíos por el retirarse de la marea. Hay cosas que uno no puede comprender. '¿Cómo pudo haberse salvado Hernán de ese balazo que, después de rebotar en una reja, le atravesó el hombro, y matarse a los dos meses en un accidente de autos?' Uno tampoco puede comprender que esa nueva vida, vida nueva, haga prorrogable la venganza, la deuda, la justicia. Sin embargo, así sucede. Hoy estamos aquí. La madre, los pibes. Busco el hilo que me permita hilvanar aquellos años incandescentes con los chicos. Me pregunto tantas cosas. Estoy dispuesto a que mis hijos piensen que su padre fue derrotado; ¿estaré dispuesto a que piensen que soy patético? Prejuiciosamente, temo que los adolescentes –aun cuando todavía falta una década para ello– no distingan demasiado una cosa de la otra. ¿Podrán hacerlo? El futuro aparece distinto cuando se tiene hijos: hay alguien que juzga, que observa. Alguien que, a diferencia de otros, nunca nos va a ser indiferente. Su madre ahora me mira con ojos atareados, ojos anegados de vida nueva. Aunque ajena, nueva. Algo hay en nosotros más grande que nosotros mismos."

Retiré la vista de la pantalla y miré hacia la pieza de al lado, donde ya no estaban ni Laureano ni su madre. Hilario canturreaba con dos pulmones. Caetano Veloso había terminado con la vigésima reiteración de *O samba e o tango*. Iba a imprimir el artículo para enviarlo al diario. A último momento decidí cambiarle el título. En lugar de *Esta mujer*, puse *En un futuro* ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PERSONAJES

Mundo Web

TIM BERNES-LEE

Si existe hoy un fantasma que recorre el mundo, es el fantasma de Internet. La Web se duplica cada cincuenta días. Y cada cuatro segundos se conecta una nueva dirección. Tim Bernes, el creador de la World Wide Web, había armado su propia computadora con su sencillo soldador y usó a modo de monitor la pantalla de su viejo televisor. Después, a lo largo de dos o tres años, analizó los sistemas operativos del sistema y comenzó a diseñar programas propios. Estos últimos fueron la base que utilizó para concebir la célebre página Web. En 1989 desarrolló un proyecto de hipertexto global, que bautizó como http. Y la primera página que armó a pedido de un cliente se llamó precisamente World Wide Web, tres palabritas que en un sentido figurado podrían traducirse como telaraña mundial.



Este nuevo culto pagano a un dios visible pero intocable cuenta actualmente con alrededor de 100 millones de adherentes, cifra que, como queda dicho, se duplica cada cincuenta días. En la red hay diarios virtuales, ciudades, universidades, poemas, pornoshops, catálogos de insectos y pinturas rupestres que cualquiera puede escanear. Tim Bernes-Lee se declara inocente de esta frenética acumulación de datos, aunque se jacta con orgullo de haber creado también los links, esa extraordinaria posibilidad que siempre se nos brinda de huir por los bordes hacia una Web más interesante.



Todo cambia

HERÁCLITO

Retraído y esquivo como pocos, Heráclito fue el filósofo del cambio. Nació y vivió en Efeso, Asia menor, cinco siglos antes de Cristo. Quienes lo estudiaron a fondo aseguran que El oscuro –como también se lo conocía por su forma extraña de expresarse– no escribió libro alguno. Sus enseñanzas, impartidas a un grupo selecto de discípulos, fueron orales y muchas veces crípticas. Pero más allá de las distintas interpretaciones que puedan hacerse de sus palabras (recogidas luego por autores que no fueron sus contemporáneos), es indudable que la idea dominante en ellas es la noción de cambio como condición básica de la existencia.

Heráclito decía que entramos y no entramos en los mismos ríos, que somos y no somos. El fuego vive de la muerte del aire y el aire vive de la muerte del fuego. Todo fluye y sólo en el cambio es posible descansar. La metáfora perfecta de esa fluidez es el agua, mientras que el fuego representa la transformación de un elemento en otro. Pero esa transformación no transcurre en paz. "Debemos saber que la guerra es general, que la discordia es justicia y que todas las cosas se engendran en la discordia y la necesidad." Esta frase, una de las más difundidas y esenciales del filósofo, encierra las bases del pensamiento dialéctico que muchos siglos después adoptarían Hegel y Marx en sus principales escritos. Agnóstico, o directamente ateo, Heráclito pensaba que "a este mundo no lo hizo ningún dios o ningún hombre, sino que fue siempre, es ahora y será fuego eternamente viviente, un fuego que se enciende y se apaga siguiendo una medida" (fragmento 30). El griego pensaba que así como el río tiene dos orillas toda verdad reconoce, también, dos lados, y a veces tres. Pero cuando cayó afectado por la hidropesía (exceso de agua en el cuerpo) fue víctima de su extremo dogmatismo. La leyenda cuenta que en vez de explicarles claramente a los médicos qué dolores lo aquejaban, les preguntó si acaso podían de la lluvia extraer sequía. Al no ser comprendido por los desconcertados interlocutores, y para remediar su mal, Heráclito se enterró en el estiércol pensando que así el calor absorbería la humedad sobrante. Pero todo lo que consiguió de ese modo fue apresurar la hora de su muerte. La ley dialéctica sin embargo se cumplió. Sobre las cenizas dispersas de El oscuro se construyó una parte fundamental de la historia de la filosofía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

JES

Nada cambia

STEPHEN HAWKING

Hace diez mil o veinte mil millones de años una gran explosión tuvo lugar en el centro de la nada. Los científicos la llamaron big bang y dijeron que el acontecimiento había marcado nada menos que el comienzo del universo.

Stephen Hawking (físico británico nacido en 1942) hizo una comprobación matemática del inabarcable fenómeno. Luego, junto con el investigador Roger Penrose, demostró que todo el universo nació de una masa uniforme llamada singularidad. Y que aun en su actual estado de fabulosa propagación hacia los bordes, la "singularidad" no ha variado la cantidad de su masa.



Las dos principales conclusiones de estos descubrimientos no podrían ser más desoladoras: nada cambia y el tiempo no existe. Esta compleja teoría fue de algún modo confirmada en 1964 cuando se descubrió un débil y muy antiguo resto de radiactividad, una huella indudable del big bang primigenio. Como si todo esto no alcanzara, algún tiempo después Hawking y Penrose demostraron que un agujero negro (algo que podría definirse como una estrella muerta dotada de una fuerza de gravedad aplastante) no era sólo un concepto, sino una posibilidad física. En los 70 los escépticos debieron rendirse a la evidencia: el primer agujero negro había sido detectado con un radiotelescopio en la constelación del Cisne.

Pequeño

LEONARDO DA VINCI

En más de un aspecto Leonardo da Vinci (1452-1519) encarnó, cuando la Edad Media se apagaba, un nuevo tipo de hombre, curioso y universalista. Prácticamente no hubo campo de la creación donde no hubiese incursionado. Renacentista y autodidacta, Leonardo polemizó con la cultura de su tiempo. Y si bien pasó por varias escuelas, prefirió siempre aprender de la experiencia propia.

El artista no suscribió jamás la noción pasiva de la cultura. Por el contrario, concibió el saber como una invención permanente y no como una acumulación fija de conocimientos. Con una paciente impaciencia, Leonardo quiso abarcar todo y lo consiguió. Desde 1480 y más aún, hacia 1492 –año del descubrimiento de América–, impuso para sí el principio de la universalidad; se dedicó entonces a la astronomía, la cosmología, el dibujo, la anatomía, la geometría y el estudio del comportamiento del agua y de la luz. En ese afán cambió varias veces de lugar de trabajo. Vivió en Milán, en Florencia, en Roma y por breves períodos se desempeñó al amparo de la corte francesa de Francisco I. Pero nunca se dejó impresionar por la vida cortesana, ni siquiera cuando amargado y olvidado fue a pasar sus últimos días en el castillo de Cloux, en Francia. El autor de **El tratado de la pintura** dejó un legado extraordinario de obras e invenciones que a veces –como en el caso del helicóptero y el paracaídas– se anticiparon precozmente a la modernidad.



Una chica informal

SIMONE DE BEAUVOIR

De Beauvoir se dijeron muchas cosas. Que nunca se lavaba el pelo (de ahí su afición por los turbantes), que se acostaba con un hombre feo y desaliñado llamado Jean-Paul Sartre y que sus escritos olían a restos de cocina. **El segundo sexo**, uno de sus libros fundamentales, fue calificado de obsceno. El Vaticano directamente lo prohibió. Su autora (una escritora francesa que vivió entre 1908 y 1986) fue llamada pornógrafa, engendro satánico, lesbiana y comunista. Para colmo, el hecho de que la dama se resistiera a tener hijos resultó un desafío y hasta un insulto para las buenas costumbres.



Lo cierto es que Simone vivió como quiso y escribió como vivió. Su matrimonio con Sartre (padre del existencialismo) fue tomado como modelo de relación inteligente y abierta. **El segundo sexo** (1949) fue su obra cumbre. Allí demitificó la noción de lo femenino para hablar sin vueltas de la genitalidad y, de paso, defender el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, aborto incluido. "No se nace mujer –escribió–. Llega uno a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico alcanza para definir la figura que toda hembra humana reviste en el seno de la sociedad." En **Memorias de una joven formal** (su informal autobiografía) Beauvoir se muestra siempre como una mujer desprejuiciada y honesta, ganada por la voluntad de hacer y de hacerse a sí misma caiga quien caiga.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

revista LATIDO
Casilla de Correo 144, Sucursal 12 (B), 1412 Buenos Aires
e-mail latido@giga.com.ar

Pronto, Italia

Aquellos que hayan leído "Las ciudades invisibles", de Italo Calvino, recordarán lo que contestó Marco Polo al Gran Kan cuando éste le preguntó por qué no le hablaba nunca de Venecia. "¡Y de qué crees que te estaba hablando!", le dijo el veneciano. "Cada vez que te hablo de una ciudad te digo algo sobre Venecia." Quizá me estuviera hablando de Córdoba, mi amigo argentino Guillermo, mientras hablábamos de Madrid (y yo de Roma). Sé que él mandó una carta que publicaron sobre ese raro encuentro donde conocí Latido. Lo que sé es que, charlando con él, pude "sentir". Sentir mi latido, el suyo, el vuestro. Yo, un italiano que deambula por Europa, y ustedes en la Argentina, compartimos un destino de viajeros en búsqueda, sin saber exactamente cómo sustituir lo que hemos dejado a nuestras espaldas. Sin saber si soy de "aquí", sabiendo que ya no puedo decir que soy de allá.

GIOVANNI CASTAGNO
giovanni.castagno@heinemann.es

Para mí

¡Hola! Mi nombre es Martín Sgattoni y gracias a una amiga he descubierto su publicación. Los felicito. Es la primera vez que siento que algo está hecho a mi medida.

MARTÍN SGATTONI
martin@connmed.com.ar

Vida y muerte

Tendría que aclarar en principio que de chica, cuando las maestras decían "composición", me saltaban las lágrimas: nunca me gustó escribir. Sí, en cambio, los números; soy contadora. Esto fue así toda mi vida, tengo ahora casi 54 años. La semana pasada tuve a mi madre internada en un hospital; llegó un momento en que o gritaba o escribía, y en diez minutos surgió lo que decidí llamar "Reflexiones de hospital".

Los gritos, los lamentos, angustia, olores, escaras, llantos, desesperación, falta de dignidad, desnudez. ¿Dónde se esconden las vergüenzas? ¿Surgen las ganas de morir, acaso? Angustia, más ambulancias, la vejez, qué tristeza, por qué, volver a ser niños. ¿Lo entienden ellos? ¿Cómo saber qué expresan esos ojos cuando miran o cuando rehúyen las miradas? Sirenas, más enfermos, camillas, más enfermos. Una con la sábana totalmente cubierta. Asomó la muerte. ¿Suerte? ¿Liberación? ¿Dejar de sufrir, quizá? No lo sé.

Angeles y diablos luchando en mi cabeza, más olor, más angustia, más tristeza. Solidaridad entre vecinos, parientes que no vienen. Porque no quieren, porque no pueden, porque no se soporta, porque es denigrante la enfermedad, la vejez, los olores. Angustia de vivir, angustia de morir.

Angustia de ser, angustia de no ser. Cuerpos gastados, desgastados, consumidos, deformados, aniquilados, mentes que ya no son. Me mira, no me mira, amago con irme, no me deja. No puedo irme ni quedarme, estoy atrapada en esta soledad del hospital.

Pero luego vino la pregunta: ¿y esto desde cuándo? Creo que es a partir de la revista Latido. Creo que en estos pensamientos confluyen casi todos sus temas. La pasión que debe existir en los médicos para vivir parte de sus vidas en un hospital. Mi madre, inmigrante polaca. Desnudos frente a la vida. Y qué soledad, un hospital lleno de gente y sin embargo tan solos.

Algo más, Saramago en su libro "El año de la muerte de Ricardo Reis" dice: "La soledad no es vivir solo, la soledad es no ser capaz de hacer compañía a alguien o a algo que está en nosotros, la soledad no es un árbol en medio de una llanura donde sólo está él, es la distancia entre la savia profunda y la corteza, entre la hoja y la raíz... solitario andar entre la gente, solitario es estar donde ni nosotros estamos".

ROSA INWENTARZ
rinwentarz@cponline.org.ar

N. del E.: *Tus preguntas, Rosa, creo que nunca se terminan de responder. Vale pensarlas, pero la incertidumbre queda.*

Una crítica por aquí

Compré la revista a partir de una nota aparecida en Clarín. Me pareció interesante el planteo de los diferentes abordajes sobre el tema del desnudo (octubre), aunque muy desparejos los textos.

El de Alicia Steimberg, por ejemplo, resulta irritante con sus continuas digresiones y cabe preguntarse (autorreferencias pretendidamente graciosas aparte, sobre el encargo recibido) si de verdad entendió sobre qué se le pedía que escribiera. La nota, en ese sentido, es engañosa.

Un saludo cordial y ¡adelante!

CARLOTA SILVESTRI
Martínez - Prov. de Bs. As.

Permanecer

Me encanta la revista. ¡Por favor traten de que Latido sobreviva!

En el desierto que es esta sociedad vale la pena mantener un ámbito para reflexionar sin careta, con el corazón y la inteligencia. No es común leer buen material en tan buena gráfica (se disfruta hasta la publicidad).

ELVIRA RISSECH
erissech@yahoo.com

N. del E.: *No te queden dudas. Vamos a sobrevivir. Y vamos a crecer.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Queremos conocer tus opiniones sobre la revista. Y que nos cuentes experiencias vinculadas con los temas que publicamos. Animate. Escribinos.

23.10.99 LA PLATA (BA)

Futura competidora

A Daniel y a todos los que tienen la sensibilidad para hacer esta revista, quería felicitarlos de todo corazón. Por primera vez compré Latido (el número 5, Soledad) y fue un golpe directo a la razón, a mi corazón. Iba por la página 20 y se me mezclaban las lágrimas, la ansiedad, la sonrisa cómplice. Seguramente la revista llegó a mis manos en un momento bastante especial, por eso me conmovió tanto, pero hay que reconocer la calidad del contenido y de la revista en sí.

Había visto otros números, pero en verdad no me llamaron la atención (creo que el nombre no me gustaba, me parecía un poco cursi). También había visto la publicidad, pero no le prestaba mayor atención. Pero la volví a ver por un pasillo de la línea E de subtes, fui derechito al quiosco y la compré. Esta edición es una poesía; los felicito de verdad. Me gustó tanto que salí de mi pasividad y estoy casi decidida a suscribirme. Además compré 3 ejemplares más para regalar y enviar a unos amigos. En realidad, les confieso que siempre ha sido mi sueño dirigir una revista así. Tal vez si algún día decido retirarme de mi actual actividad, me pondré en marcha para cumplir mi sueño. Por lo pronto voy acopiando ideas y aprendiendo de la experiencia ajena. (No se asusten, falta mucho para que me retire, no soy por ahora un potencial competidor.)

Gracias por producir cosas con contenido; es un placer emplear 30 minutos de mi tiempo para leer Latido. Bueno, basta de flores y violines.

MARÍA VICTORIA LUNA
luna@premium.com.ar

N. del E.: *Nos tranquiliza saber que por ahora no pensás sacar una revista parecida. Mientras tanto, gracias por los tres ejemplares de más que compraste.*

Otras cartas

Recibimos una cantidad de mensajes que no alcanzamos a reproducir en estas dos páginas. Nuestras disculpas, en especial a María de los Angeles Avila, José Pivin (que escribe desde Israel), Rocío Arozarena, Cecilia Santin, Diego Alvarez, Daniel Bohm, Natalia Kwiatkowski, Sergio Ribaudo, Angeles Navamuel y Andy Guglielmelli. También a Yanina y a Mariela, que olvidaron escribir sus apellidos.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



RYUNOSUKE AGUTAGAWA

GARCÍA MÁRQUEZ DIJO ALGUNA VEZ QUE LO POCO QUE SABEMOS DE LOS ESCRITORES JAPONESES ES QUE TODOS, TARDE O TEMPRANO, SE SUICIDAN. AGUTAGAWA FUE FIEL A ESA EXTRAÑA REGLA. PARA COLMO, ANTES DE QUITARSE LA VIDA EN UN DÍA FRÍO Y DESTEMPLADO DE 1927, COMPUSO UNA LISTA DE SUICIDAS HISTÓRICOS EN LA QUE INCLUYÓ A CRISTO. ESTE REFINADO NARRADOR HABÍA NACIDO EN 1892 Y DEJÓ UNA OBRA QUE SI SE LIMITARA A RASHOMÓN (UNA HISTORIA DE VERDADES INALCANZABLES QUE KUROSAWA LLEVÓ AL CINE CON GRAN MAESTRÍA) ESTARÍA POR SÍ MISMA JUSTIFICADA. OTROS LIBROS SUYOS FUERON "KAPPA", "LOS TRES TESOROS", "CUENTOS GROTESCOS Y CURIOSOS" Y "BREVES RELATOS DEL JAPÓN".



SENNIN

UN HOMBRE QUE QUERÍA EMPLEARSE COMO SIRVIENTE llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre, lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo.

Este hombre –que nosotros llamaremos Gonsuké– fue a una agencia de COLOCACIONES PARA CUALQUIER TRABAJO, y dijo al empleado que estaba fumando su larga pipa de bambú:

–Por favor, señor Empleado, yo desearía ser un *sennin**. ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente?

El empleado, atónito, quedó sin habla durante un rato, por el ambicioso pedido de su cliente.

–¿No me oyó usted, señor Empleado? –dijo Gonsuké–. Yo deseo ser un *sennin*. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

–Lamentamos desilusionarlo –musitó el empleado, volviendo a fumar su olvidada pipa–, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de *sennin*. Si usted fuera a otra agencia, quizá...

Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

–Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel COLOCACIONES PARA CUALQUIER TRABAJO? Puesto que promete *cualquier* trabajo, usted debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionalmente, si no lo cumple.

Frente a su argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

** Según la tradición, el sennin es un ermitaño sagrado que vive en el corazón de la montaña, y que tiene poderes mágicos, como el de volar cuando quiere y disfrutar de una extrema longevidad.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Puedo asegurarle, señor Forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto –se apresuró a alegar el empleado–; pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa, y logró, momentáneamente por lo menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un *sennin* De modo que al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino.

Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

–Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un *sennin*, con rapidez?

Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Se quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

–Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos *sennin*.

–¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo que algo relaciona a un doctor con un sennin.

El empleado, que felizmente ignoraba los designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo.

Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer,

le regañó malhumorado:

–Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

promesa después de tantos años?
La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:
–Estúpido. Mejor no te metas. Un atolondrado tan estúpidamente tonto como tú apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de te comeré o me comerás, para mantener alma y cuerpo unidos.
Esta frase hizo callar a su marido.
A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con *haori* y *hakama*, quizás en honor de tan importante ocasión. Gonsuké aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a *sennin*. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:
–Me dijeron que usted desea ser un *sennin*, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.
–Bien, señor, no es mucho lo que puedo decirle –replicó Gonsuké–. Realmente fue muy simple: cuando vine por primera vez a esta ciudad y miré el gran castillo, pensé de esta manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive allá, debe morir algún día; que usted puede vivir suntuosamente, pero aun así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... justamente lo que sentía en ese instante.
–Entonces –prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación–, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un *sennin*?
–Sí, señora, con tal de serlo.
–Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.
–¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.
–Pero –añadió ella–, durante veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?
–Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.
De esta manera empezaron a transcurrir los veinte años que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo; tenía que seguir al doctor en sus visi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Canal (á)
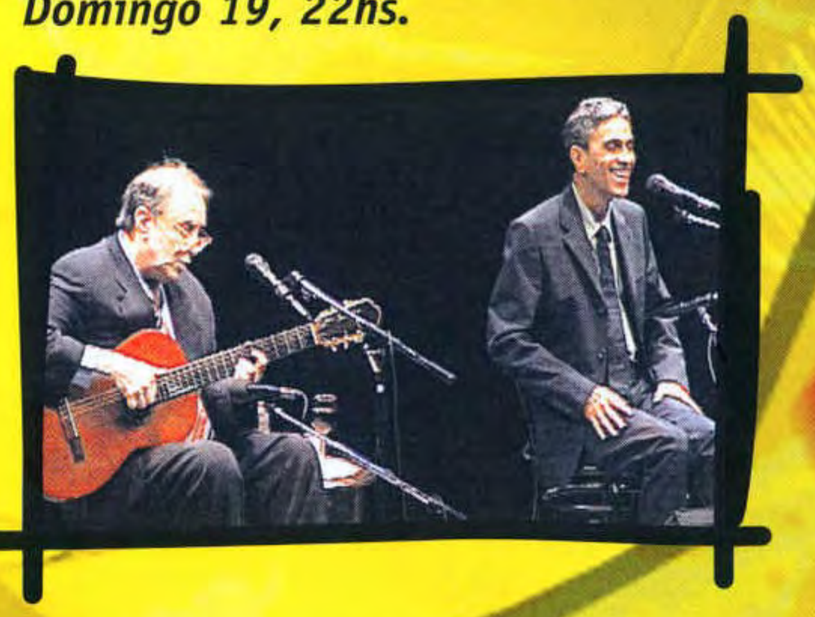
un gran festejo

EN DICIEMBRE CANAL (á) CIERRA EL AÑO CON LA MEJOR PROGRAMACIÓN Y NOVEDADES EXCLUSIVAS.

40 AÑOS DE LA BOSSA NOVA

João Gilberto junto a su invitado especial Caetano Veloso. A pedido del público Canal (á) vuelve a emitir la reunión cumbre del año. Un recital histórico con los mayores representantes de la música brasileña en un encuentro único e irrepetible.

Domingo 19, 22hs.



QUERIDA LEONOR (NUEVO PROGRAMA)

Un programa de Leonor Benedetto dedicado a leer cartas y a reivindicar esta forma de comunicación. Las historias desconocidas que revelan la correspondencia, en un formato orginal e inédito en la televisión.

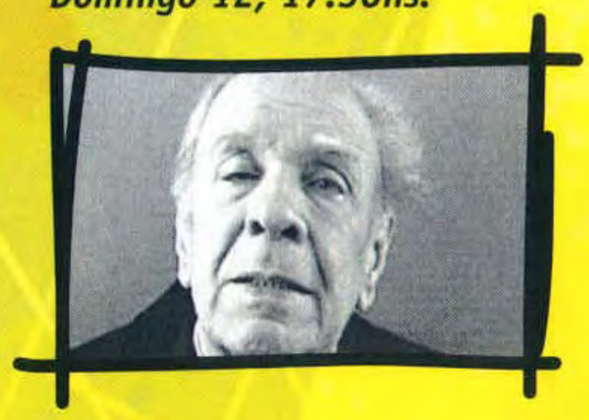
Domingos 24hs.



ESPECIAL DE JORGE LUIS BORGES

Uno de los reportajes más interesantes realizado por la televisión española en la década del 70'. El último homenaje en el centenario del nacimiento del genial escritor.

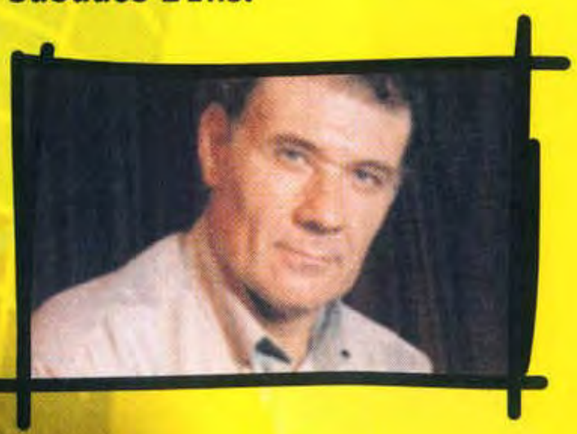
Domingo 12, 17:30hs.



A TÍTULO PERSONAL (NUEVO PROGRAMA)

Victor Hugo Morales presenta otros clásicos: la música clásica. Artistas líricos, instrumentales e intérpretes en vivo.

Sábados 21hs.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

24 HORAS DE ARTE Y ESPECTÁCULOS

CANAL (á)

Bonpland 1745 · C1414 CMU Bs. As. Argentina · Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 / Fax: (54-11) 4778-6555 · E-mail: produccion@canala.com.ar

tas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Ni siquiera por todo este trabajo pidió Gonsuké un solo centavo. En verdad, en todo el Japón, no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.
Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado *haori* como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa.
Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años.
–Y ahora, señor –prosiguió Gonsuké–, ¿quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser *sennin* y alcanzar la juventud eterna e inmortalidad?
–Y ahora ¿qué hacemos? –suspiró el doctor al oír la petición. Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decir ahora a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los *sennin*? El doctor se desentendió diciendo que no era él sino su mujer quien sabía los secretos.
–Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga –concluyó el doctor y se alejó torpemente.
La mujer, sin embargo, suave e imperturbable, dijo:
–Muy bien, entonces se lo enseñaré yo; pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un sennin; y además, tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.
–Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea –contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.
–Bueno –dijo ella–, entonces trepe a ese pino del jardín.
Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para asegurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.
–Más alto –le gritaba ella–, más alto, hasta la cima.
De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su haori flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto.
–Ahora suelte la mano derecha.
Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cautelosamente dejó libre la derecha.
–Suelte también la mano izquierda.
–Ven, ven, mi buena mujer –dijo al fin su marido, atisbando las alturas–. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.
–En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡Eh! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?



En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer retomaron el aliento, Gonsuké y su haori se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... Pero ¿qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo! ¡se detuvo! en medio el aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.
–Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un sennin –dijo Gonsuké desde lo alto.
Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.



ILUSTRACION: HUGO HORITA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



El próximo número de Latido habla sobre "La última aventura". Ese viaje ideal con el que todos soñamos.

"La última aventura" es la propuesta de Latido para enero. Habla sobre los viajes como el único lugar que permite enfrentarse a lo nuevo, lo ignorado, lo desconocido. El director de la revista, Daniel Ulanovsky Sack, nos cuenta que para viajar hay que preparar mucho más que las valijas: hay que saber partir y estar abierto a lo diferente. En su nota, el escritor español Juan José Millás

LATIDO

desenmascara una red mundial secreta de aires acondicionados que produce efectos negativos en el turista. Y Christian Kupchik atraviesa tiempo y nos dice qué ha significado viajar en las distintas épocas, incluyendo a Marco Polo y las peregrinaciones. Como siempre, las frases, los libros, las películas, las curiosidades y el cuento. Aprovech este número... es ideal para leer mientras planeás tus vacaciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

RATTO/BBDO

Boston Access

Es tan fácil como destapar una botella. Y le va a quedar tiempo para compartirla con amigos.



Tenga el Boston en su PC.

Ahora puede acceder al Boston a través de su PC, sin complicaciones. De la manera más ágil, simple y cómoda para operar, esté donde esté, las 24 horas los 365 días del año. Y lo hace a través de Internet o Infovía. Así, usted podrá consultar saldos, transferir fondos, pagar impuestos, servicios y tarjetas o realizar cualquier otro tipo de operaciones bancarias y al mismo tiempo, seguir disfrutando de las cosas que más quiere. Conéctese hoy mismo a Boston Access. Sus amigos se lo agradecerán.

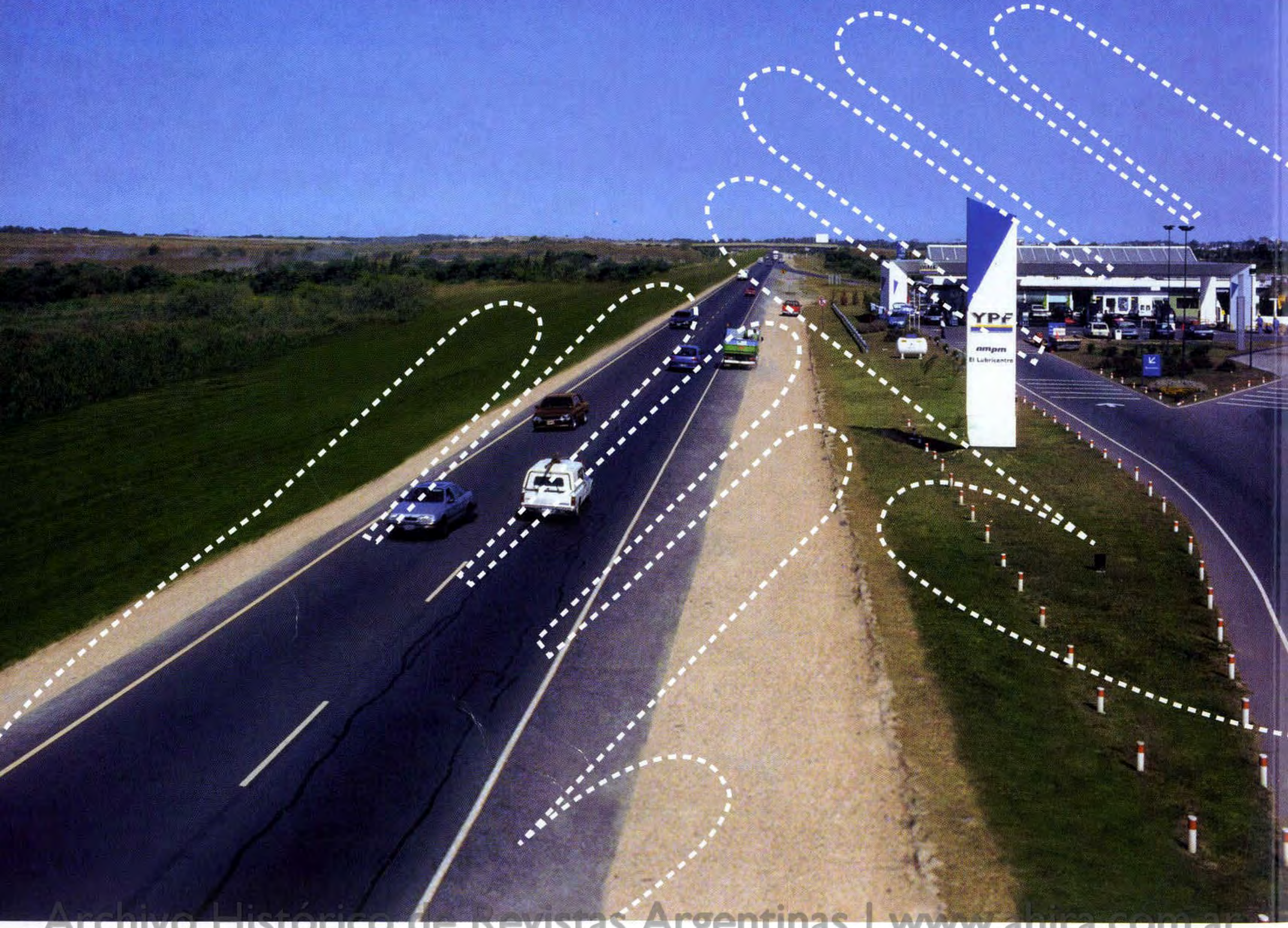
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Conéctese a: **www.bankboston.com.ar** *o llame al:* ***(011) 4346-2021***

BankBoston

Facilitarle las cosas, es también hacer el nuevo Boston.

Apoye sus manos.
Así, podrá ver el funcionamiento de un país sin petróleo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

YPF